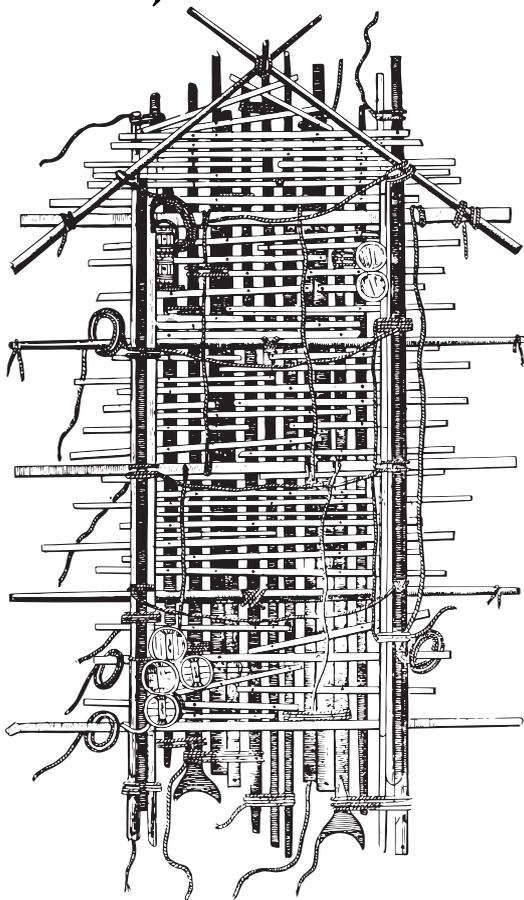


La poética de
la Historia
desde Abajo

*Marcus
Rediker*

**La poética de
la Historia
desde Abajo**



*Marcus
Rediker*

La poética de la Historia desde Abajo

*

MARCUS REDIKER

PRÓLOGO DE CAMILO SANTIBÁÑEZ R. Y LUIS THIELEMANN H.



Marcus Rediker, “La poética de la Historia desde Abajo”

ISBN: 978-956-6294-00-9

Traducción del inglés: Camilo Santibáñez Rebolledo.

Selección y edición de textos: Luis Thielemann Hernández & Camilo Santibáñez Rebolledo.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Tesis XII editores / tesisxii.cl

Primera edición: septiembre, 2023.

Diseño & diagramación: LTH.

Este libro fue hecho en Santiago, Chile, al sur del sur.

ÍNDICE

PRÓLOGO (CAMILO SANTIBÁÑEZ & LUIS THIELEMANN)	9
1. LA POÉTICA DE LA HISTORIA DESDE ABAJO.	21
2. REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DESDE ABAJO.	31
3. QUÉ ES LA HISTORIA ATLÁNTICA? - (CON MICHAEL JIMÉNEZ)	39
4. LA HIDRA DE MUCHAS CABEZAS: MARINEROS, ESCLAVOS Y LA CLASE TRABAJADORA ATLÁNTICA EN EL SIGLO XVIII. - (CON PETER LINEBAUGH)	45
5. EL ESCLAVO EN EL LOUVRE: LA Balsa de la Medusa, de Géricault.	89
6. HILAR UNA TRAMA: LA HISTORIA MARÍTIMA EN LA ERA DE LA VELA.	99
7. ESCLAVITUD: LA PERSPECTIVA DE UN TIBURÓN. UN EXTRAÑO TEXTO ARROJA NUEVA LUZ SOBRE LAS VERDADERAS RAÍCES DE LA ABOLICIÓN.	113
8. EL PROFETA OLVIDADO.	125
9. SERENDIPIA EN EL ARCHIVO. O SOBRE UNA HISTORIA DE LIBERTAD PERDIDA QUE HALLÉ MIENTRAS BUSCABA OTRA COSA.	131
10. EN LA PRISIÓN DE AUBURN.	139

Prólogo

Camilo Santibáñez & Luis Thielemann

I

En 2005 se editó por primera vez en español el trabajo de Marcus Rediker. Ese año, la editorial Crítica, de Barcelona, publicó su libro coescrito con Peter Linebaugh, “La Hidra de la revolución”.¹ En esa ocasión, el prólogo estuvo a cargo de Josep Fontana. El historiador catalán, que fuera famoso por su militancia intelectual comunista, practicada sin ambages, escribió más bien una defensa. El libro de Linebaugh & Rediker, entre otras cosas, había sido acusado de “romantizar” la unidad de la diversidad proletaria del mundo atlántico, de ver clases compactas y conscientes. Aunque fácilmente descartables, las críticas cumplían la función de vehicular, según Fontana, una “hostilidad ideológica” contra un “libro rojo en el sentido más perturbador de la palabra”: “que sirve para alimentar reflexiones «subversivas» sobre el presente”. Así, para Josep Fontana, lo realmente “irritante” de la obra de Linebaugh & Rediker para “los guardianes del orden intelectual establecido”, era “la tesis de que existía una solidaridad entre los de abajo”.

1 Peter A. Linebaugh y Marcus Rediker, *La hidra de la revolución: marineros, esclavos y campesinos en la historia del Atlántico* (Barcelona: Crítica, 2005).

Ante una acusación clásica y malintencionada que se hace a la historiografía “roja” -y que consiste en exagerar hasta la caricatura sus tesis y conceptos, para luego decretar su inutilidad para la descripción de la realidad-, Fontana responde afirmando esta historiografía. Para uno de los más importantes historiadores de habla hispana que ha existido, la obra de Linebaugh & Rediker era “original, vigorosa y estimulante”, y una “que no pretende presentar un estado de la cuestión, puesto que tema y enfoque son rigurosamente nuevos, ni, menos aún, el estudio «exhaustivo» de un tema, sino, por el contrario, abrir nuevos caminos y sugerir nuevas ideas, nuevas hipótesis de trabajo”; agregando que, “por más que la erudición académica los reciba con desaprobación, éstos suelen ser a la larga los libros que hacen avanzar el estudio de la historia hacia nuevas fronteras”. Su defensa ante tales críticas tenía que ver con esa complicidad de quienes saben que el sentido de su trabajo no se realiza en el goce fútil y academicista de los jardines del saber, sino cuando aviva el incendio de la pradera.

II

Ambas críticas realizadas a la obra de Linebaugh & Rediker, la de una dudosa unidad de los subalternos y la de romper las fronteras de las parcelas académicas construyendo nuevos marcos, apuntan a dos vías fundamentales de una historia que no se avergüenza de su lealtad con la experiencia de los dominados y rebeldes. Una es el reconocimiento, en distintos y abundantes momentos de la historia, de experiencias de unidad política antagónica al poder, entre quienes lo rechazan o lo resisten activamente. Se trata de momentos de disposición disidente de masas, organizada, con memoria, y que enfrenta los tradicionales encuadres excluyentes o represivos. También del

recuerdo y de la cultura que queda luego, de lo que permanece, de las organizaciones y de sus leyendas. De cierta forma, una tradición política que, por el mero hecho de declarar su existencia como unidad, pone en duda otras unidades de análisis, como el Estado. Una tradición opaca, pero tan real como el fuego y que, a pesar de un esfuerzo multicientenario por impedirlo, tiene historia. La segunda crítica es la “ruptura de líneas de frente”, el desalambrado de fondos conceptuales que necesariamente requiere la producción de una historia sostenida en conceptos siempre emergentes. Precisamente porque se trata de sujetos negados, de agencias históricas no reconocidas, ridiculizadas o demonizadas, es que la afirmación de su existencia como unidad de análisis se hace cruzando las parcelas específicas. En Rediker, la Historia desde abajo del proletariado marítimo en el capitalismo temprano se nutre de lo que, en la Historia atlántica, en la Historia de las monarquías e imperios y en la de las empresas de explotación colonial, solo aparece de forma fragmentaria, como recurso en el peor de los casos y como víctima pasiva en el mejor.

Se trata, entonces, de una historia que da un salto. El salto de volver a mirar el fragmento para identificar la unidad, el que pasa de rechazar la imagen de pasividad para reconocer en las fuentes las formas de la agencia subalterna. Una historia realmente irritante para la intelectualidad gustosa de vigilar los muros que protegen los tradicionales “campos” de estudio, en lealtad con la historiografía entendida -citando a Benjamin- como “desfile triunfal de los dueños del momento”.

III

El salto es el de un tigre hacia el pasado, buscando encontrar una “presencia y agencia” que “es raramente reconocida en la

historiografía”, como dice el mismo Rediker. Por esto, es una historia en rebelión con la historia. Porque reconoce la política subalterna como un hecho del pasado y pone en entredicho la historia oscura del tiempo de los intentos. Y ese salto historiográfico es lo que hasta la creación del término “Historia desde abajo” se había reconocido -para distintos períodos y objetos de estudio- como Historia social, Historia radical o Historia popular. Después de todo, si el término “Historia desde abajo” resulta cómodo para sus cultoras y cultores, es porque sincera el elemento común en sus esfuerzos: un interés político y emancipador como sentido del oficio.

Este libro, que reúne trabajos de Marcus Rediker en los que se reconoce esa praxis de investigación del pasado para recuperar conocimientos y experiencias para la liberación, también tiene por objetivo entablar esa sinceridad. Busca mostrar y defender cómo, a partir de la leal y educada disposición de mirar los hechos y sus narraciones desde la perspectiva de sus protagonistas y la empatía con su experiencia, se pueden comprender acontecimientos como el de la portada de este libro, ocurridos hace dos siglos. Es la pasión por ese ejercicio, por su sentido en el esfuerzo por conocer y proyectar la emancipación humana, lo que une a Rediker, Géricault y Lavillette en una comunidad política, a pesar del tiempo.

Tal vez la “Historia desde abajo”, tal como la piensa y practica Marcus Rediker, no debería comprenderse como una corriente historiográfica, sino como otra historia. Si la disposición a un otro objeto de estudio abre un proceso teórico y práctico que va haciendo saltar límites geográficos y temporalidades establecidas, e imponiendo en su lugar otras problemáticas e incomodidades, entonces ya no es posible una historia (“social”, con minúscula) que complete la Historia (universal, con mayúscula). Solo es posible una historia

abiertamente en conflicto, en pos de las premisas que siguen teniendo por hilván narrativo el devenir de las clases que tradicionalmente lo controlan.

IV

Rediker sostiene que “La Historia desde abajo es historia insurgente”, situada, y que “gran parte de su popularidad y poder derivan de los movimientos populares”. Y es precisamente por ese carácter belicoso que obliga a una forma específica de narración, a una textura. Es la parcialidad que crea su propio enclave, en la frontera entre la universidad y el activismo explícito. Es el vínculo con las luchas subalternas lo que define su norte. Y los movimientos de la sociedad apuran: “Todos preguntaron: ¿Quién es la/el sujeto histórico? ¿Quién está dentro y quién está afuera?”. De ahí que los intentos por responder vinieran desde “la Historia desde abajo, como una forma de Historia Social politizada”, y que ese vínculo de trinchera componga “una tradición de escritura histórica”, en que los movimientos y luchas sirvan a modo de “camino de entrada” a la misma. De ahí que esta historia sea parcial, abanderada, sin por ello perder su objetivo científico. En la más aceptable de las formas, es una historia que propone una universalidad crítica, antagónica.

Es por ello que en este libro no hay trabajos estrictamente teóricos o sumergidos en la abstracción. Por el contrario, abundan las reflexiones sobre la práctica, casi desde el suelo mismo de la experiencia concreta de los sujetos subalternos, con escasas referencias a los pocos y pocas maestras de esta joven tradición. Van desde el hecho, como soberano, a la reflexión metodológica, y de vuelta. Son textos que intentan dialogar con los acercados a la historia por diversos motivos, y no solo académicos. Y es que, en tanto parcial, tiene una misión que las

instituciones, de las que sospecha, no pueden realizar. Su tarea es “mantener viva la memoria de luchas pasadas, diciéndole a aquellos que luchan por un futuro diferente que no están solos. Que sus luchas tienen historias largas, de las cuales se pueden obtener conocimientos prácticos e inspiración”. Son objetivos de simple belleza, de difícil factura y de inmediato carácter subversivo.

V

La compilación comienza con dos escritos recientes: “La poética de la Historia desde abajo” (2020) y “Reflexiones sobre la Historia desde abajo” (2022). En el primero, Rediker rememora la relevancia de su abuelo, un minero del carbón, en su decisión de escribir una historiografía “vívica, compleja, apasionada y práctica”, capaz de responder a la pregunta: “¿de qué lado estás?”. En el segundo, presenta un resumen sumario de la Historia desde abajo, aludiendo sus variantes, algunos textos primordiales y aquello que denomina sus “elementos esenciales”. Remarcando, en ello, la necesidad metodológica de someter los documentos a una “luz satánica” y “leerlos al revés”, tal como sugería E.P. Thompson.

El tercer texto, “¿Qué es la Historia atlántica?”, fue escrito en coautoría con el historiador norteamericano Michael Jiménez (1948-2001), y publicado el mismo año de su fallecimiento. En él, los autores contestan aquella pregunta resumiendo “el reciente renacimiento” de este campo, su objeto -la existencia de un sistema regional desde fines del siglo XV hasta el presente-, y sus principales transformaciones. Sentando, de este modo, la densidad del marco geográfico trabajado por Rediker en el grueso de sus investigaciones.

De distinta forma, los tres textos siguientes están ligados a libros del autor que constituyen, a su vez, tres de sus principales líneas de trabajo. El primero de ellos, “La Hidra de muchas cabezas: Marineros, esclavos y la clase trabajadora atlántica en el siglo XVIII”, escrito en coautoría con Peter Linebaugh, fue publicado como artículo en 1990: una década antes de *La Hidra de la revolución*. El segundo, “Hilar una trama: La historia marítima en la era de la vela”, es un fragmento de *Outlaws of the Atlantic: Sailors, Pirates, and Motley Crews in the Age of Sail* (2014), un libro todavía inédito en español. Finalmente, “El profeta olvidado”, es una presentación realizada el 2017; mismo año de publicación de *The Fearless Benjamin Lay. The Quaker Dwarf Who Became the First Revolutionary Abolitionist*.²

El séptimo escrito, “El esclavo en el Louvre: La balsa de la Medusa, de Géricault”, es una presentación inédita, transcrita especialmente para este volumen e incorporada por recomendación de Marcus Rediker, luego de conocer la portada. En esta presentación, el historiador examina minuciosamente la pintura, centrándose en “algunos temas velados”; especialmente “cuestiones relativas a la raza, a la clase, a la esclavitud y al colonialismo”. Brindando, con todo, una perspectiva descarnada sobre “cómo funcionan las cosas en el mar”.

Los dos textos siguientes, “Esclavitud: la perspectiva de un tiburón. Un extraño texto arroja nueva luz sobre las verdaderas raíces de la abolición” (2007) y “Serendipia en el archivo. O sobre una historia de libertad perdida que hallé mientras buscaba otra cosa” (2021), ponen de manifiesto cómo el tratamiento paciente, inteligente y riguroso de una mera

2 Hay edición en español: Marcus Rediker, *El indomable Benjamin Lay. Un revolucionario que enfrentó la esclavitud* (México: Heredad, 2021). La publicación original dio lugar a una novela gráfica: *Prophet Against Slavery. Benjamin Lay, A Graphic Novel*, coeditada con Paul Buhle (Boston: Beacon Press, 2021), y a una obra de teatro: *The Return of Benjamin Lay*, coescrita con Naomi Wallace y estrenada el 2023.

fuente -en este caso, una petición y un anuncio en la prensa- pueden convertirse en investigaciones que terminan socavando y corrigiendo las interpretaciones históricas tradicionales.

Finalmente, “En la prisión de Auburn” es una crónica de las visitas realizadas por Rediker a este recinto, con el objeto de discutir con los reclusos sobre sus libros: *Villanos de todas las naciones* (2004) y *Barco de esclavos* (2007) -ambos de reciente traducción al español-. La incorporación de esta crónica, aquí, tiene por objeto relevar la faceta docente de su autor; una característica propia del historiador desde abajo.

*

Como decía el recientemente fallecido Mario Tronti, hay un deber de conservar “el punto de vista”. Y es que “El peligro es siempre el universalismo burgués, es decir, la cancelación ideológica de las diferencias, que es la forma de dominio más sutil, más penetrante, más totalizante”³. Contra ese peligro, la práctica de una historiografía que se base en la experiencia histórica de un humanismo antagonista, que cobra existencia cuando se le nombra como unidad a lo que se ha descrito como fragmento, resulta una defensa. Desde ahí, el trabajo de Rediker es un tiempo de salto adelante.

3 Mario Tronti, *La política contra la Historia* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2016), 16.

La poética de la Historia desde Abajo

*

Marcus Rediker

*La poética de la Historia desde abajo*⁴

En memoria de Dennis Brutus (1924-2009)

Mi abuelo, el difunto Fred Robertson, influyó en mi forma de pensar y escribir historia. Falleció antes de que yo decidiera convertirme en historiador y aunque no era académico, sí fue un historiador e intelectual a su manera. Era un maestro narrador de historias.

Este minero del carbón de Kentucky fue una figura trascendental en mi juventud. Recuerdo con cariño sentarme en la mesa de la cocina con él: en una mano sostenía un *Lucky Strike* y en la otra un platillo de su querido café *Maxwell House*, que bebía así, incluso cuando dejaba de estar caliente. Fue de esta forma que contó un sinfín de historias a un niño cautivado por el patetismo, el humor y el silencioso heroísmo que componían la vida de la clase trabajadora. Su semblante cambiaba con la historia. En las partes divertidas se reía con todo el cuerpo, como el entonces popular comediante Red Skelton. Su rostro se volvía sombrío e intimidante en momentos de peligro o de injusticia. Sus ojos bailaban con el drama de sus palabras. Yo sabía que algo grandioso se aproximaba cuando hacía una pausa, ponía el cigarrillo en el cenicero y dejaba el platillo a un

⁴ Este ensayo fue publicado originalmente en el apartado “Art of History” de *Perspectives on History*, la revista de la American Historical Association, el 1 de septiembre del 2020, con el título: “The Poetics of History from Below”.

lado, liberando sus manos para enfatizar. Sus historias eran vívidas, complejas, apasionantes y, de alguna forma, prácticas. Las contaba en un lenguaje bíblico y apocalíptico (mucho fuego del infierno), empleaba largos silencios (con miradas fatídicas) y palabrotas que normalmente estaban prohibidas en nuestra casa (“hijo de puta” esto y aquello). Siempre se las arreglaba para contar una gran historia dentro de una pequeña historia.

Una de las mejores que recuerdo trataba sobre el ahorcamiento de un hombre en una aldea carbonífera donde había trabajado -Beech Creek, Kentucky-, a manos de un *vigilante*. No recuerdo por qué ahorcaron al hombre. Tampoco si era blanco o negro y no creo que me lo haya dicho. Sí recuerdo a mi madre entrando en la cocina y expresando su reticencia -aunque sin decir una palabra- respecto a que yo escuchara esta historia en particular. Lo que más recuerdo es cómo su relato expresaba lo injusto que fue el ahorcamiento y cómo un linchamiento real no se parecía en nada a lo que uno podía ver en la televisión. Describía una lucha frenética y aterradora, de piernas agitándose, feos vítores de la multitud y, al final, un cuerpo flácido, con los ojos colgando y los pantalones empapados. La simpatía del narrador estaba firme con la víctima, cuyo terrible calvario había retratado de forma inquietantemente real.

Mi abuelo, el narrador poético, fue quizá la influencia más temprana y profunda en mi decisión de escribir “Historia desde abajo”, esa variante de la Historia Social que surgió en la Nueva Izquierda con el objeto de explorar las experiencias y el poder histórico de las y los trabajadores; cuestiones que habían sido excluidas durante mucho tiempo por las narrativas históricas “desde arriba hacia abajo”, propias de las élites. Me instruyó sobre cómo funciona el mundo y, al mismo tiempo, sobre los fundamentos de su narración. Me ayudó a notar y

apreciar la poética de la lucha. Y también me ayudó a moldear mi noción del arte y oficio de la historia.

Como todos los buenos narradores de historias, desde Shakespeare hasta Brecht, mi abuelo era un buen oyente. Tenía un oído astuto para captar cómo hablaba la gente. Estaba en sintonía con las voces ricas y pobres, blancas y negras, masculinas y femeninas, adultas e infantiles. Hasta los animales hablaban a veces en sus historias -a lo *Uncle Remus*-. Empleaba también muchas metáforas: el tamaño de una multitud podía ser “tan grande como el ejército de Coxey”; y refería los movimientos rápidos de alguien diciendo que había “salido de vuelo como el ganso de Moody”. Escuché y supe sobre Coxey, pero nunca pude averiguar quién era Moody ni porqué su ganso tenía tanta prisa.

Recuerdo que cuando cursé el posgrado me recomendaron que “continuara leyendo [las fuentes y los archivos] hasta que escuchara voces”. Yo pude captar el punto de esta aparente exhortación a la esquizofrenia gracias a los recuerdos de mi abuelo: se trataba de humanizar las fuentes, de humanizar la historia y de aprender a escuchar. Ciertamente, esa recuperación de las voces era un propósito originario y central de la “Historia desde abajo”, pero los narradores de historias fueron sus pioneros.

Es difícil escuchar a las personas que estudio porque rara vez hablaron a través de documentos propios. Este es el desafío clásico de la “Historia desde abajo” y muchos buenos libros lo abordan. Mi forma de escuchar implica prestar atención minuciosa al sentido de las palabras. Paso mucho tiempo buscando significados epocalmente específicos en el *Oxford English Dictionary*. Como especialista del siglo XVIII, me gustan los significados que se encuentran en *A Classical Dictionary of the Vulgar Tongue*, compilado por Francis Grose y publicado por primera vez en 1785. Cuando escribí *Entre el deber y el motín*, un

estudio sobre los marineros de alta mar en la primera mitad del siglo XVIII⁵, tuve siempre a mano los maravillosos “diccionarios marítimos” para captar las condiciones materiales, el trabajo colaborativo, la comunicación y la conciencia del proletariado marítimo. Presté mucha atención también al discurso de los marineros donde fuera que pudiese encontrarlo, fijándome especialmente en su tradición de contar historias y en su forma de tramirlas. En su brillante ensayo “El narrador”, Walter Benjamin caracterizó dos tipos de narradores: el narrador campesino, que tenía un profundo conocimiento de la tradición local; y el narrador marinero, que traía relatos exóticos desde lejos.⁶ Mi abuelo, una variante del primer tipo, me ayudó a comprender a las personas que estudio, que son la encarnación del segundo tipo.

Mi abuelo elegía sus palabras con cautela, enseñándome cómo una frase o una cita podían revivir un momento histórico al punto de grabarlo en la memoria. Nada más poético que aquella nota enviada por un aspirante a pirómano a un caballero en 1830, diciéndole: “Escribo mal, pero incendio bien Señor”, en cuyo trasfondo casi puede escucharse la risa desafiante.⁷ A menudo, estas palabras fueron registradas en papel y

5 N. del E. Marcus Rediker, *Entre el deber y el motín. Lucha de clases en mar abierto* (Valencia: Antipersona, 2020). La edición original, intitulada *Between the Devil and the Deep Blue Sea. Merchant Seamen, Pirates and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750*, fue publicada en 1989 (Cambridge: Cambridge University Press).

6 Walter Benjamin, “The Storyteller”, *Illuminations* (Nueva York: Schocken Books, 1969), p. 83-109. N. del T. Hay traducción al español: Walter Benjamin, “El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nikolái Léskov”, en *Illuminaciones* (Colombia: Taurus, 2020), pp. 225-251.

7 Citado en E.P. Thompson, “The Crime of Anonymity”, en Douglas Hay, Peter Linebaugh y E.P. Thompson (eds.), *Albion’s Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth-Century England* (Nueva York: Pantheon Books, 1975), p. 297. N. del T. La versión en español, “El delito de anonimato”, puede encontrarse en E.P. Thompson, *Tradicción, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* (Barcelona: Editorial Crítica, 1979), p. 226.

conservadas en los archivos “criminales”; un lugar fundamental para quienes reconstruimos la vida de los desheredados.

Habiendo oído su poder narrativo, hago un esfuerzo por emplear la poesía como evidencia histórica siempre que puedo. Peter Linebaugh y yo le conferimos un rol fundamental en *La Hidra de la revolución*, un estudio sobre el abigarrado proletariado del Atlántico entre el 1600 y 1830.⁸ Acudimos a estas fuentes medio centenar de veces y en casi todos los capítulos del libro, partiendo por William Shakespeare (*La tempestad*) y terminando con William Blake (“Tyger, Tyger”). En las páginas de *La Hidra* se codean poetas canónicos (como Shakespeare, Milton, Blake, Shelley) con poetas proletarios, en gran parte desconocidos (como Thomas Spence, Joseph Mather y el siempre garabateado “anónimo” -el nombre preferido por las escritoras durante siglos-). Los poetas contemporáneos, como el martiniqués Aimé Césaire, parecen condensar tópicos e ideas sobre las escabrosas continuidades de la resistencia.

La poesía puede acercar al historiador a la experiencia y a la conciencia de la gente de la clase trabajadora, evocando personas, lugares y acontecimientos de forma multidimensional y dinámica. El poeta marino James Field Stanfield elaboró imágenes memorables en su poema épico “The Guinea Voyage” y en sus sombrías cartas sobre la vida a bordo de un barco de esclavos. Describió, por ejemplo, al segundo oficial del barco, quien yacía enfermo, al borde la muerte y sobre el botiquín, narrando cómo su pelo apelmazado de mugre rozaba la cubierta. También representó la pesadilla de la esclavitud, la flagelación y la muerte sufrida por una mujer africana llamada Abyeda. Estas imágenes pueden arrastrar al lector/a con la misma intensidad

8 N. del E. Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *La Hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico* (Madrid: Traficantes de sueños, 2022). La edición original, intitulada *The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, fue publicada en 2000 (Boston: Beacon Press).

que lo hace un objeto surrealista, relevando conexiones, relaciones, paralelos y singularidades de manera poética. Tal como Christopher Hill escribió alguna vez: “La buena historia-imaginativa está emparentada con la poesía retrospectiva. Trata de la vida tal como la vivimos y en toda la medida que se la puede aprehender”.⁹

La poesía escrita por trabajadores y trabajadoras puede ser inusual; pero la poesía que puede hallarse en sus actos de resistencia es abundante y se la puede encontrar por doquier. Mi abuelo me enseñó a buscarla. Para dar un ejemplo, descubrí un profundo poema -de una palabra- en la memoria de Silas Told, un marinerero convertido en ministro metodista que describió un drama a bordo del *Loyal George* en 1727. Un hombre esclavizado había resuelto morir de hambre y el capitán Timothy Tucker trató de obligarlo a comer. Lo flageló a latigazos hasta convertirlo en un amasijo sanguinolento y luego lo amenazó con la muerte. El hombre anónimo pronunció una palabra: *adomma* –“que así sea”-. El capitán Tucker le colocó la pistola cargada en la frente y le repitió la orden de comer. De nuevo: *adomma*. El capitán disparó y la sangre brotó a borbotones. Pero el hombre anónimo lo miró directamente a la cara en vez de desplomarse. El capitán maldijo, pidió otra pistola y le volvió a disparar en la cabeza. Frente al asombro de los presentes, el hombre nuevamente se negó a caer. Cuando el tercer disparo lo mató, el resto de los esclavizados ya había desatado la insurrección, indignados por el trato que se le había propinado a este hombre e inspirados por su resistencia.

Es imposible saber cuántos de los cientos de personas que presenciaron este incidente decidieron contar la historia -como Silas Told-, marcada por la palabra *adomma*. Sospecho

9 Christopher Hill, *The English Bible and the Seventeenth-Century Revolution* (Londres: Allen Lane, 1993), pp. 437-438.

que muchos la contaron reiteradamente en plantaciones, talleres urbanos, muelles y barcos durante años y en diferentes idiomas. El africano anónimo había encarnado la definición de poesía ofrecida por Ann Lauterbach: “La poesía es la aversión a la proclamación de poder. La poesía es la resistencia a la dominación”.¹⁰ Una cuestión crucial para la “Historia desde abajo”.

Al igual que los buenos y buenas historiadoras, todas las buenas y buenos narradores cuentan grandes historias dentro de pequeñas historias. Esto se puede hacer de muchas formas. En mi trabajo, la gran historia ha sido el terrorífico y violento ascenso del capitalismo y la multifacética resistencia que este ha encontrado desde abajo; ya sea enfocándola en una mujer africana esclavizada en las entrañas de un barco fétido; en un vulgar marinero amotinado que izó la bandera de la piratería a bordo de un bergantín en el Atlántico; o en un exesclavo fugitivo que escapó de una plantación para inaugurar una comunidad cimarrona en un pantano. El antropólogo Clifford Geertz alguna vez comentó que el pequeño acto de robar ovejas alude al gran problema de la revolución, porque su narrador (en su caso, el etnógrafo) halla la conexión entre ambas cuestiones.¹¹

Finalmente, recuerdo a mi abuelo y me recuerdo a mí mismo que el historiador, como el narrador de historias, no está por encima de la refriega. Una de las grandes preguntas en los campos de carbón de Kentucky durante la década de 1930 era “¿de qué lado estás?”. En mi trabajo intento rescatar dicho espíritu para desarrollar una relación ética con las personas oprimidas y explotadas a las que estudio. La relación es imaginaria pero no por ello es menos importante. En reiteradas

10 Ann Lauterbach, “Links Without Links: The Voice of the Turtle”, *American Poetry Review* 21 (1992), pp. 37-38.

11 Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures: Selected Essays* (Nueva York: Basic Books, 1973), p. 23. N. del T. Hay traducción al español: Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa, 2003), p. 35.

ocasiones, cuando escribí *Barco de esclavos*, me pregunté cómo hacer justicia a las personas en estas mazmorras flotantes y a lo que vivenciaron.¹² Mi respuesta fue ofrecer una solidaridad retrospectiva y “acompañarlos” a través de su historia, para emplear el término con el que Staughton Lynd describió la relación igualitaria entre los intelectuales y los movimientos “desde abajo” de la clase trabajadora.¹³

Walt Whitman planteó el mismo punto en *Hojas de hierba*. Allí escribió sobre:

*El esclavo perseguido, que desfallece en su huida, y se apoya
contra la empalizada, anhelante, sudoroso;
Los dolores candentes, que son como agujones en sus piernas
y en su cuello, los mortíferos perdigones y las balas;
Todo esto lo siento y todo esto soy yo.
Soy el esclavo perseguido, retrocedo amenazado por los
dientes de los perros.
El infierno y la desesperación me atormentan, restalla vuelve
a restallar el fusil de los tiradores;
Me agarro de los barrotes de la empalizada, desangrándome,
debilitado por el sudor de mi piel;
Caigo sobre las hierbas salvajes y las piedras;
Los jinetes acucian a sus remisas cabalgaduras,
aproximándose;
Los insultos alcanzan a mis oídos que zumban, y golpean
violentamente sobre mi cabeza con sus látigos.
Las agonías no me abandonan;
No le pregunto cómo se siente al hombre herido, yo mismo
soy, ese hombre herido;*

12 Marcus Rediker, *The Slave Ship: A Human History* (Nueva York, Viking, 2007). N. del T. Hay traducción al español: Marcus Rediker, *Barco de esclavos. La trata a través del Atlántico* (Madrid: Traficantes de sueños, 2021).

13 Staughton Lynd, “Oral History From Below”, *Oral History Review* 21/1 (1993), pp. 1-8.

Mis heridas tórnanse lívidas en tanto que, apoyándome en mi bastón, observo.

Whitman exagera para hacer un punto: no podía “convertirse” en el fugitivo, pero podía demostrar un entendimiento comprensivo del sujeto histórico. Como poeta puede incorporarse a la lucha y transmitírsela a los lectores. En suma, me esfuerzo por escribir una historia vívida, compleja, apasionada y práctica. Trato de hacerla real y de plantear interrogantes de justicia, mientras me apoyo en el bastón de la distancia social y temporal para observar. Mi abuelo no hubiese esperado nada menos, maldita sea.

*Reflexiones sobre la Historia desde abajo*¹⁴

Como todos saben, la “Historia desde abajo” es una forma de abordar el estudio del pasado. Tiene una larga historia propia, que se remonta a los primeros registros de la historia humana, incluida la Biblia, el Corán y otros textos fundamentales. En 1935, Bertolt Brecht invocó su antigüedad en las primeras líneas de un poema titulado “Preguntas de un obrero que lee”:

*¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?
En los libros se mencionan los nombres de los reyes.
¿Acaso los reyes acarrearón las piedras?*

Como dejó en claro Brecht, la Historia desde abajo se trata de las personas que construyeron el mundo en el que vivimos, las mismas que durante siglos han quedado fuera de las narrativas del pasado escritas desde arriba hacia abajo. En la Historia desde abajo, todas y todos están incluidos, todas y todos cuentan.

La Historia desde abajo tiene profundas raíces internacionales: “Histoire par en bas” en Francia; “Geschichte von unten” en Alemania; “Storia dal basso” en Italia, por mencionar tres países cuyos historiadores han hecho contribuciones destacadas. Vemos “Sejarah dari bawah” en

14 Este ensayo fue publicado originalmente en el apartado “La Historia Social desde el presente”, en conmemoración de los diez años de *Trashumante*. *Revista Americana de Historia Social* (20, 2022, 1-4), con el título: “Reflections on History from Below”.

Indonesia; “Kasaysayan mula sa ibaba” en Filipinas. La frase en kiswahili es “Historia ya wavuja jasho”, en turco “Aşağıdan tarih” y en árabe “Tarikhe mardom”. Del chino mandarín, viene 由下而上的歷史, del japonés, 民衆史, del coreano, 아래로부터의 역사, y del bengalí, নম্বিববর্গরে ইতিহাস, una influyente variante llamada “Estudios Subalternos”. En Gran Bretaña y Estados Unidos, la Historia desde abajo también se conoce como “Historia de los pueblos”, “Historia radical” o “Historia desde abajo hacia arriba”. En América Latina, las frases utilizadas son “Historia desde abajo” e “Historia a ras de suelo”. Los historiadores brasileños han practicado la “História a partir de baixo”, especialmente en sus ricos estudios sobre la esclavitud.

La Historia desde abajo es historia insurgente, y gran parte de su popularidad y poder derivan de los movimientos populares. La frase tuvo su origen moderno en la década de 1930, cuando Lucien Febvre, Georges Lefebvre y A. L. Morton la usaron para discutir la historia de los trabajadores en Francia e Inglaterra. El término adquirió un uso internacional más amplio en las décadas de 1960 y 1970, cuando surgieron varios movimientos para exigir nuevas historias. En los EE. UU. y en muchas otras partes del mundo, los movimientos por los derechos civiles y el *Black power* exigieron una consideración del pasado que tomara en serio los problemas de la raza y la esclavitud. Los movimientos contra la guerra y anticoloniales, especialmente los que protestaban por la guerra de Vietnam, pidieron repensar las historias del imperio y de su resistencia. El movimiento por los derechos de las mujeres hizo quizás el mayor desafío a las historias convencionales, insistiendo en que se incluyera a la mayor parte de la humanidad. Todos estos movimientos preguntaron: ¿Quién es la/el sujeto histórico? ¿Quién está dentro y quién está fuera? La Historia desde abajo,

como una forma de Historia Social politizada, surgió para responder a estas preguntas.

A partir de estas múltiples raíces activistas, la Historia desde abajo se ha convertido en una tradición de escritura histórica con muchos caminos de entrada. Yo mismo llegué al enfoque a través de una combinación de historia afroamericana y de la clase trabajadora. Un texto clave fue *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution* (1938)¹⁵, escrito por el erudito y activista radical trinitense C.L.R. James, quien buscó elevar la Revolución Haitiana al mismo nivel de importancia histórica que la Revolución Francesa. Otros dos textos formativos fueron escritos por E.P. Thompson y Christopher Hill, ambos miembros del Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico, activo desde 1946 hasta 1956. *The Making of the English Working Class* de Thompson, un estudio sobre la formación de clases publicado en 1963, es considerado por muchos como la mejor Historia desde abajo jamás escrita.¹⁶ *The World Turned Upside Down: Radical Ideas in the English Revolution* (1972), de Hill, ofreció una novedosa historia intelectual desde abajo de los protestantes radicales que atacaron la propiedad privada, el patriarcado, la esclavitud y la tiranía de todo tipo, anticipándose en más de un siglo a los militantes de la “Era de la Revolución” de finales del siglo XVIII.¹⁷ James, Thompson y Hill enfatizaron el poder de hacer historia de la gente trabajadora común, estableciendo un principio central de la Historia desde abajo. James llamó a

15 N. del T. Hay traducción al español: C.L.R. James, *Los Jacobinos Negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití* (Iñurea-Pamplona: Katakarak, 2022).

16 N. del T. Hay traducción al español: E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Madrid: Capitán Swing, 2012).

17 N. del T. Hay traducción al español: Christopher Hill, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista de la revolución inglesa del siglo XVII* (Madrid: Siglo XXI, 2015).

este poder “autonomía de la clase trabajadora”, mientras que Thompson lo llamó “agencia”.

Hay, a mi modo de ver, seis elementos esenciales de la Historia desde abajo. En primer lugar, el proyecto toma a las trabajadoras y trabajadores como sujetos de estudio preferentes. En segundo lugar, la Historia desde abajo se centra en el poder, la opresión y la resistencia, es decir, la Historia desde abajo siempre está conectada con la Historia desde arriba. Tercero y cuarto, la Historia desde abajo busca comprender la experiencia y la conciencia de los trabajadores, aquello por lo que pasan, cómo piensan y por qué actúan en sus contextos sociales. Quinto, las historiadoras e historiadores desde abajo siempre tratan de recuperar las voces de sus sujetos, para dejar que hablen por sí mismos cuando y donde sea posible. En sexto y último lugar, la Historia desde abajo ve a las trabajadoras y trabajadores no solo como sujetos, sino como hacedores de historia, tal como nos enseñan James, Thompson y muchos otros.

Permítanme ilustrar concretamente estos seis elementos a través de mi libro *The Fearless Benjamin Lay: The Quaker Dwarf who Became the First Revolutionary Abolitionist* (2017)¹⁸, una biografía desde abajo. Lay, que vivió entre 1682 y 1759, demandó la abolición mundial de la esclavitud dos generaciones antes del surgimiento de un movimiento contra la esclavitud a finales del siglo XVIII. Era un trabajador ordinario: pastor, marinero y fabricante de guantes. Vivió brevemente en Barbados, la principal sociedad esclavista de su época, donde fue testigo del horrible ejercicio del poder por parte de la clase dominante propietaria de esclavos y la opresión y resistencia de las personas esclavizadas. La experiencia navegante de Lay le formó una conciencia de clase basada en la ética solidaria

18 N. del T. Hay traducción al español: Marcus Rediker, *El indomable Benjamin Lay. Un revolucionario que enfrentó la esclavitud* (México: Heredad, 2021).

del marinero, la que extendió a todos los trabajadores explotados, especialmente a los esclavos y mujeres, buscando su emancipación. Lay también escribió un libro mordaz, *All Slave-Keepers that Keep the Innocent in Bondage, Apostates* (1738), en el que alzó su voz profética contra la esclavitud. Hizo historia al ayudar a construir un movimiento entre los cuáqueros, quienes fundaron la primera organización mundial contra la esclavitud, en 1775, y un año después se convirtieron en el primer grupo en abolir la esclavitud en su propio medio.

La mayoría de los trabajadores no escriben un libro como lo hizo Benjamin Lay, de modo que el mayor desafío al escribir Historia desde abajo suelen ser las fuentes. Muchos trabajadores vivían dentro de la tradición oral por completo y sus vidas sólo fueron registradas por forasteros -que con frecuencia eran enemigos-, como en el caso de los pueblos indígenas de las Américas, fatalmente invadidos por los europeos. La Historia desde abajo debe, por lo tanto, practicarse leyendo la evidencia producida por las clases dominantes, y leyéndola creativamente: “entre líneas” o “a contrapelo”. A E.P. Thompson se le ocurrió una descripción especialmente vívida: debemos someter nuestros documentos a una “luz satánica” y leerlos al revés, en alusión a los primeros juicios modernos por brujería, en los que se alegaba que las brujas podían leer al revés como parte de su esfuerzo por poner el mundo patas arriba.

El desafío de las fuentes significa que quienes deseen escribir Historia desde abajo deben averiguar cómo la sociedad que estudian produjo documentación sobre los pobres. Mientras escribía *Between the Devil and the Deep Blue Sea* (1987)¹⁹ aprendí que los marineros pobres aparecían en los registros judiciales,

19 N. del E. La cita completa es: Marcus Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea: Merchant Seamen, Pirates, and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987). Hay traducción al español: Marcus Rediker, *Entre el deber y el motín. Lucha de clases en mar abierto* (Valencia: Antipersona, 2020).

especialmente en los Documentos del Tribunal Superior del Almirantazgo en Londres, donde fueron juzgadas las disputas marítimas -motines, piratería, huelgas y conflictos salariales-. También aprendí que hacer Historia desde abajo significa que cada fuente cuenta, desde las canciones marineras hasta los relatos de viajeros, documentos gubernamentales, diarios, registros y correspondencia de comerciantes. Todas deben ser exploradas en busca de pistas preciosas sobre la vida de las y los oprimidos. La Historia desde abajo es a menudo un mosaico de fragmentos cuidadosamente ensamblados.

La mejor forma de presentar la Historia desde abajo es la más democrática: la narración de historias, basada en las tradiciones populares. Esto ha sido logrado de manera brillante por el escritor uruguayo Eduardo Galeano, quien empleó las formas y técnicas de la narración indígena para narrar quinientos años de historia de las Américas en su trilogía *Memoria del Fuego*.²⁰

La Historia desde abajo siempre tendrá flujos y reflujos en relación con el poder de los movimientos desde abajo. Pero, al mismo tiempo, es una tradición que se ha construido paciente y deliberadamente a lo largo de muchas décadas y ha sobrevivido, e incluso prosperado, durante períodos de relativa quietud y reacción. Los académicos y activistas más jóvenes pueden estudiar esta tradición de escritura histórica y utilizarla para generar nuevas perspectivas de posibilidad política. La Historia desde abajo mantiene viva la memoria de luchas pasadas, diciéndole a aquellos que luchan por un futuro diferente que no están solos. Que sus luchas tienen historias largas, de las cuales se pueden obtener conocimientos prácticos e inspiración.

20 N. del E. El autor alude a *Los nacimientos* (1982), *Las caras y las máscaras* (1984) y *El siglo del viento* (1986), todos publicados por la editorial Siglo XXI (Madrid).

*¿Qué es la Historia atlántica?*²¹

En coautoría con Michael Jiménez (1948-2001)

La Historia atlántica es un campo cada vez más dinámico de erudición histórica y enseñanza, basado en la noción de que las Américas, África y Europa han compuesto un “sistema regional” desde fines del siglo XV hasta el presente. El estudio de este “sistema” tiene tres lugares principales. En primer lugar, ofrece ricas oportunidades para la historia comparada de sus subregiones, centrándose en una gran cantidad de temas, desde las estructuras económicas hasta las formaciones estatales, los discursos e instituciones políticas y las complejas relaciones e identidades y prácticas de clase, raza y género. En segundo lugar, el “sistema” presenta una amplia gama de temas sobre las relaciones o conexiones entre las diferentes subregiones. Algunas de las investigaciones contemporáneas más interesantes se centran en los vínculos a través del tiempo y el espacio en el mundo atlántico: migraciones y diásporas, comercio y financiamiento, difusión científica, militar y tecnológica, producción y sensibilidades artísticas, transmisión de enfermedades, conquista, colonización e imperialismo

21 Este ensayo fue publicado originalmente en el *Boletín* del Center for Pacific and American Studies de la Universidad de Tokio (2:1, 2001, 3-4), con el título: “What Is Atlantic History?”.

y, de particular relevancia, las relaciones raciales. En tercer lugar, la Historia atlántica desempeña un papel crucial en las exploraciones de la historia “global” o “mundial”. A medida que la investigación y la escritura se desarrollen en esta área regional, necesariamente involucrarán comparaciones con otras áreas regionales o culturales (la cuenca del Pacífico, el mundo islámico, Eurasia, la “civilización” occidental, etc.), e igualmente deberán considerar el impacto de las interacciones en la Historia atlántica, tanto en lo referido a sus componentes como al “sistema” en su conjunto.

Los orígenes inmediatos de la Historia atlántica residen en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial: la Guerra Fría, la reconstrucción de la economía global, el surgimiento del Tercer Mundo y la búsqueda de un legado cultural unificador en el Atlántico Norte. Uno de los principales productos académicos de esa era fue el arrollador libro -en dos volúmenes- de Robert R. Palmer, *The Age of Democratic Revolution (1959, 1964)*, que sintetizó décadas de trabajo monográfico de académicos de los Estados Unidos y Europa occidental en una amplia visión atlántica. A pesar de las muchas limitaciones de Palmer, la amplitud y la audacia de su visión fueron, y siguen siendo, sorprendentes. Su enfoque de las convulsiones de fines del siglo XVIII iluminó un “sistema atlántico”, estableció importantes puntos de comparación entre América del Norte y Europa occidental y alentó la investigación de las conexiones entre movimientos y procesos de alcance geográfico considerable. En su corazón estaba la naturaleza y el legado de la “civilización occidental”.

Mucho ha cambiado en el mundo y en la profesión histórica desde que Palmer entabló su relato, pero su trabajo aún proporciona un punto de partida esencial, así como una inspiración para muchos académicos que en los últimos años

han comenzado a estudiar de nuevo el movimiento de pueblos, culturas, políticas e ideas en el amplio contexto atlántico. Al hacerlo, han fortalecido la historia económica y social, los estudios intelectuales, literarios y culturales, la etnohistoria y la sociología histórica. Y también han brindado una oportunidad y herramientas para afirmar y rediseñar los estudios atlánticos en los albores de un nuevo siglo.

El reciente renacimiento de la Historia atlántica tiene varias dimensiones. En primer lugar, la definición del Atlántico se está ampliando más allá del borde norte -relativamente estrecho- de Palmer para incluir sus cuatro esquinas: Europa, África, América del Norte y América Latina. El extraordinario crecimiento de los estudios sobre África, el Caribe, Brasil e Hispanoamérica en las últimas décadas hace posible una historia más completa, rica y compleja en la actualidad. El estudio de la esclavitud, por ejemplo, ha sido ampliamente transformado por el mayor conocimiento de los regímenes de esclavitud en el continente africano antes y durante la era del envío forzoso de personas a través del Atlántico, así como de la diversidad social y cultural que los africanos trajeron consigo a las Américas.

Las dimensiones temporales de la Historia atlántica también están siendo alteradas. El siglo XVIII sigue siendo una coyuntura clave. Así lo demuestra la continua atención académica a las revoluciones estadounidense, francesa, haitiana y, más tarde, hispanoamericana. Al mismo tiempo, los primeros eruditos modernos han sacado a la luz las dimensiones atlánticas de la historia europea. Desde las nuevas investigaciones sobre religión y actividad misionera, hasta la formación del Estado, estos historiadores han agudizado la investigación comparativa y demostrado los vínculos e interacciones entre las diferentes áreas. Las identidades regionales y nacionales de Europa Occidental, que ahora parecen consolidadas, se forjaron a través

de encuentros con otras áreas del mundo, especialmente las Américas y África.

Por otro lado, dado que los puntos de comparación y los vínculos han asumido dimensiones globales cada vez más amplias en los últimos dos siglos, la era “moderna” sigue siendo un escenario crucial y creciente para la Historia atlántica. Los académicos han mostrado gran interés en reevaluar los legados de la “era de las revoluciones democráticas” en un cuadro mucho más amplio que el Atlántico Norte original. El liberalismo y el republicanismo en América Latina han sido objeto de una poderosa renovación por parte de la historia intelectual y política de esta región, y seguramente promoverán un mayor interés en procesos y episodios paralelos e interrelacionados en otras partes del mundo atlántico. Cabe señalar que, al mismo tiempo, los politólogos y otros intelectuales han estado abordando preguntas similares con respecto a las transiciones recientes de gobiernos autoritarios en Europa del Este y América Latina. Este enfoque regional brinda oportunidades especialmente favorables para desafiar las fronteras nacionales de la mayoría de las historias del siglo XX.

Finalmente, los cambios en el método y la escritura historiográfica en los últimos cuarenta años ofrecen importantes oportunidades para reformular el estilo político e intelectual del atlantismo temprano. En el largo plazo, ha sido de particular relevancia la Historia Social que trascendió el rol de las clases media y alta en la política nacional mencionadas por Palmer. Ahora poseemos un conocimiento considerablemente mayor sobre trabajadores y campesinos, mujeres y pueblos previamente ignorados de muchas naciones, razas y etnias, en regiones, pueblos y barrios intensamente estudiados en todo el mundo atlántico. Esta erudición presagia una investigación cada vez más fructífera sobre las similitudes y las

diferencias entre dichos trabajadores, así como sus conexiones, ocasionadas por la migración y por otros tipos de intercambios e interacciones. Además, estos avances en la Historia Social han ido acompañados de amplios estudios de historia económica e institucional; de modo que el sistema atlántico y sus subregiones son, más que nunca antes, escenarios importantes para la erudición en una amplia gama de temas, desde el empresariado hasta las economías domésticas, el intercambio “informal” y “clandestino” y la compleja historia de los Estados de Bienestar. Los estudios culturales emergentes también han encontrado un lugar importante en la Historia atlántica. Los estudiosos que se centran en el género, la sexualidad, la raza y el origen étnico han encontrado en el Atlántico un terreno especialmente fértil; algunas de las exploraciones más estimulantes en estas áreas tienen lugar en los estudios coloniales, imperiales y poscoloniales. También están teniendo un impacto significativo en la redefinición de la historia política, lo que parece implicar una reelaboración fundamental del paradigma liberal y de la modernización que yacen en el corazón del anterior proyecto Atlántico. Sólo podemos concluir que la Historia atlántica es una idea cuyo momento ha llegado nuevamente.

La Hidra de muchas cabezas: Marineros, esclavos y clase trabajadora atlántica en el siglo XVIII²²

En coautoría con Peter Linebaugh

Durante el duro invierno de 1740-41, cuando estallaban motines de subsistencia por toda Europa, un variopinto grupo de trabajadores se reunió en la taberna de John Hughson, en la ribera de Nueva York, para planear un levantamiento el Día de San Patricio. Entre los conspiradores había mujeres y hombres irlandeses, ingleses, hispanos, africanos y nativos americanos; hablaban gaélico, inglés, español, francés, holandés, latín, griego y, sin duda, varias lenguas africanas e indias. Eran, mayormente, una mezcla de esclavos y trabajadores asalariados, especialmente soldados, marineros y jornaleros. Durante sus deliberaciones, David Johnson, un sombrerero ambulante de origen europeo desconocido, juró que “ayudaría a incendiar la ciudad y mataría a tantos blancos como pudiera”. John Corry, un maestro de baile irlandés prometió lo mismo, al igual que, aparentemente, el propio John Hughson y muchos otros, incluyendo un gran número de afroamericanos. Finalmente pusieron en marcha su plan -al menos una parte- incendiando Fort George, la

22 Este ensayo fue publicado originalmente por Peter Linebaugh y Marcus Rediker en *Journal of Historical Sociology* 3(3), 1990: 225-252, con el título “The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, and the Atlantic Working Class in the Eighteenth Century”.

mansión del gobernador y la armería imperial, símbolos de la Majestad Real y la autoridad civil, los refugios e instrumentos del poder de la clase dominante en Nueva York. Sin embargo, como demuestran los trece quemados en la hoguera, los 21 ahorcados y los 77 transportados fuera de la colonia, como esclavos o sirvientes, no tuvieron éxito. Los cadáveres de dos de los ejecutados fueron colgados en una horca de hierro en los muelles, como una lección para los demás. A medida que los cuerpos se descomponían al aire libre, los observadores notaron una transformación macabra pero aleccionadora. El cadáver de un irlandés se volvió negro y su cabello se rizó, mientras que el cadáver de César, el africano, se blanqueó. Fue considerado un “fenómeno maravilloso”.²³

Una de las muchas cosas notables de este levantamiento es la forma en que desafía gran parte de la comprensión histórica contemporánea. Aquí tenemos una comunidad políglota de trabajadores que, según el conocimiento actual, nunca debieron haber sido capaces de concebir, y mucho menos ejecutar, una rebelión conjunta. Se trata de europeos “blancos” comprometiéndose a la destrucción de “los blancos” de Nueva York -refiriéndose, obviamente, a los ricos-. No es una revuelta de esclavos, ni un “gran complot negro” (como se le ha llamado durante mucho tiempo), tampoco un motín de soldados y marineros, ni una huelga de trabajadores asalariados; sino más bien el levantamiento multifacético de un proletariado urbano variopinto -rojo, blanco y negro, de muchas naciones, razas, etnias y grados de libertad.²⁴

23 Citado en Daniel Horsmanden, *The New York Conspiracy*, ed. Thomas J. Davis (Boston: Beacon Press, 1971), 309. Ver: Peter Linebaugh, “A Letter to Boston’s ‘Radical Americans’ from a ‘Loose and Disorderly’”, *New Yorker*, Autumn 1770”, *Midnight Notes* 4 (1983) y T. J. Davis, *Rumor of Revolt - The ‘Great Negro Plot’ in Colonial New York* (Nueva York: Free Press, 1985).

24 T. J. Davis, *Rumor of Revolt*, 194.

Los acontecimientos de 1741 fueron parte de una historia más amplia de la clase trabajadora atlántica en el siglo XVIII; una clase que no solo sufrió la violencia de la hoguera, la horca y los grilletes en las oscuras bodegas de los barcos, sino también la violencia de la abstracción historiográfica. Porque conceptos como “nacionalidad”, “raza” y “etnicidad” han oscurecido características esenciales de la historia de la clase trabajadora en la era moderna temprana. Los historiadores que, consciente o inconscientemente, postulan diferencias estáticas e inmutables entre trabajadores negros y blancos, irlandeses e ingleses, esclavos y libres a principios de la era moderna, no han estudiado con detenimiento los puntos reales de contacto, superposición y cooperación entre sus arquetipos. Sin esta cooperación, la economía del mundo transatlántico jamás podría haber funcionado.

Nuestro estudio parte de la organización material de muchos miles de trabajadores en los circuitos transatlánticos de intercambio de mercancías y acumulación de capital, y luego procede a analizar las formas en que dicha cooperación se tradujo en proyectos anticapitalistas propios, tal como lo hicieron aquellos que se reunieron y susurraron alrededor del fuego en la taberna de Hughson en Nueva York. Por lo tanto, es un estudio de las conexiones al interior de la clase trabajadora, conexiones que han sido negadas o simplemente ignoradas por la mayoría de los historiadores. Es también un esfuerzo por recordar, por “re-unir”, como una forma de superar parte de la violencia, parte del desmembramiento que ha sufrido la clase trabajadora atlántica. Nuestro esfuerzo por recordar comienza con un mito sobre el desmembramiento.

El mito de la Hidra de muchas cabezas

La muerte de la Hidra fue el segundo de los doce trabajos de Hércules. La versión griega de la historia es quizás la más conocida. Al enfrentarse a la monstruosa Hidra, una serpiente de agua que tenía entre nueve y cien cabezas, Hércules descubrió que, si cortaba una, crecían dos en su lugar. Con la ayuda de su sobrino Yolao, aprendió a usar un tizón encendido para cauterizar el muñón del cuello de la bestia. Así mataron a la Hidra. Entonces Hércules sumergió sus flechas en la sangre de la bestia muerta, cuyo veneno confirió a sus flechas un poder mortal.

Las alusiones a la historia aparecen con frecuencia en los anales de la conquista europea en los siglos XVII y XVIII. Por ejemplo, en 1751, un antiguo gobernador de Surinam regresó a Holanda, donde escribió memorias poéticas recordando su derrota a manos de los Saramaka, los cimarrones victoriosos:

Allí debes luchar a ciegas contra un enemigo invisible

Que te derriba como patos en los pantanos.

Incluso si se reuniera un ejército de diez mil hombres, con

El coraje y la estrategia de César y Eugenio,

*Encontrarían su tarea complicada, destruyendo el crecimiento
de una Hidra.*

De la que incluso Alcides intentaría huir.

Mauricio fue un conquistador europeo que le escribía a y para otros europeos que se suponía simpatizaban con el proyecto de conquista. Compararon su labor con la de Hércules, aquí llamado Alcides. La Hidra se identifica con los antiguos esclavos que se habían liberado y que aseguraron su libertad en la guerra subsiguiente, logrando así una primera victoria permanente

sobre los amos europeos en el Nuevo Mundo, precediendo en una generación a la victoria del pueblo haitiano.²⁵

La comparación con la Hidra surgió fácilmente de las plumas de los dueños de esclavos preocupados por la rebelión. Así, a raíz de la Rebelión de Bussa (Barbados, 1816), un plantador escribió que Wilberforce y el Instituto Africano “han penetrado en los rincones más recónditos de nuestra isla, han infligido palabras profundas y mortales en las mentes de la población negra y han engendrado la Hidra, la rebelión, que casi ha inundado con sangre nuestros campos”.²⁶

Sin embargo, la analogía de la Hidra no se limitaba a las Indias Occidentales, ni a los esclavos afroamericanos. En 1702, cuando Cotton Mather publicó su historia del cristianismo en América (*Magnalia Christi Americana*), intituló su segundo capítulo sobre la oposición sectaria a los puritanos de Nueva Inglaterra como “Hydra Decapita”. “La iglesia de Dios no llevaba mucho tiempo en este desierto antes de que el dragón arrojara varias inundaciones para devorarla”, escribió sobre la controversia antinómica de la década de 1630. La lucha teológica de las “obras” contra la “gracia” subvirtió “todo orden pacífico”. Impidió una expedición contra los indios pequot; levantó sospechas contra los magistrados; confundió el sorteo de lotes de tierra en los pueblos; y apeló particularmente a las

25 Este artículo, que representa un trabajo en progreso, es una continuación de temas que abordamos por primera vez en Marcus Rediker, “Good Hands, Stout Heart, and Fast Feet: The History and Culture of Working People in Early America”, y Peter Linebaugh, “All the Atlantic Mountains Shook”, ambos en Geoff Eley y William Hunt (eds.), *Reviving the English Revolution. Reflections and Elaborations on the Work of Christopher Hill* (Londres: Verso, 1988). Richard Price, *To Slay the Hydra. Dutch Colonial Perspectives on the Saramaka Wars* (Ann Arbor: Karoma, 1983), 15, cita a Mauricio. Nuestro trabajo ha recibido un gran respaldo de Christopher Hill, cuyo ensayo “The Many-Headed Monster”, en *Change and Continuity in 17th Century England* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1975), consideramos especialmente importante.

26 La cita en Hilary Beckles, *Black Rebellion in Barbadoes. The Struggle Against Slavery, 1627-1838* (Bridgetown, Barbados: Antilles Publications, 1984), 107.

mujeres. Para Cotton Mather, por lo tanto, la Hidra desafió la autoridad legal, las demarcaciones de la propiedad privada, la subordinación de las mujeres y la autoridad de los ministros que se negaron a permitir discusiones abiertas sobre los sermones. Los antinómicos de América habían empezado a llamar al Rey de Inglaterra “el Rey de Babilonia”. La lucha en Massachusetts fue, así, un ensayo teológico para la Revolución Inglesa de la década de 1640.

En diferentes situaciones y contextos, distintas clases dominantes utilizaron el antiguo mito de la Hidra de muchas cabezas para comprender sus problemas metropolitanos y coloniales, generalmente refiriéndose al proletariado que las potencias europeas estaban conquistando o disciplinando para la vida en plantaciones, regimientos, haciendas, talleres y fábricas. Así, los capitalistas de Londres, París y La Haya se presentaban como Hércules. ¿Por qué lo hicieron? Se podría considerar que la pregunta no es importante, ya que, después de todo, ¿no era esta una “Edad Clásica” en la historia europea, cuando la alusión a los mitos clásicos era común? Sin embargo, esto plantea la pregunta de ¿por qué fue una “Edad Clásica”? Parte de la respuesta se encuentra en un proyecto común de las clases dominantes romana y europea, que buscaban controlar el resto del mundo mediante la conquista y el tributo.

Parte de la respuesta también radica en el hecho de que la burguesía europea de principios de la era moderna recién comenzaba a desarrollar una comprensión de su tiempo y lugar en el mundo; y, además del cristianismo y sus mitos, las únicas herramientas disponibles para comprender el desarrollo social, eran aquellos textos clásicos redescubiertos y puestos a disposición durante el Renacimiento, los que, por un lado, contribuyeron a la “revolución científica” a través del renacimiento del neoplatonismo y otras tradiciones herméticas;

y, por otro lado, proporcionaron ejemplos y modelos de formaciones sociales o modos de producción, que sustentaban la doctrina del progreso europeo en el desarrollo social.²⁷

Hércules podía ser visto como revolucionario. No es sólo que sus trabajos fueran inmensos, gigantescos e intercontinentales; sino que parecía resumir, como suelen hacer los mitos, una enorme transición en la historia humana. En efecto, tomando la revolución neolítica como el comienzo de la historia, Hércules pertenecía, como el dios más antiguo del panteón griego, a los albores de los tiempos. Por lo tanto, hacia el final del siglo XIX, la interpretación generalmente aceptada del mito era que expresaba la transición hacia la civilización agraria. Y un mito que resumió la revolución neolítica bien podría usarse para resumir el ascenso revolucionario del capitalismo.

A principios del siglo XVIII, las zonas geográficas de esta última lucha hercúlea eran las cuatro esquinas del Atlántico Norte. Es decir: la costa de África occidental, las islas del Caribe, las colonias norteamericanas y las potencias marítimas del noroeste de Europa. Dentro de estas zonas, la experiencia del trabajo humano se organizaba de siete formas básicas. En primer lugar, estaban aquellos que cazaban y recolectaban su sustento, como algunos de los indígenas y cazadores europeos en América del Norte y los campesinos pobres y carroñeros del campo y la ciudad en Inglaterra e Irlanda. En segundo lugar, las mujeres, los sirvientes y los niños cuyo trabajo estaba relegado a los entornos domésticos de la cocina y las estancias. En tercer lugar, los granjeros no asalariados, pero “independientes”, que presentaban una variedad de tipos, desde los arrendatarios

27 La fabricación ideológica y el proyecto esencialmente racista representado por la “Era Clásica” se elabora con una minuciosidad maravillosamente erudita y precisa en Martin Bernal, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization, Volume I: The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985* (New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1987).

pobres y los granjeros *klachan* de Irlanda, hasta las aldeas de África occidental, los cultivadores comunales entre los iroqueses y los pequeños propietarios de América. En cuarto lugar, los sirvientes no libres que habían sido obligados a abandonar sus formas de vida vagabunda para ser transportados al Atlántico occidental. En quinto lugar, los artesanos de las ciudades y las plantaciones, que han sido estudiados con minuciosidad por la historiografía reciente. En sexto lugar, los marineros y obreros de las potencias mercantiles que constituían el grueso de la mano de obra asalariada del siglo XVIII. Y, en séptimo lugar, los esclavos no libres y sin salario cuyo trabajo masivo y cooperativo taló los bosques, drenó los pantanos, construyó la infraestructura de caminos y puertos, y trabajó en las plantaciones de azúcar, tabaco, café y algodón. Nuestras observaciones en este artículo se limitan a dos zonas: Europa y las colonias norteamericanas, y a dos tipos de trabajadores: asalariados (especialmente marineros) y esclavos.²⁸

Analizaremos cuatro momentos en la historia de la Hidra de muchas cabezas en el siglo XVIII: en 1747, cuando, en los disturbios de Knowles, en Boston, marineros y esclavos enfrentaron el reclutamiento forzoso y, al hacerlo, crearon una de las ideas centrales de la “Era de la Revolución”; en 1768, cuando, en la paralización del puerto de Londres, marineros, cargadores de carbón irlandeses y otros pioneros del movimiento obrero moderno promovieron una de sus ideas y acciones fundamentales, la huelga; en 1776, cuando, en la Revolución Americana, marineros y esclavos contribuyeron a

28 Estos párrafos y los siguientes le deben mucho a nuestros trabajos previos: Marcus Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea: Merchant Seamen, Pirates, and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987) y Peter Linebaugh, *The London Hanged: Crime and Civil Society in the 18th Century. Or, History By the Neck* (Penguin: Londres, 1990). En especial las discusiones planteadas sobre las relaciones de clase entabladas en el trabajo por marineros, cargadores de carbón y otras ocupaciones.

instigar y luego a ganar la primera guerra colonial de liberación en el mundo; y en 1780, cuando, en los disturbios de Gordon, la abigarrada clase trabajadora de Londres liberó las prisiones, en medio de la mayor insurrección municipal del siglo XVIII. Todos estos momentos fueron, de manera crucial, obra de “una cuadrilla variopinta”: de una clase trabajadora transatlántica, multirracial y multiétnica, cuya presencia y agencia es raramente reconocida en la historiografía de estos eventos cruciales.

1747: Marineros, esclavos y los orígenes de la ideología revolucionaria

Los trabajadores asalariados libres, en su mayoría marineros y otros que se congregaban en las áreas urbanas, y los trabajadores no libres sin salario, esclavos que vivían en la ciudad y el campo, representaban dos de las cabezas más turbulentas de la Hidra en las colonias británicas de América del Norte. Tanto los marineros como los esclavos orchestaron sus propios ciclos de rebelión a lo largo del siglo XVIII. Las revueltas que conformaron estos ciclos no solo estaban vinculadas de distintas maneras, sino que, consideradas en conjunto, fueron mucho más cruciales para el origen, el proceso y el resultado de la Revolución Americana de lo que habitualmente se reconoce.

Jesse Lemisch dejó en claro, hace años, que los marineros fueron uno de los principales impulsores de la Revolución Americana. Desempeñaron un papel importante en muchas de las victorias patriotas entre 1765 y 1776. Encabezaron una serie de disturbios militantes contra el reclutamiento forzado entre 1741 y 1776, y, de hecho, su participación fue reconocida tanto por Tom Paine (en *Common Sense*) como por Tom Jefferson (en la Declaración de Independencia), quienes enumeraron

el reclutamiento forzado como un agravio importante y un estímulo para la liberación colonial.²⁹

Pero lo que se ha apreciado aún menos, es cómo la participación de los marineros en la política revolucionaria fue parte de un ciclo más amplio de rebelión internacional que abarcó la mayor parte del siglo XVIII. Los marineros mercantes ingresaron a la era revolucionaria con una poderosa y arraigada tradición de militancia. Ya habían aprendido a utilizar los disturbios en los puertos, los motines, la piratería, el paro laboral y la desertión para hacer valer sus propios objetivos en contraposición a los impuestos desde arriba, por comerciantes, capitanes y funcionarios coloniales y reales. Y pronto aprenderían nuevas tácticas.

Tras la declaración de guerra contra España en 1739, las luchas contra el reclutamiento forzoso adquirieron una nueva intensidad, ya que los marineros libraron batallas campales contra las bandas de reclutamiento forzoso en todo el Atlántico. Los marineros se amotinaron en Boston dos veces en 1741, primero cuando una multitud golpeó a un alguacil del condado de Suffolk y a un juez de paz por su ayuda a la banda de reclutamiento del H.M.S. Portland, y luego cuando 300 marineros armados con “hachas, garrotes y machetes” atacaron al oficial al mando del Astrea. Se alzaron dos veces más en 1745, enfrentando a golpes a otro alguacil del condado de Suffolk y al comandante del H.M.S. Shirley, y luego, siete meses después, enfrentaron al Capitán Forest y al H.M.S. Wager, lo que resultó en dos marineros asesinados a machetazos por la banda reclutadora. Los marineros también incitaron a la multitud

29 Peter H. Wood, “Taking Care of Business’ in Revolutionary South Carolina: Republicanism and the Slave Society”, en Jeffrey J. Crow y Larry E. Tise (eds.), *The Southern Experience in the American Revolution* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1978), 276. Jesse Lemisch, “Jack Tar in the Streets: Merchant Seamen in the Politics of Revolutionary America”, *William and Mary Quarterly*, 25 (1968), 371-407.

que atacó a la Marina Real y a sus secuaces en Antigua, San Cristóbal, Barbados y Jamaica a lo largo de la década de 1740.³⁰

El desarrollo más importante en las primeras etapas del ciclo de rebelión de los marineros tuvo lugar en Boston en 1747, cuando el Comandante Charles Knowles del H.M.S. Lark comenzó una leva en Boston. Una multitud, inicialmente compuesta por 300 marineros, que creció hasta llegar a ser “varios miles de personas”, rápidamente tomó como rehenes a algunos oficiales del Lark, golpeó a un alguacil adjunto y lo puso en el cepo de la ciudad, rodeó y atacó la Sala del Consejo Provincial y se apostó en todos los muelles para evitar que los oficiales navales escaparan de regreso al barco. La multitud estaba liderada por trabajadores y marineros, tanto negros como blancos, armados con “garrotes, espadas y machetes”; la “clase baja”, observó Thomas Hutchinson, “estaba sumamente enfurecida”. Los marineros se habían congregado originalmente en “autodefensa”, pero también había un elemento positivo en su protesta. Como señaló Knowles:

La Ley [de 1746] contra el reclutamiento en las islas azucareras colmó las mentes de la gente común en tierra, así como las de los marineros en todas las colonias del norte (pero especialmente en Nueva Inglaterra), no solo con odio hacia el servicio del Rey, sino también con un espíritu de rebelión que reclamaba un derecho a la misma indulgencia

30 Gary B. Nash, *The Urban Crucible. Social Change, Political Consciousness, and the Origins of the American Revolution* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1979), 221, 222; John Laz y William Pencak, “The Knowles Riot and the Crisis of the 1740s in Massachusetts”, *Perspectives in American History* 19 (1976), 166-167; Dora Mae Clart, “The Impressment of Seamen in the American Colonies”, *Essays in Colonial History Presented to Charles McLean Andrews by his Students* (New Haven: Yale University Press, 1931), 217; Carl Bridenbaugh, *Cities in Revolt: Urban Life in America, 1743-1776* (Nueva York: Capricorn Books, 1955), 115; Richard Pares, “The Manning of the Navy in the West Indies, 1702-1763”, *Historical Society Transactions* 20 (1937), 48-49.

que las colonias azucareras, declarando que se mantendrían firmes en ello.

Y se mantuvieron: los marineros defendieron su “libertad” y justificaron su resistencia en términos de un “derecho”.³¹

Esta fue la principal idea encarnada en la acción de los marineros, en su resistencia a la autoridad injusta. Sam Adams, quien observó cómo se defendía la clase trabajadora marítima, comenzó a traducir su “espíritu de rebelión” en un discurso político. Según los historiadores John Lax y William Pencak, Adams utilizó el motín de Knowles para formular una nueva “ideología de resistencia, en la que los derechos naturales del hombre se utilizaron por primera vez para justificar la actividad de la turba”. Adams vio que la turba “encarnaba los derechos fundamentales del hombre, contra los cuales el propio gobierno podía ser juzgado”. Pero la acción de algunos marineros comunes, “entusiastas defensores de la libertad”, fue primero. Su resistencia militante produjo un avance importante en el pensamiento libertario que finalmente conduciría a la revolución.³²

Esto fue solo el comienzo, tanto del ciclo de rebelión de los marineros como de la articulación de una ideología revolucionaria en el mundo atlántico. A raíz de la década de 1740, Jack Tar continuó participando en casi todos los disturbios de las ciudades portuarias de Inglaterra y Estados

31 Citado en Lax y Pencak, “Knowles Riot”, 182, 186; la cursiva es de los autores. Sobre la relación entre “libertad” y “derecho”, ver: Lemisch, “Jack Tar in the Streets”, 400.

32 Véase Lax y Pencak, “Knowles Riot”, 205, 214; Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea*, 251-253. La interpretación que se ofrece aquí, subrayando las formas en que las acciones de los marineros generaron una ideología revolucionaria, es exactamente opuesta a la propuesta por Bernard Bailyn, quien ve las ideas del movimiento revolucionario en correspondencia con el “antiautoritarismo difuso e indeliberado” de los marineros. Ver sus *Pamphlets of the American Revolution* (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 1965), 583.

Unidos durante el resto del siglo. Ya sea en Newport, Boston, Nueva York, Filadelfia, Charleston, Londres, Liverpool, Bristol o en el Caribe, los marineros se arrojaron a las calles en protestas tumultuosas y rebeldes por diferentes razones, apoderándose, en la práctica, de lo que luego se establecería legalmente como “derecho”.³³

En los años previos al motín de Knowles los vientos de la rebelión remecieron muchas de las sociedades esclavistas del Nuevo Mundo. Las luchas incluyeron la Primera Guerra Cimarrón de Jamaica (1730-1740), rebeliones de esclavos en St. John, en las Islas Vírgenes Danesas y en la Guayana Holandesa (1733), un complot en las Islas Bahamas (1734), una conspiración de esclavos en Antigua (1735-36), una rebelión en Guadalupe (1736-38), la rebelión de Stono (1739), el levantamiento del día de San Patricio en Nueva York (1741) y una serie de disturbios en Jamaica (a principios de la década de 1740). Las conexiones entre estos eventos no siempre son fáciles de descubrir, pero la vida de un esclavo llamado Will, quien participó en la rebelión de St. John, luego en la conspiración de Antigua y finalmente en el complot de Nueva York, sugiere algo importante sobre el movimiento y el intercambio de experiencias subversivas entre esclavos. Otro conspirador de Antigua, desterrado de su propia isla, apareció como líder de un complot en la isla danesa de St. Croix en 1759.³⁴

El movimiento hacia la rebelión entre los afroamericanos se aceleró después de 1765, como demuestra un importante trabajo reciente de Peter Wood, quien ha argumentado

33 Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea*, cap. 5.

34 David Barry Gaspar, *Bondmen and Rebels: A Study of Master-Slave Relations in Antigua, with implications for Colonial British America* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1985) 37, 210; Michael Craton, *Testing the Chains. Resistance to Slavery in the British West Indies* (Ithaca: Cornell University Press, 1982), 335-339; Peter H. Wood, *Black Majority: Negroes in Colonial South Carolina from 1670 through the Stono Rebellion* (Nueva York: Norton, 1974); Davis, *Rumor of Revolt*, 158.

que “las luchas por la libertad de los negros en vísperas de la independencia de los blancos” se intensificaron a medida que los esclavos aprovecharon las nuevas oportunidades que ofrecían las divisiones entre las clases dominantes imperiales y coloniales. Las huidas aumentaron a un ritmo que alarmó a los dueños de esclavos en todas partes y, a mediados de la década de 1770, una oleada de conspiraciones y revueltas de esclavos hizo que los temores de sus amos se elevaran. Los esclavos organizaron levantamientos en Perth Amboy, Nueva Jersey, en 1772; en la parroquia de St. Andrews, Carolina del Sur, y en un esfuerzo conjunto africano-irlandés en Boston, en 1774; en el condado de Ulster, Nueva York, el condado de Dorchester, Maryland, Norfolk, Virginia, y la región del Río Tar de Carolina del Norte, en 1775. En este último, un esclavo llamado Merrick conspiró con un marinero blanco para obtener las armas que harían posible la revuelta.³⁵

Tal conspiración e intercambio fueron facilitados por la posición estratégica que ocupaban muchos esclavos urbanos o negros libres en la división social del trabajo de las ciudades portuarias, como jornaleros, estibadores, marineros y pilotos fluviales. Los puertos del norte, con su promesa de anonimato y remuneración estándar en el sector marítimo, actuaron como un imán para esclavos fugitivos y negros libres durante todo el período colonial y hasta bien entrados los siglos XIX e incluso XX. Muchos encontraron empleo como obreros y marineros. Los esclavos también fueron empleados en el sector marítimo, algunos como propiedad de los capitanes de barco,

35 Ver Wood, “Taking Care of Business”, 276 y “‘The Dream Deferred’: Black Freedom Struggles on the Eve of White Independence”, en Gary Y. Okihiro, ed., *In Resistance. Studies in African, Caribbean, and Afro-American History* (Amherst, Mass.: University of Massachusetts Press, 1986), 170, 172-173, 174-175; Jeffrey J. Crow, “Slave Rebelliousness and Social Conflict in North Carolina, 1775 to 1802”, *WMO* 37 (1980), 85-86; Herbert Aptheker, *American Negro Slave Revolts* (Nueva York: Columbia University Press, 1943), 87, 200-202.

otros alquilados por un tiempo determinado. A mediados del siglo XVIII, los esclavos dominaban el tráfico marítimo y fluvial de Charleston, en el que trabajaba aproximadamente el veinte por ciento de los hombres adultos esclavizados de la ciudad. La libertad de los “negros de barco” de Charleston había perturbado a los gobernantes locales durante mucho tiempo, especialmente cuando se involucraban en actividades subversivas, como se alegó en el caso de Thomas Jeremiah, un piloto de río, en 1775. A Jeremiah se le acusó de almacenar armas mientras esperaba la guerra imperial que “ayudaría a los pobres negros”. Jeffrey J. Crow ha señalado que los pilotos negros eran “un grupo rebelde, particularmente resistente al control blanco”.³⁶

Peter Wood concluye que entre 1765 y 1776 los esclavos en América del Norte generaron una “ola de lucha” que se convirtió en “un factor importante en la agitación que condujo a la Revolución”: “Afectó a todas las principales colonias de esclavos y estuvo estrechamente relacionada con -e incluso influyente en- la agitación política que afectó a muchos súbditos blancos en estos años”. El tratamiento de Wood de este ciclo de rebelión como “un capítulo significativo en la historia de la agitación política de los trabajadores y artesanos” nos invita a vincularlo con las luchas revolucionarias de otros trabajadores.³⁷

³⁶ Gary B. Nash, *Forging Freedom. The formation of Philadelphia's Black Community, 1720-1840* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1988), 72; Benjamin Quarles, *The Negro in the American Revolution* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1961), 84; Lemisch, “Jack Tar in the Streets”, 375. Sobre los porcentajes de trabajadores negros en el sector marítimo a principios del siglo XIX, consultar: Shane White, “‘We Dwell in Safety and Pursue Our Honest Callings’: Free Blacks in New York City, 1783-1810”, *Journal of American History* 75 (1988), 453-454; Ira Dye, “Early American Merchant Seafarers”, *Proceedings of the American Philosophical Society* 120 (1976), 358. En South Carolina, ver Philip D. Morgan, “Black Life in Eighteenth-Century Charleston”, *Perspectives in American History* New ser. 1 (1984), 200; Wood, “Taking Care of Business”, 276; Crow, “Slave Rebelliousness”, 85. Sobre los marineros negros en las Indias Occidentales, consulta Gaspar, “Bondmen and Perch”, 109-111.

³⁷ Wood, “The Dream Deferred”, 168, 181. Wood argumenta que el ciclo

1176: La multitud y el “poder de las muchas cabezas” en América.

Las multitudes revolucionarias, reuniones ruidosas de miles de hombres y mujeres, comenzaron a crear una crisis imperial de dimensiones sin precedentes en 1765. Las turbas fueron cruciales para la efectividad de las protestas contra la Ley del Timbre, las Leyes de Ingresos de Townshend, el aumento del poder del servicio de aduanas británico, el Acta de Alojamiento, la Ley del Té, las “Leyes Intolerables” y, por lo tanto, en la ruptura revolucionaria misma. Todo esto lo podemos apreciar ahora, gracias a importantes investigaciones recientes.³⁸

Lo que no se ha apreciado es que la mayoría de estas turbas tenían un carácter interracial y que estas potentes, aunque temporales, uniones de trabajadores asalariados libres y trabajadores no asalariados esclavizados fueron fundamentales para obtener muchas de las victorias del movimiento revolucionario. Los “Hijos de Neptuno” (tanto negros como blancos), otros negros libres y esclavos, fueron probablemente los más unidos y los más efectivos en sus batallas contra el reclutamiento forzoso. El crucial motín de Knowles de 1747, que presenció el nacimiento del lenguaje de liberación de la

entró en una nueva fase (que durará hasta 1783) cuando Lord Dunmore hizo su famosa proclamación (noviembre 15, 1775) ofreciendo libertad a cualquier esclavo que quisiera luchar en el ejército del rey (177).

38 Es importante tener en cuenta que las primeras turbas estadounidenses actuaron dentro de sociedades civiles relativamente subdesarrolladas, que carecían de fuerzas policiales y, por lo general, carecían de ejércitos permanentes; las milicias locales no podían movilizarse fácilmente en su contra, ya que los milicianos a menudo formaban parte de la multitud. Las turbas urbanas crearon así un enorme desequilibrio porque había muy pocas otras instituciones o grupos corporativos para contrarrestarlas y garantizar la estabilidad social. Las autoridades locales estaban demasiado cerca de la acción, mientras que las autoridades imperiales estaban demasiado lejos. Las multitudes eran, por lo tanto, extremadamente poderosas. A menudo conseguían sus objetivos y, por lo general, conseguían proteger a los suyos, lo que significaba que los miembros de la multitud rara vez eran detenidos y procesados.

revolución, fue liderado por “marineros armados, sirvientes, negros y otros”. Más tarde, cuando comenzó el movimiento revolucionario en 1765, alrededor de 500 “marineros, jóvenes y negros” se amotinaron contra el reclutamiento forzoso en Newport, Rhode Island, y en 1767 una multitud de blancos y negros armados atacó al Capitán Jeremiah Morgan en otro motín contra el reclutamiento forzoso en Norfolk. Lemisch señaló que después de 1763, “multitudes armadas de blancos y negros maltrataron repetidamente a capitanes, oficiales y tripulaciones, amenazaron sus vidas y los retuvieron como rehenes para los hombres que habían presionado”.³⁹

Los trabajadores blancos y negros también participaron en los levantamientos populares contra la Ley del Timbre, cuya exitosa derogación fue quizás el momento clave en el desarrollo de un movimiento revolucionario. En 1765, “negros desordenados y marineros más desordenados” se amotinaron contra la Ley del Timbre en Charleston. Unos meses más tarde, los esclavos de Charleston (algunos de los cuales habían tomado parte en la acción anterior junto a los marineros) se reunieron y clamaron por “libertad”, lo que llevó a los líderes locales a mantener la ciudad bajo control de la guardia armada por un lapso de diez días a dos semanas. Una protesta llevó a otra y el lema adquirió un significado diferente y más radical.⁴⁰

39 Thomas Hutchinson, *The History of the Colony and Province of Massachusetts-Bay*, ed. Lawrence Mayo Shaw (Cambridge, Mass.: Harvard University Press), vol. II, 332; Lemisch, “Jack Tar in the Streets”, 386, 391; Bridenbaugh, *Cities in Revolt*, 309. Para relatos específicos de los disturbios, véase *Newport Mercury*, 16 de julio de 1764 y 10 de junio de 1765; *New York Gazette*, *Weekly Post-Boy*, 12 de julio de 1764 y 18 de julio de 1765; *Weyman's New York Gazette*, 18 de julio de 1765.

40 Arthur Meier Schlesinger, “Political Mobs and the American Revolution”, *Proceedings of the American Philosophical Society* 99 (1955), 244; Bridenbaugh, *Cities in Revolt*, 313-314; Morgan, “Black Life”, 233; Pauline Maier, “The Charleston Mob and the Evolution of Popular Politics in Revolutionary South Carolina, 1765-1784”, *Perspectives in American History* 4 (1970), 176; Wood, “Taking Care of Business”, 277.

Los marineros, nuevamente asistidos por afroamericanos, también lideraron la oposición militante contra el renovado poder del servicio de aduanas británico a fines de la década de 1760 y principios de los años de 1770. Como ha demostrado Alfred F. Young, los marineros incluso recurrieron a la costumbre del mar para forjar una nueva arma en el arsenal de la justicia revolucionaria, el alquitranado y emplumamiento que intimidaba a muchos funcionarios británicos en las colonias. Podemos escuchar el ruido metálico del cepillo en el balde de alquitrán detrás de la observación de Thomas Gage en 1769: “los Oficiales de la Corona se vuelven cada día más temerosos de cumplir con su deber”.⁴¹

Los marineros también lideraron los disturbios de Golden Hill y Nassau Street en Nueva York y el motín de King Street, más conocido como la Masacre de Boston. En ambos casos, los marineros y otros trabajadores resentían la forma en que los soldados británicos trabajaban por salarios inferiores a los habituales en los muelles; en Nueva York también resintieron los esfuerzos de los soldados por destruir su mástil de la libertad de 58 pies, que, como era de esperar, se asemejaba al mástil de un barco. Se desencadenaron disturbios y peleas callejeras. Thomas Hutchinson y John Adams, entre otros, creían que las acciones en Nueva York condujeron directamente al “fatídico cinco de marzo” en Boston. Adams, quien defendió al Capitán Preston y sus soldados en el juicio, llamó a la multitud que se reunió en King Street nada más que “una chusma abigarrada de chicos insolentes, negros y mulatos, *teagues* irlandeses y Jack Tarrs

41 Alfred F. Young, “English Plebeian Culture and Eighteenth-Century American Radicalism”, en Margaret Jacob and James Jacob, eds., *The Origins of Anglo-American Radicalism* (Londres: George Allen A Unwin, 1984), 193-194. Ver también Steven Rosswurm, *Arms, Country, and Class: The Philadelphia Militia and the «Lower Sort» during the American Revolution* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1987), 32-33; Dirk Hoerder, *Crowd Action in Revolutionary Massachusetts, 1765-1780* (Nueva York: Academic Press, 1977), 241. Gage citado en Schlesinger, “Political Mobs”, 246.

extranjeros”. Los marineros también participaron en la Fiesta del Té, empujando a Gran Bretaña a una demostración de fuerza desenfrenada en las Leyes Intolerables y una confrontación final que resultó irreconciliable. Durante la revolución misma, los marineros participaron en turbas que acosaron a los *tories* y redujeron la eficacia de sus esfuerzos.⁴²

En ocasiones logramos vislumbrar ideas y prácticas radicales en tránsito, y cómo las ideas opuestas de “estas personas extremadamente peligrosas” se difundieron de un puerto a otro durante la crisis imperial. Al enfrentar las protestas contra la Ley del Timbre en Charleston, el gobernador William Bull de Carolina del Sur descubrió que “aquí, las mentes de los hombres estaban universalmente envenenadas con los principios absorbidos y propagados desde Boston y Rhode Island”. Pronto, “siguiendo su ejemplo, la gente de esta ciudad resolvió apoderarse y destruir los papeles timbrados”. Al explicar este desarrollo, Butt señaló que “en esta época del año, los barcos llegan con mucha frecuencia” desde Boston y Newport, donde los marineros y los esclavos habían ayudado a protestar contra la Ley del Timbre, tal como lo harían en Charleston. ¡Además de mercancías, en esos barcos se transportaban “principios”!⁴³

42 Lee R. Boyer, “Lobster Backs, Liberty Boys, and Laborers in the Streets: New York’s Golden Hill and Nassau Street Riots”, *New York Historical Society Quarterly* 57 (1973), 289-308; Hiller B. Zobel, *The Boston Massacre* (Nueva York: Norton, 1970), L. Kinvin Wroth y Hiller B. Zobel, eds., *Legal Papers of John Adams* (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 1965), vol. 111, 266; Hoerder, *Crowd Action*, cap. 13; Rosswurm, *Arms, Country, and Class*, 46-48.

43 Bull citado en Bridenbaugh, *Cities in Revolt*, 313-314; ver también 114-115; Eric Foner, *Tom Paine and Revolutionary America* (Nueva York: Oxford University Press, 1976), 54. Lemisch, “Jack Tar in the Streets”, 391, Nash, *Forging Freedom*, 38-39, y Philip S. Foner, *Blacks in the American Revolution* (Westport, Conn: Greenwood Press, 1975), 37-38, se encuentran entre los pocos historiadores que han llamado la atención sobre la presencia de afroamericanos en las multitudes revolucionarias. Otros han descuidado el tema, quizás porque desconfiaban de algunas de estas descripciones de “niños, marineros y negros” en las multitudes coloniales, viéndolos como esfuerzos intencionados para proteger a los ciudadanos acomodados que participaron en turbas o como medios para

Aquellos a quienes Adams llamaba “chicos” (aprendices), negros y mulatos, *teagues* irlandeses y Jack Tars extranjeros, constituían una gran parte de la población urbana que estaba unida por tenaces vínculos culturales. Una subcultura de “aprendices, sirvientes, esclavos y quizás algunos jornaleros, obreros y marineros” giraba en torno a experiencias laborales comunes y una vida cultural compartida de fiestas, máscaras, ferias, celebraciones de la fiesta del *May-Day*, verbenas, tabernas, antros y prostíbulos. “Aprendices, sirvientes e incluso negros” bebían juntos en Hell Town en Filadelfia, al igual que “marineros y negros” se divertían “a horas intempestivas” en Charleston y trabajadores blancos y negros se congregaban en la taberna de Hughson en Nueva York. El magistrado Daniel Horsmanden había sugerido que tales tabernas proporcionaban

oportunidades para que los más desenfrenados, degradados y abandonados miserables entre nosotros conspiraran y se confabularan entre sí, y maduraran en estas escuelas de maldad, para llevar a cabo las empresas más atrevidas y reprochables. Temo que aún haya muchos de estos lugares

criticar la actividad de la turba echándole la culpa a los segmentos más pobres de la sociedad urbana. Esta parece ser la posición de Dirk Hoerder, quien admite que los marineros y los niños eran miembros comunes de las multitudes de Boston, pero argumenta que la presencia de negros era “insignificante” (*Crowd Action*, 374). A veces, las descripciones de las multitudes no se pueden tomar al pie de la letra, como cuando la asamblea de Boston intentó, en 1747, atribuir toda la culpa a “los marineros extranjeros, sirvientes, negros y otras personas de condición humilde y vil” por el motín de Knowles; cuando, de hecho, estos grupos no podrían haber compuesto los “varios miles” que participaron en la protesta (incluso si estas “personas de condición humilde y vil” lideraron el motín, especialmente en sus etapas iniciales). Véase la resolución de la asamblea del pueblo de Boston, en *Boston News-Letter*, 17 de diciembre de 1747. Algo similar ocurre en la famosa caracterización de John Adams de la multitud involucrada en la Masacre de Boston en 1770, citada a continuación. Y, sin embargo, otras fuentes, escritas con propósitos menos tendenciosos, dejan claro que tales descripciones de diversas multitudes coloniales contenían un fuerte elemento de verdad. Las descripciones son demasiado comunes como para permitir que las argumentaciones especiales del pasado y el honesto escepticismo del presente oscurezcan o nieguen esa verdad.

entre nosotros y son la perdición y la plaga de la ciudad. Fueron tales lugares los que brindaron la oportunidad de gestar esta conspiración tan horrenda y execrable.

Tabernas, casas de libaciones y salas de baile existían en todos los puertos del Atlántico, para gran desesperación de las clases dominantes coloniales, que buscaban criminalizar y desalentar el contacto entre los trabajadores libres y no libres que utilizaban tales lugares para planear “conspiraciones” e incluso formar un “ferrocarril subterráneo marítimo” por el cual muchos escaparon hacia la libertad. Por lo tanto, había una historia de cooperación interracial que subyacía a las protestas conjuntas de marineros y esclavos contra el reclutamiento forzoso y otras medidas durante la era revolucionaria.⁴⁴

Los marineros y los esclavos expresaron, así, un estado de ánimo militante, resumido por Peter Timothy cuando habló de Charleston, Carolina del Sur, en el verano de 1775: “En cuanto a la guerra y la paz, solo puedo decir que los plebeyos siguen a favor de la guerra, pero la nobleza es perfectamente pacífica”. Los marineros en particular y los trabajadores asalariados en general estaban entre los más radicales de la población colonial y entre quienes empujaron a la vanguardia revolucionaria hacia posiciones más extremas y eventualmente

44 Gray B. Nash, Billy G. Smith, y Dirk Hoerder, “Laboring Americans and the American Revolution”, *Labor History* 24 (1983), 418, 435. (Nash, Smith, y Hoerder notaron que la estructura social variaba según la ciudad y delineaban patrones ocupacionales comunes). Ver también Nash, *Urban Crucible*, 260, 320-321, y Sharron V. Salinger, “*To Serve Well and Faithfully*”: *Labor and Indentured Servitude in Pennsylvania, 1682-1800* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), 101-102, epílogo; Foner, *Tom Paine*, 48-50; Rosswurm, *Arms, Country, and Class*, 37; Morgan, “Black Life”, 206-207, 219; Davis, *Rumor of Revolt*, 81, 194, 248 (cita de Horsmanden); Linebaugh, “A Letter to Boston’s ‘Radical Americans’”; Gaspar, *Bondmen and Rebels*, 138, 204; Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea*, cap. 1; N.A.T. Hall, “Maritime Maroons: *Grand Marronage* from the Danish West Indies”, *WMO*, 3er ser. 42 (1985), 491-492; Linebaugh y Rediker, “The Many-Headed Hydra”, *paper* presentado en la *American Studies Association*, 1988, 22.

hacia la independencia misma. Contrario al argumento reciente de los académicos que afirman que los marineros, trabajadores, esclavos y otros trabajadores pobres no estaban en condiciones de “dar forma al proceso revolucionario”, está claro que estos grupos proporcionaron gran parte de la chispa, la volatilidad, el impulso y la “militancia sostenida” para los ataques a la política británica después de 1765. En el proceso, proporcionaron una imagen de cooperación interracial que invita a que nos preguntemos si el racismo era tan monolítico en la sociedad blanca como a menudo se asume.⁴⁵

La famosa pero falsa narración de Paul Revere sobre la Masacre de Boston intentó hacer respetable a la “chusma abigarrada” omitiendo los rostros negros de la multitud y agregando demasiados chalecos elegantes. No es sorprendente, por tanto, que los colonos acomodados a menudo llamaran temerosamente “Hidra” a la turba -un “poder de muchas cabezas”-, utilizando los mismos términos míticos que durante mucho tiempo utilizó la burguesía atlántica para describir e interpretar su lucha contra la variopinta clase obrera atlántica.⁴⁶

Tales temores eran comprensibles, ya que la turba politizada fue una de las tres “organizaciones de masas” más importantes (junto con la milicia y el ejército) en el movimiento revolucionario, y, probablemente, la más difícil de

45 Hermann Wellenreuther, “Rejoinder” a Nash, Smith, y Hoerder en “Labor in the Era of the American Revolution: An Exchange”, *Labor History* 24 (1983), 442. Timothy citado en Maier, “Charleston Mob”, 181; Edward Contryman, *A People in Revolution. The American Revolution and Political Society in New York, 1760-1790* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1981), 37, 45 (cita).

46 Linebaugh, “A Letter to Boston’s ‘Radical Americans’”; Wiliam Godard citado en Charles G. Steffen, *The Mechanics of Baltimore. Workers and Politics in the Age of Revolution, 1763-1812* (Urbana: University of Illinois Press, 1984), 73; Governor Morris to Mr. Penn, May 20, 1774, en Peter Force, ed., *American Archives* 4 th ser. (Washington, D.C., 1837), vol. I, 343; Gobernador William Bull de South Carolina, citado en Maier, “Charleston Mob”, 185; *Poor Richard, 1747* en Leonard W. Labaree, ed., *The Papers of Benjamin Franklin* (New Haven: Yale University Press, 1961), vol. III (1745- 1750), 106.

controlar. Además, en la mayoría de los casos era esencialmente democrática: cualquiera podía unirse y los trabajadores podían incluso ascender a posiciones de liderazgo momentáneo o a largo plazo. Teniendo en cuenta estos hechos y la manera en que las turbas fueron absolutamente esenciales para la gestación de la revolución, su posterior represión por parte de los antiguos revolucionarios puede interpretarse como un tipo de “Termidor” estadounidense; su condena por grandes propietarios de tierras, comerciantes e incluso artesanos como parte de un cerco diseñado para llevar la política de la “calle” a las cámaras legislativas. Cuando Sam Adams, quien ayudó a redactar el Acta de Motines de Massachusetts de 1786, dejó de creer que la turba “encarnara los derechos fundamentales del hombre contra los cuales el propio gobierno podía ser juzgado”, se apartó de una importante fuente de creatividad y expresión democráticas, la fuerza que años antes le había dado la mejor idea de su vida.⁴⁷

De los cinco trabajadores asesinados en la Masacre de Boston en 1770, John Adams dijo: “la sangre de los mártires, bien o mal, resultó ser la semilla de la congregación”. Adams dejó claro, así, los orígenes obreros de la revolución y la nueva nación, porque la sangre de los mártires, como todos sabían, era la sangre de un oficial mecánico, un aprendiz y tres trabajadores asalariados: un cordelero y dos marineros, uno de los cuales era un esclavo fugitivo mestizo de negro e indio que vivía en las Islas Bahamas. Su nombre era Crispus Attucks. Sobre este mártir, Adams había dicho antes que “su mera apariencia sería

47 Maier, “Charleston Mob”, 181, 186, 188, e ídem, “Popular Uprising and Civil Authority in Eighteenth-Century America”, *William and Mary Quarterly* 3ra serie, 27 (1970), 33-35; Hoerder, *Crowd Action*, 378-338. Gordon Wood notó que “antiguos líderes *whigs* apasionados comenzaron a sonar como los *torys* de 1775” cuando se enfrentaron a las turbas, comités populares y a “la gente de afuera” en la década de 1780. Ver *The Creation of the American Republic, 1776-1787* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1969), 319-328, 326 (cita).

suficiente para aterrorizar a cualquier persona”, o al menos a cualquier persona como Adams. Bien podría haber dicho lo mismo sobre la “chusma abigarrada” que Attucks había dirigido a la batalla, expresando así la mente temerosa de la dirección moderada del movimiento revolucionario. No pasaría mucho tiempo antes de que trabajadores y trabajadoras de todo Estados Unidos marcharan contra los británicos bajo banderas que presentaban una serpiente y el lema “No me pises”.⁴⁸

1768: De Irlanda a Londres, donde la serpiente aprende a atacar

Patrick Carr, otro trabajador de Boston que sería mártir de la revolución que se avecinaba, representaba a esa parte de la clase obrera atlántica que procedía de Irlanda. Carr, como muchos otros, salió de Irlanda en la década de 1760 con mucha experiencia en turbas y en enfrentamientos con el poder militar británico. Muchos de sus compatriotas fueron a Londres, donde ayudaron a realizar la huelga portuaria de 1768.⁴⁹

En efecto, la huelga en Londres no puede entenderse separada de Irlanda, donde la horca y el hacha del leñador habían sido las principales herramientas de la ascendencia inglesa por siglos. Después de las confiscaciones williamitas de la década de 1690, los bosques y la cultura humana dependiente de ellos fueron en gran parte destruidas; la política agraria introducida posteriormente en Irlanda promovió los pastos para la exportación de ganado en lugar de una agricultura de cultivo que pudiera alimentar a la población. Como resultado, una gran masa, sin bosques ni tierras para subsistir, abandonó

48 Wroth y Zobel (eds.), *Legal Papers of John Adams*, vol. 111, 269, y Kaplan, *The Black Presence in the Era of the American Revolution* (New York: New York Graphic Society, 1973), 8; Edward H. Richardson, *Standards and Colors of the American Revolution* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1982).

49 Zobel, *The Boston Massacre*, 192, 199.

por completo la tierra o se sometió a un nivel de subsistencia tan absolutamente humilde que desafió las capacidades de descripción de los observadores independientes y causó asombro incluso en los gobernantes, quienes se preguntaron cómo una población oprimida podría tolerar tales condiciones. La lengua irlandesa fue “desterrada del castillo del jefe a la cabaña del vasallo”, desde donde, en tiempos difíciles, migró a las tabernas de Londres y a las “casas de copas bajas” de los puertos estadounidenses y caribeños. La “Irlanda oculta” -su tradición conspiratoria y su disposición a actuar al margen de la ley- fue llevada en la diáspora en personas como Patrick Carr.⁵⁰

Los “ultrajes de los *whiteboys*”, el nombre dado a la mayor y más prolongada de las rebeliones agrarias en Irlanda (1761-1765, con estallidos esporádicos hasta 1788), fue una parte importante de la experiencia subversiva de los irlandeses movilizados. Estas protestas tuvieron lugar en un período de aumento de la expropiación y acumulación, intensificado por las demandas de dos guerras mundiales. Con el brote de la peste del ganado en Europa continental, y la aprobación de la Ley de Exportación de ganado en 1759, el valor de la tierra irlandesa aumentó considerablemente. Los más pobres de los medieros que tenían un sembradío de patatas o una vaca en tierras comunales, de repente se encontraron con que incluso estas les serían negadas, ya que los terratenientes, sus agentes y alguaciles los desalojaron en busca de nuevas tierras de pastoreo, tomando

50 Esta sección se basa en el capítulo nueve de *The London Hanged*. “If You Plead for Your Life, Plead in Irish”. *A History of Ireland in the Eighteenth Century* (Londres, 1893) de W.E.H. Lecky es la mejor explicación tradicional, pero se debe contrastar con investigaciones modernas, resumidas en *Emigrants and Exiles: Ireland and the Irish Exodus to North America* (Nueva York: Oxford University Press, 1985) de Kerby A. Miller. Esta sección toma en cuenta a Daniel Corkery, *The Hidden Ireland: A Study of Gaelic Munster in the 18th Century* (Dublín, 1925), que describe lo que, creemos, es único; a saber, formas poéticas aristocráticas aplicadas a una experiencia proletaria, cuyo sentimiento resultante -la nostalgia- ha sido explotado con éxito por el nacionalismo burgués en ambos lados del océano.

control de baronías enteras y erigiendo muros, setos y cercas para mantener a sus rebaños adentro y a los antiguos inquilinos afuera. Frente a esto, los arrendatarios y peones irlandeses reaccionaron con lo que Lecky llamó “una insurrección de desesperación”.⁵¹

En octubre de 1761, bandas nocturnas de 200 a 400 personas, vestidas con largas túnicas y escarapelas blancas, derribaron las cercas que rodeaban las tierras en Tipperary. El movimiento se expandió rápidamente a nuevas áreas en Cork, Kilkenny, Limerick y Waterford, y a acciones diseñadas para reparar otros agravios, como los múltiples diezmos (por patatas, pastoreo, pasto o retama) impuestos por una institución religiosa ajena. Tocando cuernos, portando antorchas y montando caballos requisados, los *whiteboys* abrieron cárceles, rescataron prisioneros, atacaron guarniciones, robaron armas,

51 Lecky, “History of Ireland”, vol. II, 226. Richard Musgrave señala que el movimiento *whiteboy* comenzó alrededor de 1759; ver sus *Memoirs of the Different Rebellions in Ireland* (Dublín, 1802, 3ª ed.), vol. I, 36-54. Sin embargo, la mayoría de los historiadores modernos coinciden en que los *whiteboys* aparecieron por primera vez en 1761. Aunque su movimiento se debilitó para 1765, su nombre persistió para describir una variedad de movimientos agrarios a lo largo de la década de 1780 y bien entrado el siglo XIX. Los mejores estudios modernos son los de Maurine Wall, “The Witheboys”, en Desmond T. Williams, ed., *Secret Societies in Ireland* (Gill and Macmillan: Dublín, 1973), 13-25, y especialmente James S. Donnelly, Jr., “The Whiteboy Movement, 1761-5”, *Irish Historical Studies* 21 (1978-9), 21-54. Las páginas de Lecky sobre los *whiteboys* son especialmente valiosas porque precedieron a la destrucción de los archivos de Castle en 1916; ver también a Miller, *Emigrants and Exiles*, 61-67. M. R. Beames, *Peasants and Power: Whiteboy Movements and their Control in Pre-Famine Ireland* (Nueva York, 1983), ofrece un estudio útil de los movimientos *whiteboy* del siglo XIX. En otros lugares hemos discutido la conexión irlandesa-africana tal como apareció en el Caribe del siglo XVII. Esa experiencia solo creció con las migraciones del siglo XVIII y se extendió a áreas aún no estudiadas en Irlanda y en África Occidental. Creemos que fue un desarrollo importante ya que ambas sociedades tenían mucho en común: una economía pastoral, la relativa ausencia de un sector comercial, la predominancia de grandes grupos de parentesco como base social de la producción, la ausencia de “individualismo” y el énfasis en las costumbres colectivas, identidades, música y cultura. Estas similitudes representaron una base para el intercambio cuando estos dos pueblos se encontraron ocupando la forma más cooperativa de trabajo del siglo XVIII: el trabajo colectivo. Ver: Linebaugh y Rediker, “Many-Headed Hydra”.

liberaron aprendices, mutilaron ganado, araron tierras baldías, impidieron la exportación de provisiones, quemaron casas, redujeron precios y por todas partes derribaron muros, cercas, setos y zanjas. Estos rebeldes fueron originalmente conocidos como, y a menudo llamados, “Los Niveladores”.

La fuerza total de los *whiteboys* sigue siendo desconocida, aunque se informó que 14.000 insurgentes vivían en Tipperary en 1763. Sus mayores concentraciones, que reunieron entre 500 y 700 personas, tuvieron lugar en 1762 en Cork y Waterford. Utilizando técnicas militares, los arrendatarios y trabajadores más pobres (muchos de ellos *spalpeens* o trabajadores migrantes) se constituyeron en una organización autónoma completamente separada de las clases medias y altas. De hecho, la experiencia proletaria de los cientos de miles de irlandeses que habían servido en el ejército francés desde 1691 estaba detrás del movimiento *whiteboy*.⁵²

Por necesidad, gran parte de su movimiento era anónimo y misterioso. Se dijo que se llevó a cabo “bajo el amparo de hadas”, en 1762, conducida por figuras mitológicas como “La reina Sieve”, quien escribió,

Nosotros, niveladores y vengadores de las injusticias cometidas contra los pobres, nos hemos reunido unánimemente para derribar muros y zanjas hechas para cercar los bienes comunes. Los señores han aprendido últimamente a oprimir a los pobres hasta tal punto que les resulta imposible sobrevivir.

52 Donnelly, “Whiteboy Movement”, 26, 24, 34-35, 37-38, 39, 41-43; Beames, *Peasants and Power*, 33-34; “A Succinct Account of a Set of Miscreants in the Counties of Waterford, Cork, Limerick, and Tipperary, called *Boughleeen Bawins* (i.e. White Boys)”, *The Gentleman’s Magazine* 32 (1762), 182-183, donde se indica la captura de un hombre que “estuvo algún tiempo en el servicio francés”. Varios cientos de miles de irlandeses sirvieron en los ejércitos franceses en el siglo siguiente a 1691; ver Linebaugh, *The London Hanged*, cap. 9.

Ni siquiera pueden tener un cerdo o una gallina en sus puertas. Les advertimos que no vuelvan a levantar muros ni fosos en el lugar de los que destruimos, ni siquiera indaguen acerca de los que los destruyeron. Si lo hacen, sus ganados serán cortados en los tendones y sus ovejas abiertas en los campos.

Los capitanes de *whiteboy* que llevaron a cabo estas amenazas se autodenominaron “Almacenador”, “Pies ligeros”, “Sin miedo” y “Osado pirómano”.⁵³

El suyo fue un movimiento inspirado en fuertes nociones de justicia. El alguacil mayor de Waterford, por ejemplo, no pudo encontrar a nadie dispuesto a azotar a un *whiteboy* condenado, aunque ofreció veinte guineas y a pesar de que había un gran contingente de tropas presente. Cuando se hizo cumplir la ley inglesa, como en el ahorcamiento del padre Sheehy en 1766, la gente socavó su efecto. La tierra sobre su tumba fue tratada como terreno sagrado; un “Jurado Sheehy” se convirtió en proverbio para la parcialidad. Cuatro años más tarde su verdugo fue apedreado hasta la muerte y algunos años luego, su acusador fue asesinado por gente que se negó a olvidar.⁵⁴

El movimiento *whiteboy* atacó los diezmos y alarmó a muchos protestantes, pero no debe interpretarse como un fenómeno sectario, ya que tanto católicos como protestantes

53 T.W. Moody, et al., *A New History of Ireland*, vol. VIII: *A Chronology of Irish History to 1976* (1982); J.A. Froude, *The English in Ireland in the 18th Century* (Nueva York, 1874), vol. II, 25; Wall, “The Whiteboys”, 16; Donnelly, “Whiteboy Movement”, 28.

54 Lecky, *History of Ireland*, vol. II, 41-45; Wall, “Whiteboys”, 19, 20. Cabe señalar que Sheehy fue el único sacerdote conocido por haber estado involucrado con los *whiteboys*. La abrumadora mayoría de los sacerdotes estaban enérgicamente en contra. Lo que, según Maurice Wall, ayuda a explicar el creciente número de incidentes de intimidación popular a sacerdotes en la década de 1770.

estaban presentes entre los *whiteboys* y entre sus víctimas, y dado que tanto católicos como protestantes adinerados cooperaron para detener las revueltas.⁵⁵ Y aunque comenzó en entornos rurales contra los cercamientos de tierras, el movimiento tampoco debe interpretarse como una “agitación agraria” exclusivamente. Así como la creación de un proletariado sin tierras es un corolario necesario de la expropiación de la tierra, las formas y la experiencia de esa lucha se moverán con el proletariado errante y vagabundo. Un historiador de los convictos transportados a Australia escribió: “La Asociación Whiteboy fue, en cierto sentido, un gran sindicato”. El sabotaje de los *whiteboys*, según Constantia Maxwell, fue adoptado por los oficiales de Dublín. Los carpinteros de barcos de la Sociedad Amistosa de Filadelfia también estaban asociados con los *whiteboys*. Por lo tanto, cuando a fines de la década de 1760, los términos de intercambio entre Inglaterra e Irlanda incluían un millón y medio de libras en remesas a terratenientes ausentes, tres millones de libras en exportaciones y miles de trabajadores hambrientos, también incluían un intercambio cultural que iba más allá de los dramaturgos coléricos y baladistas tristes, y que contenía a las organizaciones rebeldes de la “Irlanda oculta”, que surgieron en Londres en 1768 y tuvieron un efecto significativo.⁵⁶

55 Wall, “Whiteboys”, 18; James Connolly, *Labour in Irish History* (Londres: Brookmarks, 1987), 43. Richard Aston, el juez presidente del Tribunal de Pleas Comunes de Irlanda, señaló que “papistas y protestantes estaban involucrados promiscuamente” en el movimiento *whiteboy*; ver: Donnelly, “Whiteboy Movement”, 46.

56 Constantia Maxwell, *Dublin under the Georges, 1714- 1830* (1936), 270; A.G.L. Shaw, *Convicts and Colonies: A Study of Penal Transportation from Great Britain to Australia and Other Parts of the British Empire* (1966), 173; James H. Huston, “An Investigation of the Inarticulate: Philadelphia’s White Oaks”, *William and Mary Quarterly* 3ra serie 18 (1971); Thomas Prior, *A List of Absentees in Ireland* (Dublín, 1769), 3ra ed. La sequía de 1765 y la subsiguiente hambruna en Irlanda obligaron a muchos a migrar a Londres y a América. Ver: Donnelly, “Whiteboy Movement”, 52-53.

El trabajo proletario en Londres se caracterizó por una alta rotación, la ausencia de asociaciones gremiales, la heterogeneidad étnica y condiciones laborales estacionales, peligrosas y sujetas a una severa disciplina. El poder productivo de tal trabajo social surgía de la reunión de muchas personas en un mismo lugar al mismo tiempo. La cosecha y la construcción de caminos, la excavación de canales y el servicio militar requerían de este tipo de trabajo, al igual que la carga, navegación y descarga de barcos. Los irlandeses se concentraron en el trabajo masivo de cargar carbón, un trabajo laborioso, sucio y quebrantador de espaldas, pero crucial para la energía y el funcionamiento de la mayor ciudad de Inglaterra. Individualmente débiles y lamentables, como una masa colectiva, estos trabajadores asalariados tenían poder y representaban un peligro. “Un grupo de hombres que trabajan en conjunto tiene manos y ojos delante y atrás, y es, hasta cierto punto, omnipresente”, escribió Karl Marx.⁵⁷

En la década de 1760, se necesitaba más dinero para comer, y la gente hambrienta de Londres comenzó a actuar directamente contra los aumentos de precios. Los trabajadores del río lideraron los grupos que robaban verduras frescas, obligaban a los vendedores a vender sus productos a precios populares e intimidaban a los comerciantes para que cerraran sus tiendas y casas de intercambio y escondieran sus activos. El 11 de mayo, un grupo de marineros se reunió en la Bolsa de Valores “y no permitieron que ninguna persona excepto su propio grupo entrara”. Estas acciones no fueron pacíficas: el asesinato fue un hecho frecuente durante la primavera y el verano. Thomas Davis, por ejemplo, dijo que “no le importaba a quién mataran, con tal de que su familia no pasara hambre”.

57 Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, ed. Dona Torr (Londres, 19), 315. T.S. Ashton, and Joseph Sykes, *The Coal Industry in the Eighteenth Century* (Manchester, 1964), 2da edición.

Cuando un “señor” le preguntó a un joven si era una tontería que la gente arriesgara sus vidas, recibió la respuesta: “Maestro, los alimentos están caros y el comercio está muerto, estamos hambrientos y es mejor morir de una vez que morir a pulgadas”.⁵⁸

Por otro lado, los hambrientos tomaban acciones indirectas para aumentar sus salarios. Los marineros presentaron peticiones y marcharon hacia el Parlamento para exigir aumentos salariales. Los zapateros se congregaban a menudo en reuniones masivas en Moorfields como parte de sus intentos por obtener mejores remuneraciones. Los barqueros se declararon en huelga por más dinero. Los aserradores se vieron amenazados por la reciente introducción de una máquina de vapor instalada en Limehouse y la destruyeron. Mil esmeriladores de vidrio presentaron una petición por salarios más altos; miles de sastres de Londres hicieron lo mismo. Los líderes fueron enviados a prisión, al igual que tres sastres enviados a Bridewell “por incitar a sus hermanos a la insurrección, abusar de sus maestros y negarse a trabajar a los precios establecidos”.⁵⁹

En muchos sentidos, los disturbios de la primavera y principios del verano de 1768 parecen ser instancias clásicas de la “turba” plebeya del siglo XVIII en acción: las formas (peticiones, marchas, hogueras, rotura de ventanas), la heterogeneidad de los “oficios” (sastres, zapateros, carpinteros) y, en general, la subordinación de sus demandas y acciones al movimiento reformista de la clase media liderado por John Wilkes. Sin embargo, las actividades de ese año deben ser vistas

58 T.S. Ashton, *Economic Fluctuations in England. 1700-1800* (1959), 181; William Beveridge, et al., *Prices and Wages in England from the Twelfth to the Nineteenth Century*, vol. I, *Price Tables: Mercantile Era* (1939), 292; *Berrow's Worcester Journal*, 19 de mayo de 1768; *The Westminster Journal*, 14 de mayo de 1768; *Public Advertiser*; 14 de mayo de 1768.

59 “The Information of James Brown”, *Sessions Papers*, Corporation of London Record Office, Londres, Bundle 1768.

no solo como los desmanes autorizados de la turba plebeya, sino como algo nuevo, no autorizado, insurreccional y proletario. “Los extremos a los que se lleva el grito de libertad, parecen amenazar con la destrucción de toda la sociedad civil”, dijo un periódico. Wilkes y sus hombres no pudieron controlar las protestas de 1768, como quedó demostrado cuando algunos marineros corearon “No a Wilkes, no al rey”. Tampoco fueron los artesanos quienes lideraron estos eventos. Los lideraron los trabajadores del río, cerrando el transporte fluvial por un tiempo y provocando, casi, una huelga general. En julio, “un espectador” observó el patrón de los últimos meses: “marineros, sastres, toneleros, lancheros, barqueros, etc., se suceden unos a otros, los intrépidos cargadores de carbón van a la vanguardia”.⁶⁰

Los líderes de los cargadores de carbón, como muchos sabían, eran “de la pandilla de *whiteboys* en Irlanda, expulsados de allí por los crímenes más atroces, como ellos mismos alardeaban y daban a entender”, para citar al Procurador General de Inglaterra. La participación de *whiteboys* entre los cargadores de carbón fue informada por varios periódicos y asumida por Samuel Foote, quien escribió *The Tailors. A Tragedy for Warm Weather*, sobre las huelgas de 1768-1769. Horace Walpole, el Conde de Orford, señaló que los cargadores de carbón eran “todos *whiteboys* irlandeses”; su certeza sobre este hecho le permitió usar los términos cargadores de carbón y *whiteboys* indistintamente. Así, la cabeza de la Hidra que fue derrotada por la soga y el hacha en Irlanda reapareció con doble fuerza en Londres, como mano de obra irlandesa, asalariada e insurgente. Puede que haya sido un consuelo insuficiente para la esposa de John Brennan, quien llevó la cabeza del *whiteboy* decapitado por

60 *Berrow's Worcester Journal*, 12 de mayo de 1768; *The Public Advertiser*, 21 de julio de 1768; “Memorials of a Dialogue betwixt several Seamen a certain Victualler & a S-1 Master in the Late Riot”, Shelburne Papers, vol. XCXXX, William L. Clements Library, University of Michigan.

las calles y tiendas de Kilkenny “recaudando dinero del gentío” tras su ejecución. Pero la verdad inevitable prevaleció, tal como lo reconoció el Jefe del Tribunal de Hacienda de Irlanda: en este país, “Inglaterra sembró sus leyes como dientes de dragón y brotaron hombres armados”.⁶¹

Los hombres y mujeres trabajadoras de la zona ribereña de Londres salieron en 1768 armados de una nueva manera. Los marineros, que decidieron colectivamente replegar (*to strike*) las velas de sus embarcaciones y así detener el comercio y la acumulación internacional de capital en la principal ciudad del imperio, habían hecho, en conjunto con los cargadores de carbón irlandeses y otros trabajadores, una importante contribución al lenguaje y la actividad política del movimiento obrero: la huelga (*the strike*).⁶²

1780: Londres insurreccional

Mientras varias cabezas de la Hidra luchaban por la “independencia” bajo el símbolo de la serpiente en América, varias otras –“una multitud abigarrada y variopinta”- se levantaron contra el poder británico en los disturbios de Gordon, la insurrección municipal más grave del siglo XVIII. Los disturbios del 6 de junio de 1780 recibieron su nombre de

61 *The Westminster Journal*, 16 de julio de 1768; *Berrow's Worcester Journal*, 23 de junio de 1768; 14 de julio de 1768; T.S. 11/818/2696, Public Record Office, Londres; Foote, *The Taliros; A Tragedy fro Warm Weather* (1778), 31; Horace Walpole a Stratford, 25 de junio de 1768, en W.S. Lewis, et al., eds., *Horace Walpole's Correspondence* (New Haven: Yale University Press, 1973), vol. 35, 324; ver también los vols. 23, 33; Donnelly, “Whiteboy Movement”, 50.

62 Puede ser cierto, como ha señalado John Rule recientemente, que el verbo “to strike” ya estaba en circulación entre la clase trabajadora de Londres en 1765. Esto no alteraría la etimología aceptada del término, sus orígenes entre los trabajadores marítimos, ni disminuiría la importancia de los eventos de 1768, que representaron la mayor huelga conocida en Gran Bretaña en ese momento. Ver el *Oxford English Dictionary*, “strike”, y el *Bulletin for the Society for the Study of Labour History* 54 (1989), 103.

Lord George Gordon, un par escocés que lideró la Asociación Protestante, una organización masiva dedicada a la revocación de un Acta aprobada dos años antes para el “Alivio de los católicos romanos”. El Parlamento y el Banco de Inglaterra fueron atacados; los aristócratas vieron sus casas destruidas y se vieron sitiados. Los parques de Londres se convirtieron en campamentos militares; los puntos estratégicos fueron defendidos con artillería y la burguesía municipal se armó. Entre cuatrocientas y quinientas personas murieron. Para la clase trabajadora de Londres, el 6 de junio de 1780 fue un día glorioso porque los prisioneros de Newgate fueron liberados.⁶³

Las estimaciones exactas del número de prisioneros liberados en la noche del 6 al 7 de junio de 1780 varían debido a los desórdenes nocturnos y a las muchas prisiones, cárceles y otros lugares de confinamiento que fueron abiertos. Más de veinte casas de reclutamiento (donde los marineros reclutados a la fuerza fueron confinados antes del embarque) y casas de reclusión por deudas (donde los deudores eran retenidos por voluntad de sus acreedores) fueron abiertas por la fuerza en Southwark. Los prisioneros de Newgate, la mazmorra más grande y terrible, fueron liberados en medio del fuego y la destrucción; lo que, según un espectador, se sintió “no sólo como si ardiera la metrópolis, sino como la rendición de todas las naciones ante la consumación final de todas las cosas”.⁶⁴

63 J. Paul de Castro, *The Gordon Riots* (1926), y Christopher Hibbert, *King Mob: The Story of Lord George Gordon and the Riots of 1780* (1958) son dos buenas introducciones monográficas. Pueden complementarse con los materiales en: John Stevenson, *Popular Disturbances in England, 1700-1870* (1979), Tony Hayter, *The Army and the Crowd in Mid-Georgian London* (1978), y George Rude, “The Gordon Riots: A Study of Rioters and their Victims”, en su *Paris and London in the Eighteenth century* (Nueva York: Viking Press, 1973), 268-292. Un tratamiento más completo de la historia presentada aquí, así como de las fuentes empleadas, en Linebaugh, *The London Hanged*.

64 *The Morning Post*, 9 de junio de 1780.

Los prisioneros “liberados de la mazmorra de Newgate” eran de varias etnias: ingleses, irlandeses, afroamericanos, pero también italianos, alemanes y judíos. De aquellos liberados cuyas causas originales se conocen, había cinco imputados por crímenes contra personas (un violador, un bigamo, un escritor de cartas anónimas y dos asesinos) y dos acusados de perjurio; la abrumadora mayoría había sido encarcelada por delitos contra la propiedad: dos falsificadores, seis ladrones de casas, diez salteadores de caminos y cincuenta ladrones fugados; la mayoría carecía de propiedades. Varios dentro de Newgate tenían conexiones americanas; ellos, al igual que tantos otros -dentro y fuera de los muros de la prisión- habían sido afectados por la guerra revolucionaria en curso por la independencia y la búsqueda de la felicidad. Continuando las luchas que los marineros habían librado durante los cuarenta años anteriores contra el reclutamiento forzoso, los alborotadores lucharon por la libertad contra el confinamiento. Lo hicieron en un “frenesí republicano” y un “espíritu nivelador”.⁶⁵

De hecho, los propios marineros eran prominentes entre los alborotadores, tal como lo indican las menciones frecuentes de sables y picas de marino como armas principales en el arsenal de la multitud. Había sido un año terrible para ellos: el invierno había sido frío, la guerra agotadora y las bandas reclutadoras merodeaban por las calles. La incidencia de los motines en la Marina Real comenzó a aumentar poco después del estallido de la Revolución Americana. Un marinero llamado Richard Hyde fue juzgado por la liberación o “entrega” de los prisioneros de Newgate. Uno de los carceleros insistió en que Hyde lo había insultado, llamándolo “uno de los ladrones de Akerman”, y lo amenazó diciendo que “le cortaría la garganta y

65 “London Prisoners”, Sessions Papers, 1780, Corporation of London Record Office, Londres; *The Proceedings... of the Old Bailey*, 8 de diciembre de 1779 y 14 de abril de 1779; *The London Chronicle*, 6-8 de junio de 1780.

mataría a su maestro”. Otros marineros irrumpieron en la casa del carcelero de Akerman, donde obtuvieron las llaves de la puerta principal de la cárcel.⁶⁶

Otros dos libertadores de Newgate, “que no tenían el temor de Dios ante sus ojos, sino que fueron movidos y seducidos por la instigación del diablo” (para usar el lenguaje de las acusaciones en su contra), se llamaban John Glover y Benjamin Bowsey. Eran afroamericanos y antiguos esclavos. Sus actividades en Newgate fueron decisivas, y por ello su importancia en la historia posterior de la clase trabajadora atlántica puede equipararse a la de los líderes más conocidos de la población afro-londinense, Ottobah Cugoano y Olaudah Equiano, cuya fama surge en parte porque fueron escritores. Glover y Bowsey eran activistas.⁶⁷

John Glover vivía en Westminster, donde tenía fama de ser un hombre “tranquilo, sobrio y honesto”. Trabajó como sirviente para un tal Philips, que evidentemente era abogado, porque durante la tarde del 6 de junio envió a Glover a su despacho en Lincoln's Inn para buscar algunos papeles. Las calles estaban llenas de gente y de noticias: el día antes de que se produjera “el acoso a los Lores”, los peticionarios regresaban del Parlamento, los cantantes de baladas agotaban sus talentos, los

66 *The Proceedings* (la referencia específica está temporalmente perdida). Sobre la incidencia de los amotinamientos, ver Arthur N. Gilbert, “The Nature of Mutiny in the British Navy in the Eighteenth Century”, en Daniel M. Masterson, ed., *Naval History: The Sixth Symposium of the U.S. Naval Academy* (Wilmington, Del.: Scholarly Resources, Inc., 1987), 111-121.

67 *The Proceedings*, 28 de junio de 1780; Indictment Bills, Gaol Book, Sessions Files, vol. 28, junio de 1780, Corporation of London Record Office. Ver también: Ottobah Cugoano, *Thoughts and Sentiments on the Evil and Wicked Traffic of the Slavery and Commerce of the Human Species* (1787), y Olaudah Equiano, *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, the African, Written by Himself* (1789), ambos editados y republicados en Francis D. Adams y Barry Sanders (eds.), *Three Black Writers in Eighteenth Century England* (Belmont, California, 1971). Se debe señalar que Glover, Bowsey y Hyde (el marinero) representaron la mitad de los juzgados, presumidos por el Estado como los cabecillas del ataque a Newgate.

escribanos y los hombres de leyes de los Colegios de Abogados habían comenzado a armarse para hacer frente a la turba. Ignatius Sancho, un acomodado almacenero africano, escribió esa noche desde Westminster observando “al menos cien mil pobres, miserables, harapientos revoltosos, la mitad mujeres y niños, todos desfilando por las calles -en el puente, en el parque- listos para cualquier desorden”. El día fue un momento de verdad en el que nadie pudo evitar tomar partido. Glover no recogió los documentos legales, sino que se unió a una de las columnas que se formaban hacia Newgate, cuya proximidad lo llenó de determinación, ya que en Snow Hill se le vio golpear los adoquines con el cañón de un arma y gritar “¡Ahora Newgate!”. Fue una de las primeras personas en mostrar su rostro en los daderos de la portería, dirigiéndose al guardián de la siguiente manera: “Maldito seas, abre la puerta o te quemaremos y sacaremos a todo el mundo”; una amenaza que cumplió, pues más tarde se le observó como “la persona más entusiasta en amontonar material combustible contra la puerta y prenderle fuego”.⁶⁸

La comunidad negra de Londres (10.000-20.000 personas) estuvo activa durante la semana del 7 de junio. Más tarde, Ottobah Cuguoano habló de, desde y para esta comunidad cuando dijo que “la voz de nuestra denuncia implica una venganza”. Tales voces fueron las voces del 6 de junio. Mientras Glover y otros estaban ocupados en Newgate, Charlotte Gardiner, “una negra”, marchó con una multitud (“entre los cuales había dos hombres con campanas y otro con sartén y tenazas”) hacia la casa del Sr. Levarty, un tabernero, en St. Katherine's Lane, cerca de Tower Hill. Charlotte Gardiner fue la líder de esta marcha, gritando alientos (“¡Hurra, bien

68 Ignatius Sancho, *Letters* (1782), republicado en Adams y Sanders, *Three Black Writers* (Belmont, Ca., 1971).

hecho, derriben esto, abajo aquello!) e instrucciones (“Traigan más leña para el fuego”), además de tomar dos candelabros de latón de la sala de estar. Ni siquiera intentó defenderse en el Old Bailey, y el 4 de julio fue declarada culpable y sentenciada a muerte. El martes siguiente fue ahorcada.⁶⁹

John Glover fue identificado lo suficientemente bien en Old Bailey como para ser ahorcado. Sin embargo, para fines históricos, su identificación es mucho más difícil, al igual que la de los millones sin nombre de la diáspora africana. No obstante, hay evidencia que sugiere que tomó su nombre de uno de los primeros miembros del Comité de Correspondencia de Marblehead, Massachusetts: el general John Glover, quien formó un regimiento militar estadounidense en 1775 entre los marineros y pescadores multiétnicos de este importante puerto atlántico. El John Glover que ayudó a liberar a Newgate probablemente era un prisionero capturado del regimiento del General Glover.⁷⁰

El problema de la identificación surge nuevamente cuando consideramos a un segundo afroamericano, Benjamin Bowsey, un hombre que estuvo lo más cerca posible de ser el líder el 6 de junio. Aparentemente su voz era emocionante, alentadora y capaz de despertar indignación. Estaba entre el grupo de treinta personas que se acercó por primera vez

69 Cugoano, *Thoughts and Sentiments*, en Sanders, *Three Black Writers*, 106; las actividades de Gradiner's están reportadas en *The London Chronicle*, 4-8 de julio de 1780. Las discusiones sobre el tamaño de la población londinense negra pueden hallarse en: Peter Fryer, *Staying Power: The History of Black People in Britain* (Londres: Pluto Press, 1984); James Walvin, *The Black Presence: A Documentary History of the Negro in England, 1555-1860* (Nueva York, 1971); F.O. Shyllon, *Black People in Britain* (1977), y del mismo autor: *Black Slaves in Britain* (1974)

70 En “A list of Massachusetts Soldiers and Sailors in the War of the Revolution”, varios “John” o “Jonathan” Glovers están enlistados como desertores o capturados antes de 1780, y algunos son descritos como de complejión oscura. Para una discusión más completa de la identidad de Glover y de Bowsey, discutida abajo, ver: Linebaugh, *The London Hanged*, cap. 10.

a la prisión, marchando de tres en tres, armados con rayos, palanquetas y picotas. Más tarde, fue acusado de tres cargos, uno por disturbios, otro por derribar la casa de Akerman, y otro por allanamiento, saqueo y robo. Bowsey había estado en Inglaterra durante seis años y probablemente había sido esclavo en Virginia.

Hombres como Glover y Bowsey, y mujeres como Gardiner llegaron en cantidades crecientes a Londres, donde encontraron trabajo como violinistas, amantes, cocineros, boxeadores, escritores y, especialmente, sirvientes domésticos, jornaleros y marineros. La cohesión (aprendida en las plantaciones y a bordo) de la población africana planteó un problema policial en Londres, ya que se expresó en clubes de baile, música, comida y bebida, o en grupos de esclavos fugitivos estadounidenses y sirvientes londinenses. John Fielding, presidente de las sesiones trimestrales de Westminster, cuya oficina fue atacada durante los disturbios, ya se había alarmado algunos años antes por la inmigración creciente de esta población. Los plantócratas, decían,

los traen a Inglaterra como sirvientes baratos sin derecho a salario; apenas llegan aquí, se ponen al mismo nivel con otros sirvientes, se embriagan con la libertad, se vuelven rebeldes y, ya sea por la persuasión de otros o por sus propias inclinaciones, comienzan a esperar salarios de acuerdo con su propia opinión de sus méritos; y como ya hay un gran número de hombres y mujeres negras que se han vuelto problemáticos y peligrosos para las familias que los trajeron aquí y han sido despedidos, estos entran en sociedades y se dedican a corromper y discontentar la mente de cada sirviente negro que llega a Inglaterra.

La comunidad afro-londinense en la década de 1770 había comenzado a luchar por la libertad del proletario: movilidad y dinero.⁷¹ Continuaron la lucha atacando a Newgate, uno de los principales símbolos del poder estatal y la represión, mientras, en el Atlántico, se desarrollaba una guerra que continuó la discusión sobre los derechos populares, inaugurada generaciones antes por los Niveladores y otros radicales de la Revolución Inglesa.

Conclusión

Al observar las revueltas de la Hidra de muchas cabezas -protagonizadas por trabajadores blancos y negros, irlandeses e ingleses, libres y esclavos, asalariados y no asalariados- podemos notar que los eventos de 1747, 1768, 1776 y 1780 fueron parte de un amplio ciclo de rebeliones en el mundo atlántico del siglo XVIII, en el que las continuidades y conexiones dieron forma a un gran número y variedad de luchas populares. Un tema central de este ciclo fue la lucha polifacética contra el confinamiento -en barcos, en talleres, en prisiones, o incluso en imperios- y la búsqueda simultánea de autonomía. La circulación de la experiencia de la clase trabajadora, especialmente de ciertas formas de lucha, emerge como otro tema, vinculando las turbas urbanas, las revueltas de esclavos, los motines en los barcos, los levantamientos agrarios, las huelgas y los motines en las prisiones, y la enorme variedad de trabajadores que los llevaron a cabo: marineros, esclavos, trabajadores migrantes, cargadores de carbón, obreros portuarios y otros, muchos de los cuales ocupaban posiciones de importancia estratégica en la división

71 Fryer, *Staying Power*, cap. 4; John Fielding, *Extracts from the Criminal Law* (1768); Frank Lorimer, "Black Slaves and English Liberty: a Re-examination of Racial Slavery in England", *paper* presentado en la *International Conference on the history of Blacks in Britain* (1981), citado en Fryer, *Staying Power*, 203, 541.

internacional del trabajo. No se puede subestimar que gran parte de esta experiencia de la clase trabajadora circuló hacia el este, desde las plantaciones de esclavos estadounidenses, los campos comunes irlandeses y las embarcaciones atlánticas, de regreso a las calles de Londres, la metrópolis. Este intercambio dentro de un proletariado predominantemente urbano y portuario tuvo lugar por encima, alrededor, por debajo y con frecuencia en contra de los artesanos y los obreros calificados a quienes generalmente se les atribuye la creación del movimiento obrero temprano.

¿Qué conciencia portaba este proletariado abigarrado? No tenemos una respuesta completa o definitiva para esta pregunta, pero es importante sentar algunos puntos; esto, pese a que nos hemos centrado en los esclavos y en los trabajadores marítimos, que constituyen sólo una parte de nuestra investigación. Primero, necesitamos enfatizar que esta conciencia surgió de la experiencia. La lucha contra el encierro condujo a una conciencia de la libertad que, a su vez, se transformó en la discusión revolucionaria sobre los derechos humanos. La experiencia de cooperación en las plantaciones, barcos y muelles condujo a una conciencia de interdependencia y produjo nuevas formas de comunicación en el lenguaje, en la música y en los signos. En segundo lugar, los diversos trabajadores que hemos considerado aquí trajeron consigo las tradiciones de sus propias historias, que se preservaron y ampliaron en el mundo atlántico del siglo XVIII. Por tanto, el panafricanismo se originó en África, no en los barcos de esclavos, y se convirtió en una poderosa fuerza atlántica en la década de 1780. Las tradiciones antinómicas y antiautoritarias de la autogestión, una herencia de la Revolución Inglesa de la década de 1640, se preservaron y expandieron en América del Norte. Finalmente, surge un tercer punto de nuestra investigación. En su momento más dinámico,

el proletariado del siglo XVIII a menudo iba por delante de cualquier conciencia fija. Los cambios geográficos, lingüísticos y climáticos, y las relaciones familiares y productivas fueron tan volátiles y repentinas que la conciencia tuvo que caracterizarse por una celeridad de pensamiento que puede ser difícil de comprender para aquellos cuya experiencia ha sido más estable.

Esperamos que nuestras conclusiones sean de interés para todos aquellos que piensan que la clase obrera no existía en el siglo XVIII (antes del surgimiento del sistema fabril), y para todos aquellos cuyas concepciones de nación, raza y etnicidad han oscurecido tanto el campo de fuerza en el que se desenvuelve toda la historia, como el mundo popular de cooperación vital y de logros. Las muchas cabezas de la Hidra transatlántica pueden compararse con una bebida popular del siglo XVIII, llamada “Todas las Naciones”, una mezcla de todos los diferentes licores vendidos en las tabernas, reunidos en un único recipiente donde se vertían los restos de las botellas y los vasos.⁷² Tendremos que estudiar todas las naciones para comprender la bestia que ha invocado tanta violencia, física y conceptual, a través de las épocas.

72 Francis Grose, *A Classical Dictionary of the Vulgar Tongue* (Londres, 1785).

*Hilar una trama: La historia marítima en la era de la vela*⁷³

La historia marítima según los marineros

Exploremos brevemente la génesis de la trama marinera (*sailor's yarn*), que surge de cuatro mundos laborales emparentados: la fabricación textil, la pesca, la fabricación de cuerdas y la navegación. En su definición original, el término “trama” (*yarn*) refiere a la fibra hilada (algodón, lana, seda o lino) preparada para su uso en tejidos. En los muelles del siglo XVIII, el significado cambió al amarre con cordel y soga (*to cord and rope*): la red de un pescador está tramada, al igual que las hebras (de dieciocho, veinte y veinticinco hilos) de un tejido. Nos estamos acercando al barco.

Pronto, “trama” adquirió un significado en la jerga náutica: hilar una trama era contar una historia o un cuento, generalmente de aventuras marítimas, sobre naufragios dramáticos, batallas sangrientas, oficiales tiránicos o resistencias osadas. A menudo, se trataba de narraciones largas, complejas y coloridas, que incorporaban elementos humorísticos,

73 Este texto fue originalmente publicado con el título “Spinning a Yarn: Maritime History in the Age of Sail” en *Utne Reader*, el 7 de octubre del 2014. Es un fragmento del primer capítulo del libro *Outlaws of the Atlantic: Sailors, Pirates, and Motley Crews in the Age of Sail: “The Sailor’s Yarn”* (Boston: Beacon Press, 2014, 9-29). Las notas bibliográficas han sido reincorporadas en esta versión.

maravillosos y fantásticos, así como la tradición popular, el conocimiento práctico de la clase y del trabajo, y la experiencia del desafío a la muerte. La trama inventaba y reinventaba perpetuamente en todos y cada uno de los escenarios marítimos, ya sea en el mar o en la costa, a medida que los narradores individuales agregaban sus propios talentos y creaban sus historias para audiencias cambiantes.

La historia marítima se denominó trama (*yarn*) debido a un proceso de trabajo específico en el barco, donde el trabajo era colectivo, solitario y discontinuo. Los barcos estaban aislados durante largos períodos y la tripulación vivía en una cercanía estrecha y forzada. Muchas veces no había nada que hacer. Esto podía suceder en las zonas calmas (*doldrums*), cuando había poco o nada de viento, y podía suceder cuando el barco navegaba a buen ritmo con vientos fuertes. Por lo tanto, los capitanes crearon “trabajos rutinarios” (*make-work*) de varios tipos para rellenar la jornada intermitente, siendo la friega y el blanqueo de la cubierta con piedra arenisca (*holystoneing*) una de las labores más infames entre los marineros.⁷⁴

Otra era “deshilachar estopa”. El aparejo de un barco de aguas profundas estaba hecho de cuerda de cáñamo cubierta con alquitrán. Cuando el alquitrán se gastaba (y la cuerda mojada se aflojaba), había que reemplazar el aparejo. La vieja cuerda de cáñamo se cortaba en hebras cortas, de un par de pies de largo, y los marineros se reunían en la cubierta para “deshilachar estopa”. Este era un trabajo aburrido y tedioso, duro para los dedos, incluso para las manos de los marineros, que eran ásperas por la continua manipulación de las cuerdas. Los marineros se sentaban juntos y deshacían la cuerda de cáñamo en fibras

74 Marcus Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea: Merchant Seamen, Pirates, and the Anglo-American Maritime World, 1700-1750* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), cap. 4. N. del T. Hay traducción al español: Marcus Rediker, *Entre el deber y el motín. Lucha de clases en mar abierto* (Valencia: Antipersona, 2020).

individuales, luego las enrollaban y las torcían para volver a unir las. Entonces la estopa era usada para calafatear el barco: utilizando herramientas especiales (un cincel y un mazo), el carpintero del barco la introducía mezclada con alquitrán entre las aberturas de las tablas del casco para sellar las filtraciones (deshilachar estopa siempre tuvo una connotación servil, a menudo formaba parte del “trabajo duro” en los albergues de trabajo [*workhouse*] o en las prisiones; históricamente, esta labor estuvo vinculada al trabajo coaccionado y no-libre que los marineros entendían bien).

Mientras los marineros se sentaban juntos a deshilar la trama de las cuerdas, alguien hilaba una trama (*spin a yarn*) para esta audiencia hastiada, descontenta, renuente y predisuelta. La trama era, entonces, y en varios sentidos, un equivalente verbal de la canción de trabajo. Uno de sus propósitos era entretener, ayudar a superar la monotonía, hacer pasar el tiempo, transportar tanto al hablante como al oyente a un lugar diferente y mejor. Nació, en definitiva, de la alienación del trabajo a bordo, que resultó ser una cantera de habilidades narrativas.

Formas y funciones de la trama en la era de la vela

La trama marinera adquirió muchas formas y cumplió muchas funciones en el mundo de los veleros de aguas profundas. Ayudó a reclutar e interactuar a nuevos marineros con el orden a bordo. Sirvió para enseñar conocimientos fundamentales sobre el barco y sus relaciones sociales, sobre todo acerca de la supervivencia en una faena mortal. Como parte de esta supervivencia, sirvió para impartir la historia y las prácticas de resistencia que moldearon la política del barco y de la sociedad atlántica en general. También concitó y encendió la

imaginación y alimentó la fantasía. Y al hacer todas estas cosas útiles e importantes, entretuvo.

Entretenimiento



Existe un grabado titulado *Saturday Night at Sea* que representa el tramar bajo la cubierta. Diecisiete marineros se reúnen en la cubierta de armas de un buque de guerra, alrededor de un narrador barbudo que sostiene una jarra de *grog* en una mano, mientras gesticula efusivamente con la otra. Sus compañeros se relajan, asimilando la historia, sentados en cubetas, cajas y cañones o tumbados en el suelo. Los marineros han hecho suyo el lugar de trabajo. Las cabezas se inclinan con atención embelesada sobre la palabra pronunciada; las caras resplandecen con sonrisas. Este es un momento significativo en la vida social del barco.

Enganche

Uno de los principales propósitos de la trama era reproducir la cultura marítima, enfatizando los aspectos aventureros -a veces heroicos- del trabajo para atraer a los jóvenes al mar y a la fraternidad de los marineros de aguas profundas. En efecto, muchos lo hicieron porque habían escuchado una buena trama, como explica Samuel Robinson, quien recordó que, cuando era niño y crecía en Garlieston, Escocia, su “atracción por la vida marina fue despertada por las largas historias que James Cooper (un compañero mayor de escuela) solía contarnos de su viaje a las Indias Occidentales”. A partir de entonces, “un deseo irresistible de una vida marinera me absorbió tan completamente que el destino del barco me era indiferente, siempre que estuviera a bordo, y lo mismo respecto a su oficio, si no era el de un pirata”. Robinson no solo quería escuchar historias, sino adquirir la experiencia exótica que le permitiera contarlas.⁷⁵

Un marinero londinense de principios del siglo XVIII llamado Walter Kennedy tomó la misma ruta con un final diferente. Durante su tiempo en la Marina Real, Kennedy se hizo conocido por su amor a las historias de piratas. Las pedía sin cesar a sus compañeros, las escuchaba atentamente, las memorizaba y las contaba él mismo, con avidez y en reiteradas ocasiones. Luego resolvió actuar. En 1718 se enteró que Woodes Rogers había sido comisionado por el gobierno británico para navegar a las Islas Bahamas, un famoso refugio de piratas, con el objeto de restablecer la autoridad británica y colgar a cuanto ladrón fuera necesario. Kennedy se unió a la expedición, no para ayudar a Rogers a establecer el buen orden en Providence, sino para abandonarlo y unirse a los piratas apenas arribaron.

⁷⁵ Samuel Robinson, *A Sailor Boy's Experience Aboard a Slave Ship in the Beginning of the Present Century* (1867; reimpr. Wigtown, Scotland: G. C. Book Publishers, 1996), 6.

Así lo hizo, navegando bajo la bandera negra durante más de dos años y muriendo bajo ella cuando la *Jolly Roger* fue izada sobre la horca en la que fue colgado, de regreso en Londres, el 21 de julio de 1721.⁷⁶

Educación

Las tramas también tenían la función de incorporar a los nuevos trabajadores en el orden social del barco, enseñándoles conocimientos básicos sobre sus dimensiones técnicas o sociales. Los marineros tenían que aprender a enfrentar el peligro con valentía y a vivir con carencias, a soportar y sobrevivir en condiciones duras, peligrosas y a menudo fatales. Los relatos podrían transmitir lo que un marinero debía hacer en las tormentas, batallas o naufragios. Las historias también ayudaron a promover valores comunes, especialmente la necesidad de cooperación y solidaridad en un entorno de trabajo tan hostil, en el que nadie tenía verdadero control sobre la vida ni sobre la muerte, ya fuese por las enfermedades, los accidentes, el clima o la guerra.⁷⁷

Las historias proporcionaban información útil, tal como demostró -una y otra vez- William Dampier, el famoso bucanero convertido en explorador, naturalista y escritor popular, quien encabezó el proceso histórico en el cual las historias marineras comenzaron a imprimirse. Su libro *A New Voyage Around the World* -publicado por primera vez en 1697 y reimpresso muchas veces después-, fue uno de los libros más vendidos de la época y ejemplifica cómo la literatura de viajes

76 Marcus Rediker, *Villains of All Nations: Atlantic Pirates in the Golden Age* (Boston: Beacon Press, 2004), 38-42. N. del T. Hay traducción al español: Marcus Rediker, *Villanos de todas las naciones. Los piratas del Atlántico en su edad de oro* (Madrid: Traficantes de sueños, 2023).

77 Marcus Rediker, *Between the Devil and the Deep Blue Sea*, 93, 157, 185-186, 249.

era el género de escritura más popular a finales del siglo XVII y principios del XVIII. En ese libro, Dampier relató un incidente que tuvo lugar en Mindanao, en Filipinas, donde un marinero encontró una hoja especial, que hervía y trituraba para hacer “un excelente unguento”, que muchos de los marineros usaban para tratar sus úlceras cutáneas con “gran beneficio”. El hombre que encontró y preparó las hojas “obtuvo su primer conocimiento de ellas en el Istmo de Darién, de uno de los indígenas”. Aquí había un tipo de conocimiento práctico, incrustado en una historia, que circulaba por todo el mundo en la memoria de un marinero, desde América Central hasta Asia Oriental a bordo de un barco. Muchas historias tenían una base científica. De hecho, Dampier mismo ha sido elogiado por sus numerosas contribuciones al conocimiento científico.⁷⁸

Dampier también captó los efectos políticos y económicos de la trama de historias. Notó que en la costa de Coromandel, en el sureste de la India, un capitán tenía todo tipo de problemas para hacer que los marineros regresaran a bordo de su barco después de su permiso en tierra: “Nuestros marineros suelen tener grandes ideas sobre no sé qué ganancias y ventajas que pueden obtener sirviendo al Mogol (el rey del oeste de la India); tampoco escasean las historias fantásticas para alentarse a ello. Era algo en lo que estos hombres habían estado pensando y refiriendo durante mucho tiempo como algo grandioso; pero ahora lo llevaron a cabo en serio”. A través de las tramas, los marineros circulaban información útil sobre el mercado laboral marítimo en la Bahía de Bengala y el Océano Índico, y, tal como indica Dampier, estos no solo hablaban; sus historias eran guías

78 William Dampier, *A New-Voyage Round the World* (1967, reimp. Nueva York: Dover, 1968), 303. Ver también Martin Green, *Dreams of Adventure, Deeds of Empire* (Nueva York: Basic Books, 1979), 71; Margaret Cohen, *The Novel and the Sea* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010), 45; Gary C. Williams, “William Dampier: Pre-Linnean Explorer, Naturalist, Buccaneer”, *Proceedings of the California Academy of Sciences* 55 (2004): 146-166.

para la acción, lo que le causaba gran frustración a aquel capitán inglés en un lugar donde la mano de obra marítima escaseaba.⁷⁹

Rebelión

Hilar una trama también enseñó resistencia, comenzando en muchos casos con el cuerpo humano, cuando, por ejemplo, los marineros usaban las cicatrices en sus espaldas como marcas para hablar de un motín, de una huelga, de una desertión, de un desacato o de cualquier otra transgresión del orden social a bordo. Luego de ser azotados con el látigo de nueve correas (*the cat-o'-nine-tails*), observó Ned Ward a principios del siglo XVIII, los marineros comunes estaban “tan orgullosos de las cicatrices como un peregrino a Tierra Santa lo estaba de la marca de Jerusalén”. De hecho, los marineros solían llamar a estas cicatrices sus “rayas de tigre”. Las cicatrices por castigo se convirtieron en marcas de honor y distinción en sus historias. Por tanto, los marineros podían “leer” los cuerpos de sus compañeros de barco; nunca fue difícil notar quién había sido -y quizá seguía siendo- un alborotador. Las cicatrices y las tramas sobre ellas eran importantes marcas de identidad bajo cubierta. Al igual que las escarificaciones rituales en muchas sociedades sin Estado, estas marcas señalaban la iniciación en la comunidad de los marineros internacionales de aguas profundas.⁸⁰

79 Dampier, *New Voyage*, 507.

80 Edward Ward, *The Wooden World Dissected: In the Character of a Ship of War: as also, the Characters of all the Officers, from the Captain to the Common Sailor...* (Londres, 1967), 71.

*El profeta olvidado*⁸¹

En septiembre de 1738, Benjamin Lay, un cuáquero radical de apenas un metro veinte de altura, llenó una vejiga animal con jugo de bayas color rojo brillante y la metió en el compartimento secreto de un libro. Se puso un uniforme militar y una espada, se cubrió con un abrigo, escondió el libro y partió desde su casa en Abington, Pensilvania, hacia Burlington, Nueva Jersey, donde se estaba llevando a cabo la Reunión Anual de Cuáqueros de Filadelfia, los más poderosos de la colonia. Lay tenía un mensaje para ellos.

Los cuáqueros no tienen ministros formales, de modo que los feligreses hablan según los mueve el espíritu. Lay era un hombre de espíritu amplio e indisciplinado. Con una voz atronadora que contradecía su estatura, anunció que la esclavitud era el pecado más grande en el mundo. Se quitó su abrigo para revelar su uniforme militar. La multitud se quedó boquiabierta. Levantó el libro sobre su cabeza, desenvainó su espada y declaró: “Dios tomará venganza sobre aquellos que oprimen a sus semejantes”. Pasó su espada por el libro. La vejiga explotó liberando un chorro de sangre que salpicó a los dueños de esclavos que estaban sentados cerca. Un grupo de cuáqueros

81 Este ensayo fue originalmente publicado con el título “The forgotten prophet” en *Aeon*, el 3 de mayo del 2018. Es una versión corregida de una presentación del autor en la Conferencia James A. Field Jr. de Historia Estadounidense, realizada en el Swarthmore College, Pensilvania, el 11 de octubre de 2017. El autor agradece a Bruce Dorsey, Marjorie Murphy, Megan Brown y Timothy Burke.

agarró a Lay, él no opuso resistencia, y lo arrojó a la calle. El soldado de Dios había pronunciado una profecía escalofriante: la posesión de esclavos destruiría la fe cuáquera.

Tres semanas antes, Lay había publicado su primer y único libro, *All Slave-Keepers That Keep the Innocent in Bondage, Apostates*. Aquí detalló su lucha contra los poderosos cuáqueros propietarios de esclavos para abolir lo que él consideraba una institución malévola. Dos generaciones completas antes de que surgiera un vigoroso movimiento contra la esclavitud en Estados Unidos y Gran Bretaña, en la década de 1780, él exigía el fin inmediato, intransigente e incondicional de la esclavitud en todo el mundo, uniendo su protesta a la resistencia de cientos de miles de africanos esclavizados en el Nuevo Mundo, quienes fueron los primeros abolicionistas. Lay no solo imaginó el fin de la esclavitud, sino una forma de vida fuera del mercado capitalista, sin violencia hacia ninguna criatura viviente. Vivía en una cueva, preparaba su propia comida y ropa, y practicaba el vegetarianismo. ¿Cómo llegó este hombre de medios comunes y origen ordinario a la conclusión de que la esclavitud debía abolirse cuando tan pocos lo hicieron? ¿Cómo logró llegar a esta posición tan inusual para su época? ¿Cómo se convirtió en un revolucionario?

El radicalismo de Lay se puede pensar como una cuerda compuesta por cuatro hebras fuertemente entrelazadas. La primera hebra es una variante radical del cuaquerismo; esta constituía la esencia misma de su ser. La segunda era la vida en el mar y la cultura marítima que descubrió durante su vida laboral como marinero durante una docena de años. La tercera era su contacto directo con las personas esclavizadas de Barbados durante su estadía en esta isla entre 1718 y 1720. La cuarta era una especie de radicalismo “comunal” que adoptó más tarde, en la década de 1730, basado en parte en su lectura de la filosofía

antigua, especialmente los filósofos cínicos de Grecia y Roma, y su fundador, Diógenes. Estas cuatro hebras se combinaron para convertir a Lay en un radical decidido que, contra todas las probabilidades, contribuyó a forjar el primer movimiento social moderno del mundo: el abolicionismo.

Lay nació en 1682 en Copford, un pueblo cerca de Colchester en Inglaterra; él era un cuáquero de tercera generación. Su abuelo y abuela se unieron a los cuáqueros durante sus años formativos en 1655, y sus padres continuaron en la fe. Su padre William fue especialmente activo. Como muchos niños nacidos en familias rurales humildes en esta región de cría de ovejas y textiles, trabajó como pastor. Amaba las suaves colinas del Essex pastoral y los animales a los que allí cuidaba. Más tarde notó que era el mejor trabajo que un humano podía hacer.

Aunque Lay nació más de dos décadas después del término de la Guerra Civil Inglesa, esa gran convulsión moldeó su vida de manera profunda. Cuando las fuerzas parlamentarias dirigidas por Oliver Cromwell se enfrentaron con los seguidores realistas del rey Carlos I, la censura colapsó y los grupos protestantes radicales como los *Levellers*, *Diggers*, *Ranters*, *Seekers* y *Quakers* se apresuraron a publicar sus propias soluciones a los problemas de la época. Predicaron mensajes radicales de igualdad y milenarismo, a veces instando a que el mundo mismo se invirtiera. Y articularon principios democráticos, defendiendo su amplia adopción en toda la sociedad inglesa. Suyas fueron las primeras críticas reales a la esclavitud, que en ese momento aún no estaba completamente racializada. Estos radicales atacaron el reclutamiento obligatorio, la pérdida de los bienes comunes, el trabajo forzado, la servidumbre por contrato y la esclavitud africana. Este fue el caldero burbujeante

del pensamiento revolucionario del cual nació el cuaquerismo de Lay, la primera hebra de su radicalismo.

Los primeros cuáqueros formaron una comunidad religiosa intensa e igualitaria basada en la noción de una “luz interna” compartida, la chispa de la divinidad que reside en cada persona. Dirigidos por James Nayler y George Fox -este último ahora recordado como el padre fundador del cuaquerismo-, desafiaron el orden de clases de su época, insistiendo en la igualdad espiritual y negándose a quitarse el sombrero ante sus supuestos superiores sociales.

Nayler, el más radical, fue el teólogo líder del movimiento; más sofisticado que Fox y más inclinado a la acción directa y a elaborados espectáculos callejeros, que se convirtieron en una característica distintiva de los cuáqueros. En 1656, Nayler recreó el regreso de Jesucristo a Jerusalén, mientras las mujeres cantaban *Hosannas* y colocaban flores en su camino. El Parlamento vio esto como una oportunidad para deshacerse de un predicador peligrosamente carismático que provocaba resistencia religiosa y política desde abajo. Decidieron que su teatro constituía blasfemia y ordenaron que su frente fuera marcada con una “B”, que su lengua fuera atravesada por una vara de metal caliente y que la carne de su espalda fuera desgarrada por repetidos azotes tanto en Bristol como en Londres. Nayler nunca se recuperó de estos castigos despiadados y murió como un hombre quebrantado en 1660.

Años más tarde, Lay continuó con su tradición de teatro callejero radical. También se basó en la práctica de John Perrot, quien aconsejó a sus compañeros cuáqueros que no se quitaran el sombrero, ni siquiera cuando oraran a Dios, quien, después de todo, estaba dentro de ellos; simplemente era su semejante.

En 1660, Carlos II ascendió al poder e Inglaterra volvió a convertirse en una monarquía. El péndulo osciló en dirección

contraria: volvió la censura y muchos cuáqueros fueron perseguidos y desterrados. Fox respondió implementando una serie de reformas en la comunidad cuáquera durante las décadas de 1660 y 1670, con el objeto de eliminar a los radicales, lo que aumentó la cohesión del colectivo, convirtiéndolo de un pequeño grupo revolucionario a una secta cristiana robusta y duradera. Aunque Lay nació 22 años después, fue un retroceso a la fase temprana y radical de la historia de los cuáqueros. De cierto modo, fue el último radical de la revolución inglesa, ya que canalizó las ideas y prácticas militantes de Nayler y Perrot a lo largo de su vida revolucionaria.

La segunda vertiente del radicalismo de Lay tomó forma en 1703, cuando el joven de 21 años estaba a punto de heredar la granja de su padre en Copford. Siempre rebelde, dio la espalda a la granja y a los animales que amaba, y se dirigió a Londres, y desde allí a alta mar, donde se convirtió en marinero. Su estatura diminuta lo convirtió en un miembro valioso de la tripulación: al ser más pequeño y ágil, podía hacer muchas cosas que un marinero de tamaño promedio no podía hacer, como corretear en la parte superior del barco o meterse en rincones de otra forma inaccesibles.

Lay vivió en grandes barcos con tripulaciones variopintas durante doce años, y es probable que haya obtenido su educación allí, ya que los marineros letrados solían enseñarle a leer a sus compañeros analfabetos. Navegó alrededor del mundo, adquirió una rica experiencia cosmopolita y una iniciación en la larga tradición de radicalismo marítimo multiétnico. Comprendió la verdad fundamental de la navegación: a diario, tu vida está en las manos de tus compañeros. La ocupación requiere una solidaridad estricta, sin importar quién sea tu compañero de trabajo: moreno, negro o blanco; protestante inglés o católico irlandés. Una frase común de los marineros de

la época era: “Uno y todos, somos uno y todos juntos”. Lay se convirtió en un ciudadano del mundo y aprendió a transferir su solidaridad marinera a las personas oprimidas en todo el orbe.

Aprendió mucho sobre la esclavitud a través de los relatos de sus compañeros de tripulación. Las tramas marineras eran un importante medio de comunicación internacional. Los marineros se sentaban en círculo en la cubierta principal, desmarañando estopa y tramando historias, entrelazándose como un grupo cohesionado mientras contaban sus biografías, que en varios casos incluían los horrores de la esclavitud. Un par de compañeros de Lay habían sido esclavos en Turquía y en el norte de África, lo que no era raro para los marineros europeos que desafiaban el Mediterráneo. Otros marineros habían navegado en barcos esclavistas, transportando cargamentos humanos desde África hacia América. Lo que Lay recordaba más vívidamente de estas historias era la extrema violencia cometida contra las mujeres africanas en el *Middle Passage*.

Relató sus experiencias marineras en su libro *All Slave-Keepers... Apostates*, pero, de manera reveladora, nunca habló de “raza”; a pesar de que esta idea y sus prácticas estaban dividiendo rápidamente a la humanidad en el momento en que escribía. En todo el continente americano, los dueños de esclavos legislaban códigos esclavistas para criminalizar la cooperación entre trabajadores negros y blancos. Percibiendo la división inherente, Lay usaba palabras más neutrales para expresar la diferencia humana: “color”, “nación” y “pueblo”. Rechazaba el tópico estándar de la época, que refería a los africanos como “salvajes” o “bárbaros”; por el contrario, reservaba esas descripciones para los traficantes de esclavos y los dueños de ascendencia europea. Aún más importante, en su visión, usó pasajes bíblicos para resistir la división racial del mundo, haciendo hincapié en Hechos 17:26: Dios “hizo de una sangre a

todas las naciones de hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra”. En otras palabras, decía que no existen diferencias entre nosotros; que todos somos las mismas personas, profunda y divinamente conectadas. Esta retórica antirracista reflejaba su experiencia en el mar, donde trabajó con una variedad de personas que eran todas “de una misma sangre”. La solidaridad marítima fue la segunda hebra de su cuerda.

Lay puso fin a sus días como marinero en 1718, cuando decidió casarse con Sarah Smith, una cuáquera de Deptford, a orillas del río Támesis. Ella también era de baja estatura. Lay había comenzado a tener desacuerdos con sus compañeros cuáqueros de Londres, quienes estaban ahora bajo la influencia de las reformas de Fox. Junto a su esposa, Lay partió hacia Bridgetown, una bulliciosa ciudad portuaria en la que entonces era la principal sociedad esclavista del mundo: Barbados. Allí abrieron una pequeña tienda que vendía mercancía general en el malecón. Lay vio el funcionamiento de la esclavitud con sus propios ojos. Su contacto con la brutalidad del sistema esclavista y las luchas del pueblo afro-barbadense produjeron la tercera hebra de su radicalismo.

Lay observó con horror cómo los esclavos entraban tambaleándose en su tienda y se derrumbaban en el suelo. Algunos incluso murieron por exceso de trabajo y hambre. Vio gente siendo torturada, una escena común en Bridgetown. Vio espeluznantes ejecuciones de esclavos rebeldes. Fue testigo de cómo los trabajadores perdían extremidades en las maquinarias de las fábricas de azúcar. Conoció a un tonelero esclavizado que se suicidó un domingo en la noche para no soportar los azotes que su amo le propinaba cada lunes en la mañana. La tierna Sarah también se vio afectada por la atmósfera generalizada de violencia. En su camino a visitar a los cuáqueros en Speightstown, diez millas al norte de Bridgetown, se encontró

con un hombre africano colgado con una cadena, tiritando, suspendido sobre un charco de sangre. Se quedó muda por el horror de la escena. Una vez que se recuperó, fue a la casa de los cuáqueros donde los dueños de esclavos le explicaron que el hombre se había escapado de la plantación y se le debía enseñar una lección ejemplificadora para el resto. Los Lays estaban profundamente conmocionados por la crueldad que veían a su alrededor.

Reaccionaron a esta situación alimentando a los hambrientos: invitaban a los esclavos a su casa los domingos, el día de descanso, para comer y compartir. La noticia de esta amabilidad se difundió y la casa de los Lay se convirtió en una especie de casa de reunión para cientos de personas esclavizadas, que no solo compartían la comida, sino que escuchaban a la pareja denunciar el sistema esclavista que era la fuente de su miseria. La acomodada clase de propietarios de esclavos de Barbados se enteró de las reuniones e inmediatamente presionó a los Lays para que abandonaran la isla. Sus ideas contra la esclavitud e incluso su bondad los convirtió en enemigos públicos. Cuando la élite se dispuso a desterrarlos de Barbados, los Lays decidieron irse por su cuenta. Ninguno de los dos tenía el estómago para vivir entre tanta depravación violenta, como hacían los demás blancos en la isla.

La pareja regresó a Colchester durante algunos años y luego dejó Inglaterra definitivamente. Navegaron a Filadelfia en 1732. Cuando Lay descubrió la esclavitud en la ciudad cuáquera de Filadelfia (en ese momento una de cada once personas estaba esclavizada), y se dio cuenta de que muchos de estos esclavos eran propiedad de cuáqueros acaudalados, estalló en cólera. Redobló su compromiso antiesclavista y se enfrentó a los propietarios de esclavos cuáqueros reunión tras reunión, siendo finalmente expulsado de la comunidad cuáquera, debido

al fervor y la acción directa de sus protestas, que, como dije, incluían la simbólica salpicadura de sangre en las cabezas y los cuerpos de los propietarios de esclavos en 1738.

En *All Slave-Keepers... Apostates*, habló directamente a los comerciantes cuáqueros involucrados en el comercio de esclavos, acusándolos de la muerte de muchos africanos inocentes. Enardecido, agregó que, por lo que sabía, los comerciantes podrían haber matado a “cientos de miles”. La Base de Datos del Comercio Transatlántico de Esclavos muestra que, en 1738, el mismo año en que Lay escribió estas palabras, más de 500.000 africanos habían muerto como resultado de la trata transoceánica. Lay recurrió a su experiencia como marinero para denunciar a los traficantes de esclavos como asesinos. Probablemente fue la primera persona en hacer una acusación así de escalofriante, lo que luego se volvió común entre los abolicionistas.

En Filadelfia, y especialmente en la localidad de Abington, donde la pareja se mudó en 1734 (Sarah murió un año después), Lay no solo llevó a cabo sus acciones militantes contra los dueños de esclavos, sino que agregó una última y distintiva hebra a su radicalismo: se retiró de la economía capitalista, adoptó un estilo de vida radical y vivió de la tierra como un ciudadano cualquiera. En cierto sentido, Lay volvió a sus raíces rurales en Copford y, en otro, no solo abrazó, sino que también expandió su compromiso cuáquero con una vida sencilla y sin pretensiones, la denominada “vida austera”. Vivía en una cueva, cultivaba su propia comida y confeccionaba su propia ropa. Su objetivo era ser un ejemplo viviente de igualdad con todos los seres vivos, subsistiendo con “los inocentes frutos de la tierra”, es decir, sin explotar a ningún ser humano o animal. Rechazó la complicidad con cualquier forma de opresión.

De esta manera, Lay fue el primero en articular una política moderna de consumo. Boicoteó todas las mercancías producidas por esclavos, que siempre encubrían horribles condiciones de producción. Cualquier persona que arrojara un cubo de azúcar a una taza de té estaba siendo cómplice de los cultivadores de azúcar de Barbados y de los propietarios de las plantaciones de té en Asia Oriental, con sus violentos métodos de creación de riquezas. Rechazar el azúcar, a su vez, significaba expresar solidaridad con los trabajadores oprimidos y esclavizados en el Caribe, y reconocer que el azúcar estaba hecho con su sangre. El movimiento global moderno contra los talleres clandestinos se basa en la misma idea.

Lector ávido, Lay siguió a dos escritores en su camino hacia el radicalismo comunitario. Amaba tan profundamente el argumento temprano de Thomas Tryon a favor del vegetarianismo, *A Way to Health, Long Life and Happiness* (1683), que llevaba consigo el pesado tomo en sus viajes. Tryon pensaba que la guerra y la violencia surgían de la forma en que los seres humanos trataban a los animales. Lay estaba de acuerdo. Veía la “luz interior” de los cuáqueros en todas las criaturas vivientes y, por lo tanto, consideró pecaminoso matarlas y comérselas. Su panteísmo pacifista se convirtió en fuente de toda ética. Incluso se negaba a usar lana para la ropa, ya que esto requería esquilar violentamente a las ovejas. Por lo tanto, usaba lino, lo hilaba él mismo en su cueva y confeccionaba su propia ropa con lino rústico.

Lay también encontró antecedentes e inspiraciones para su radicalismo comunitario en la filosofía antigua, que leía ávidamente. Llamado “filósofo pitagórico-cristiano-cínico” por Benjamin Franklin, Lay tenía un especial interés en Diógenes, un fundador de la filosofía cínica y vegetariano quien optó por vivir en armonía con la naturaleza. Diógenes vivió durante

un tiempo en un *pithos*, un gran contenedor utilizado para el almacenamiento, algo similar a la pequeña cueva donde Lay estableció su hogar. Ambos hombres concibieron la filosofía como una acción pública. Las ideas debían llevarse a cabo de manera visible y confrontacional. Los principios debían vivirse y expresarse en todo lo que uno hace. Lay también abrazó la idea más fundamental del cinismo: la *parrhesia* o “hablar con franqueza ante el poder”. Repitió el dicho cínico: “El amor al dinero es la raíz de todo mal”, que probablemente había sido difundido entre los primeros cristianos por los filósofos cínicos. Lay utilizó a Diógenes y a otros pensadores de la antigüedad para completar el último componente de su radicalismo, incorporando una filosofía militante y franca basada en el respeto por la naturaleza.

Al final debemos preguntarnos, ¿por qué Lay es un desconocido para nosotros? La mayoría de la gente nunca ha oído de él. Los historiadores saben un poco más. Pero incluso los especialistas en abolición han leído poco su libro. ¿Cómo le sucedió esto a un hombre que debería ser considerado como un pionero del abolicionismo, el primer gran movimiento social global?

Los cuáqueros del siglo XVIII, liderados por su adinerada élite esclavista, cargan con la culpa original, debido a sus implacables ataques contra Lay. Lo denunciaron, lo difamaron y se burlaron de él. Peor aún, lo expulsaron cuatro veces. Probablemente fue el cuáquero más repudiado del siglo XVIII. Su marginación comenzó en vida.

Los historiadores, incluidos los eminentes historiadores de la abolición, también han desempeñado un papel importante en la eliminación de Lay de nuestra memoria histórica. Él nunca encajó en la historia que contaron sobre el movimiento abolicionista: los hombres “ilustrados” de clase media y alta que

llegaron a la conclusión racional de que la esclavitud estaba mal y, por lo tanto, la abolieron. Lay pertenecía a la clase equivocada. No recibió una educación adecuada y, por lo tanto, no podía considerarse ilustrado. Sus ideas eran demasiado radicales y sus métodos demasiado extremos. Debía estar loco. En *El problema de la esclavitud en la cultura occidental* (1966), el renombrado historiador David Brion Davis llamó a Lay un “pequeño jorobado” mentalmente trastornado, destacando su enanismo y discapacidad. Estas también fueron causas de su exclusión, cuando, en realidad, deberían haber sido consideradas como una fuente de empatía hacia el resto de los desposeídos de la Tierra.

En última instancia, el radicalismo cuáquero, la solidaridad de la cultura marinera, el conocimiento de primera mano de las luchas de las personas esclavizadas y un compromiso panteísta con los animales y la naturaleza, todo moldeado por su comprensión de la filosofía griega subversiva, convirtieron a Lay en un revolucionario muy adelantado a su tiempo. Merece un lugar central en nuestra historia. Mientras los estadounidenses debaten quién es un héroe histórico apropiado, Lay debe ser recordado como alguien que defendió los ideales más elevados y humanitarios, contra viento y marea.

*El esclavo en el Louvre: La balsa de la Medusa, de Géricault.*⁸²

Recuerdo vívidamente la primera vez que vine a este gran museo, hace 37 años. Cuando llegué aquí, me dirigí de inmediato a esta obra. Fue lo primero que quise ver. Y estuve frente a esta pintura durante mucho tiempo, colmado de asombro y maravillado.

Lo que vi hace 37 años es lo que creo que ve la mayoría de las personas. Cuando miran esta pintura ven la perfecta expresión romántica de la lucha del hombre contra la naturaleza. El mar siempre había interesado a los románticos, a los poetas, especialmente a Samuel Taylor Coleridge. Todos estaban interesados en el mar porque era poderoso; aterrador; hermoso; sublime. Desde que vine aquí, hace 37 años, he dedicado mi vida a estudiar a personas como las que ven en esta balsa. Estudio marineros. Estudio a trabajadores pobres. Estudio a quienes navegaron la Medusa.

La historia que hago se llama Historia desde abajo; es decir, historia de la gente común. No la de almirantes y capitanes, sino la de la gente común. Quiero plantear que en los

82 Esta conferencia inédita fue impartida por el autor en el Museo del Louvre en París, el 4 de noviembre de 2016, como parte de una serie de presentaciones, intitulada “El esclavo en el Louvre: Una humanidad invisible”. Fue transcrita por el historiador Cristóbal Portales especialmente para este libro. El autor agradece a Sara Guindani y al Collège d’Etudes Mondiales por haber organizado la conferencia y especialmente a Françoise Vergès, por la invitación y por la idea de llevar a cabo estas presentaciones.



últimos años he aprendido algo sobre cómo pensar esta pintura desde la perspectiva de las personas en la balsa. Este es el punto de partida. Debo advertir que no soy un historiador francés, ni un historiador del arte. Y ciertamente no soy un especialista en Géricault. Soy un historiador social e historiador marítimo y pienso que esta perspectiva puede ayudarnos a ver algunos temas velados en esta pintura; especialmente algunas cuestiones relativas a la raza, a la clase, a la esclavitud y al colonialismo. Todos estos asuntos estaban en la mente de Géricault cuando pintó esta gran obra.

Entonces, soy historiador. Para los historiadores, el contexto lo es todo. El significado de esta pintura deriva del contexto de lo que sucedió en los años 1814 y 1815. Como saben, las guerras napoleónicas llegaron a su fin, Francia fue derrotada y tanto la Paz de París en 1814 como el Congreso de Viena en 1814 y 1815 contribuyeron a restaurar la monarquía de los Borbones. Lo que quizás no sepan es que, en 1815, Francia también abolió el comercio de esclavos. Eso jugará un papel muy importante en esta historia. Debido a la abolición del comercio de esclavos, Gran Bretaña estuvo dispuesta a devolver a Francia la colonia de Senegal -en África Occidental- al término de las Guerras Napoleónicas. Esta colonia había pasado de un lado a otro entre los británicos y los franceses durante unos cincuenta años. Un barco llamado Medusa se prepara y parte desde Rochefort a Senegal para recobrar esta colonia para la Corona francesa. Es ahí a donde se dirigió la Medusa. Es muy importante que esto se comprenda. Porque esta es, fundamentalmente, una pintura sobre el colonialismo francés.

Con el fin de realizar este viaje, la corona designó a un capitán, un realista, un hombre que desempeñará un papel muy importante en lo que sucedió. Su nombre es Hugues Duroy de Chaumarey. A bordo de la Medusa también estaba el nuevo

gobernador de Senegal, el coronel Julien-Désiré Schmaltz, otro actor importante en este drama. Ambos, con muchos colonos, abordaron el barco. Por cierto, es un barco muy grande. Y a bordo hay principalmente soldados y marineros. Es muy importante saber quiénes eran estos soldados y marineros. Eran franceses, eran españoles, eran italianos, eran egipcios, eran africanos. Había un buen número de soldados y marineros africanos. Esto será crucial.

Finalmente, zarpan de Rochefort con rumbo a Senegal. Esa es la travesía. Inmediatamente, queda claro que el capitán es incompetente. El capitán se separa de las otras tres embarcaciones que formaban parte del convoy y pierde el rumbo. El capitán no solo es incompetente; tampoco escuchará a su tripulación. No escuchará a sus oficiales, quienes le advierten que se están metiendo en una situación muy peligrosa. Él no escucha y finalmente, el 2 de julio de 1816, encalla el barco en la orilla de Arguin, que está a unos 60 kilómetros de la costa de África Occidental, en la actual Mauritania. La embarcación se detiene de manera súbita y desconcertante. Se despliega un esfuerzo frenético para reflotar el barco y devolverlo al mar. Todos los soldados y marineros se ocupan en ello. Hacen lo que pueden, pero acontece una circunstancia desafortunada. La embarcación había encallado en marea alta, lo que significa que el agua no subiría para ayudarles a reflotarla. De este modo, la embarcación quedó varada.

Se hizo evidente que tendría que haber una operación de rescate, así que el capitán le dice a la tripulación que construya una balsa. A bordo de la Medusa hay seis botes pequeños. Eso debería ser suficiente para llevarlos a todos a un lugar seguro, pero el barco estaba abarrotado de colonos y soldados, así que no resultaría. No todos cabrían en las seis embarcaciones. Había una balsa especial para el capitán y otra para el gobernador

Schmaltz de Senegal; ellos están perfectamente a salvo. El 5 de julio, tres días después del naufragio el clima empeoró mucho. Hay un fuerte vendaval y parece que va a destruir el barco, que lo va a despedazar. Entonces, el pánico empujó a todos hacia los botes para intentar salvar a tantas personas como fuera posible.

La balsa ya está construida para entonces. Es una balsa grande. Tiene alrededor de 7 metros de ancho y unos 20 de largo. En realidad, es más grande que la que pintó Géricault. 250 de las 400 personas suben a bordo de las seis embarcaciones para ser rescatadas. Y la idea es que las personas restantes -146 hombres y una mujer- quepan en la balsa. La balsa está amarrada a las otras embarcaciones y el plan es que la remolquen unos 60 kilómetros, hasta un lugar seguro. Pero inmediatamente comienzan los problemas. Tan pronto como las 147 personas abordan la balsa y cargan toneles de comida y agua, la balsa se hunde y todos quedan de pie con el agua hasta la cintura. Así que tienen que empezar a arrojar la comida y el agua por la borda. También es importante considerar que la balsa no tiene remos. Ni un mástil o velas adecuadas. Estos detalles se improvisaron luego, pero el punto es que la balsa no puede moverse por sí sola. No hay instrumentos de navegación a bordo. Y el oficial naval que fue asignado como líder de la balsa decide que la situación es demasiado peligrosa y se niega a abordar. Así que las 147 personas quedan en una situación realmente desesperada. Comienzan a ser arrastradas por el agua hacia la costa y esperan llegar a salvo.

Hay mucho caos, pero llega un momento crucial en el que alguien -no sabemos exactamente quién- da la orden de cortar los cables. Es posible que haya sido el capitán. Es posible que haya sido el Gobernador Schmaltz. Mucha gente piensa que fue el gobernador quien dio la orden. Pero ¿por qué lo hizo? Pienso que había dos razones. La primera es que la balsa era muy

pesada y estaba impidiendo el escape de las personas a bordo de las otras embarcaciones. Pensaban que iban a morir ahogados por el mal tiempo. Pero pienso que es aún más importante el hecho de que el gobernador y el capitán temían que las 147 personas se acercaran a su embarcación, subieran a bordo y la voltearan. Así que cortaron la cuerda. La balsa y todos en ella quedaron a la deriva y comenzaron a ocurrir cosas realmente terribles. Hay poca comida, así que las personas comenzaron a pelear por ella, perdiendo parte de las raciones. Hay personas que son arrastradas por las olas. Caen por la borda y no logran volver. No pueden nadar.

Cuando amanece, luego de la primera noche solos en la balsa, una de las cosas horribles que ven los sobrevivientes son los cuerpos ahogados, atrapados por la cuerda utilizada para mantener la embarcación unida. Y este es solo el comienzo de los problemas. La desesperación comenzó a empujar a las personas al suicidio. Varias simplemente se alejaron mar adentro para morir. En la balsa hay hambre, delirio y locura. Hay sacrificios humanos. Los fuertes arrojan a algunos débiles y enfermos por la borda para apropiarse de su comida y bebida. Y, por supuesto, hay canibalismo a bordo.

Luego de trece largos días y noches, la balsa es descubierta por un barco llamado Argus; una de las embarcaciones compañeras en el viaje original. El Argus descubrió la balsa por accidente. Para entonces solo quedaban quince personas vivas; 132 habían muerto. Ahora notarán lo que Géricault hizo en la pintura. Hay veinte a bordo de la balsa, pero cinco de ellas parecen estar muertas. Así que es preciso. Sobrevivieron quince, pero luego, entre el traslado a tierra y la convalecencia, murieron cinco más. De las 147 personas, solo quedaron diez sobrevivientes.

La noticia comenzó a circular en París. Fue un escándalo increíble. La gran pregunta era si el capitán y el gobernador habían incurrido en un comportamiento criminal y se les acusó de una extrema deshonra, deshonra en Francia, deshonra de su posición. En noviembre de 1817, dos sobrevivientes de la balsa escribieron un breve libro intitulado *Un relato del viaje a Senegal*, y detallaron todos los horrores ocurridos a bordo de la balsa. Esto generó un escándalo todavía mayor. El recién restaurado rey Luis XVIII se avergonzó, mientras la prensa liberal burguesa utilizó el evento para atacar a la monarquía.

Este libro fue leído por Géricault. Se sintió profundamente fascinado por el evento. Estaba ideando crear una pintura para exhibirla en el salón que se iba a inaugurar en agosto de 1819. Y decide que quiere pintar *La balsa de la Medusa*. Es una historia sumamente dramática. Entonces ¿qué hace?, ¿qué preparativos realiza? En primer lugar, encuentra a los dos hombres que escribieron el libro: un hombre llamado Alexandre Corréard, quien era un ingeniero, cuyo rol sería ayudar a reestablecer la colonia en Senegal; y otro llamado Henri Savigny, un cirujano naval. Ambos estaban entre los sobrevivientes más educados y, por ende, en posición de escribir un libro. Géricault los encontró, habló con ellos, los entrevistó y les pidió todos los detalles sobre lo ocurrido en la balsa. Luego encontró a un tercer sobreviviente, un hombre muy importante llamado Lavillette. Este hombre era un soldado y marinero. No pertenecía a ningún tipo de élite, pero era un sobreviviente experimentado. Había sido uno de los carpinteros que ayudaron a construir la balsa. Entonces, Géricault le pidió que construyera un modelo de la balsa, para saber exactamente cómo se veía; y efectivamente lo hizo. Construyó la balsa, pero Géricault no se detuvo ahí. Quiso saber cómo se veía esta muerte masiva. Así que fue a la morgue y consiguió trozos de cuerpos. Quería saber cómo se veía la piel

de una persona ahogada, así que se llevó los trozos a su estudio mientras pintaba. Y sabemos, por sus amigos, que el estudio olía terrible. El hedor de estas partes corporales era verdaderamente fétido, pero Géricault estaba decidido a hacerlo lo más realista posible. Este era su plan.

Completó la pintura y la presentó en el salón en 1819, causando un revuelo. En primer lugar, porque fue una enérgica declaración política contra la monarquía. Pero lo más fascinante es que, si se observan las reacciones, a algunas personas les gustó, pero es probable que a la mayoría no. Los críticos, fueras realistas o republicanos, conservadores o liberales, dijeron básicamente lo mismo. Al mirar la pintura pensaron que violaba las convenciones estéticas de la época, y también las convenciones narrativas, dada la historia relatada en la pintura. Entonces, todos los críticos dijeron: miren esta confusa maraña de cuerpos, ¿dónde está el héroe en esta historia? Pero el mensaje de Géricault era que no había un héroe individual. Los críticos preguntaron dónde estaba el orden y la correcta jerarquía. Pero Géricault dijo que no había orden ni jerarquía. Un par de críticos dijeron que al mirar a estas personas ni siquiera se podía decir a qué nación pertenecían. Y Géricault reconoció que esto era efectivo: que no se podía, que esa era la intención. ¿Qué hacía Géricault? En mi opinión, esta poderosa pintura reflejaba una verdad fundamental de la vida en el mar.

En el mar, y especialmente en una catástrofe marítima, se nivelan todas las distinciones. Se nivelan las distinciones de clase. Se nivelan las distinciones de raza. Se nivela todo y todos terminan algo entremezclados, luchando por sobrevivir. No hay héroes. Y si es que hay alguno, el héroe es colectivo. Es la masa de personas proyectando energía hacia arriba y hacia afuera para salvarse a sí mismos. Ahora, otro punto relevante es que, si se lee el libro de Corréard y Savigny, y luego se compara

con la pintura, es posible notar que esta última expone una visión mucho más radical de la humanidad, aunque sea por su desesperación. Porque Corréard y Savigny estaban entre los miembros más privilegiados de esta expedición. Al hablar de los soldados y marineros a bordo de la balsa los refirieron como “la escoria de todos los países” y “lo más bajo de lo bajo”. Corréard y Savigny también expresaron un gran prejuicio racial contra los miembros negros de la tripulación, y lo mismo contra los senegaleses. Eran nacionalistas franceses. De hecho, eran imperialistas; querían recuperar la colonia de Senegal.

Pero Géricault se opone. Dice: voy a nivelar esto, y pienso que esta es una parte realmente importante de su visión, porque así es como funcionan las cosas en el mar. Lo cierto del mar es que, desde el principio, marineros de todas las naciones habían habitado los barcos de vela europeos: los viajes de Colón y Magallanes tenían marineros europeos, griegos y africanos, una masa humana multiétnica. Y eso fue lo que Géricault pintó. Esto fue algo radical, porque otra de las preguntas realizadas por los críticos fue ¿dónde está Francia en la pintura? Y, bueno, una persona tuvo una respuesta. Un crítico dijo que uno de los hombres de la pintura, el que mira fijamente a la estela de sangre, era Francia; y puede notarse que Francia ni siquiera será parte de la ascendente trayectoria de energía que terminará salvando el día.

También es relevante prestar atención a lo que hizo Géricault con los rostros africanos en la balsa. Sabemos con certeza que había un marinero africano entre los quince sobrevivientes. Su nombre era Jean Charles. Él fue uno de los cinco que fallecieron luego del rescate de la embarcación. Pero Géricault puso a varios africanos en la balsa. Es posible ver a uno en la parte superior izquierda, justo debajo de una soga. Ese es un hombre africano. Hay otro hombre africano muerto.

Es difícil decir algo sobre este hombre con una cinta azul en la cabeza. Podría ser mestizo. Hay un tercer hombre sentado bajo la máscara. Está en la oscuridad. No es posible aseverarlo, pero también podría ser africano. Y luego, claro, está el hombre de color en la cima. Si hubiera un héroe, sería esta persona. No es posible saber quién es, pero tengo una hipótesis. Pienso que este hombre es el soldado-marinero-trabajador llamado Lavillette. Porque, de hecho, Géricault hizo un retrato de alguien a quien etiquetó como “Carpintero de la Medusa”. Es un hombre de piel oscura y su color es prácticamente idéntico al del hombre en la parte superior de la embarcación... Está haciendo una declaración sobre el lugar de la raza y la esclavitud en la historia colonial francesa. Esta es una de las cosas que molestó a todos los críticos.

Ahora, sobre las consecuencias de la pintura. El Gobernador Schmaltz fue llevado a Senegal y se reanudó el comercio de esclavos. Corréard, quien se convirtió en un abolicionista abnegado, pidió al gobierno francés que investigara lo que estaba ocurriendo en Senegal. Y, en efecto, fue este hombre quien reinició el comercio de esclavos. Durante mucho tiempo, esto fue una imputación, pero ahora, gracias a los datos recopilados en la African Slave Trade Database, tenemos estadísticas que muestran el abrupto aumento del comercio de esclavos desde Senegal apenas se restableció la colonia. Géricault siguió estando muy interesado en el tema. En 1819, después de la inauguración del salón, llevó la pintura a Inglaterra y la exhibió allí. En estas circunstancias entró en contacto con los abolicionistas ingleses. Esto fue trascendente. Cuando regresó en 1823-1824, cerca del final de su vida, hizo un boceto de la que sería su próxima gran pintura: *El Comercio de Esclavos Africanos*.

Señalaré un par de detalles para concluir. Es interesante saber que, entre las personas que acudieron al estudio para ayudar con la pintura y posar para un papel, estaba nada menos que Eugène Delacroix: otro famoso artista romántico. Corréard aparece en la pintura. Es el hombre que levanta la mano izquierda. Se puede ver en la parte trasera. Es el hombre que ayudó a escribir el libro. Técnicamente, esto es inexacto porque, según el relato del viaje, Corréard estaba tan débil que no podía ponerse de pie cuando la balsa fue finalmente recuperada. Voy a señalar otra cosa: al aprender cómo se hizo la balsa, lo que Lavillette le contó y le mostró en el modelo a Géricault, fue que un mástil de barco se usó para construir la base de la balsa en una dirección y las crucetas se dispusieron transversalmente. En la pintura se puede observar el área biselada que las conecta. Estas son algunas de las cosas que aprendió para que los detalles fueran correctos. Creo que, al final, hubo un hombre en 1819 que entendió la pintura, un hombre llamado Auguste Jal. Le gustó mucho esta pintura y escribió sobre ella. Comprendió lo que la pintura estaba haciendo en términos de representar a los marineros y la vida en el mar. Y además entendió que la pintura tenía una connotación abolicionista. Jal escribió que esta pintura trataba sobre “el avance del Negro”. Lo que encuentro especialmente fascinante de aquello es la razón por la cual Jal entendió: había sido marinero cadete en la Marina francesa y se convertiría en el padre fundador de la historia y la arqueología marítimas francesas. Pero entendió lo que Géricault captó sobre el poder nivelador del mar.

Finalmente, resta usar la imaginación. Si la vida trágicamente corta de Géricault no hubiese terminado a los 32 años, tendríamos otra, junto a *La balsa de la Medusa*, llamada *El Comercio de Esclavos Africanos*.

*Esclavitud: La perspectiva de un tiburón. Un extraño texto que arroja nueva luz sobre las verdaderas raíces de la abolición.*⁸³

Hace dos siglos fue abolida la trata de esclavos africanos en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Para entonces, el comercio había llevado a nueve millones de africanos a las plantaciones del Nuevo Mundo, donde vivieron bajo el látigo y produjeron la mayor acumulación planificada de riquezas que el mundo haya visto. La abolición fue producto de una férrea y prolongada campaña emprendida por activistas contra la esclavitud en ambos lados del Atlántico. Pero ¿quién le puso fin a la trata de esclavos realmente?

En la historia popular las personas que abolieron la trata de esclavos suelen ser visualizadas como santos. Eran sombríos y a menudo estaban vestidos de negro; eran devotos, fervorosos y buenos; eran la encarnación misma de la virtud cristiana. En Nueva Inglaterra, muchos descendían de los puritanos y reflejaban sus formas austeras y carentes de sentido del humor. En Inglaterra fueron personificados por el evangélico aristócrata William Wilberforce, la voz de la abolición en el Parlamento. De hecho, la película “Amazing Grace” lo retrató como un ángel desinteresado y algo enfermizo, que amaba a los animales, a los sirvientes, a los africanos y a Dios. Durante mucho tiempo,

83 Este ensayo fue originalmente publicado con el título “Slavery: A Shark’s perspective: A strange text sheds new light on the true roots of abolition” en *Boston Globe*, el 23 de septiembre de 2007.

la piedad ha sido considerada como el sello distintivo de los abolicionistas en ambos lados del Atlántico.

Sin embargo, si esa fuera toda la historia, este documento la refutaría. Mientras trabajaba en un libro sobre los barcos esclavistas del siglo XVIII, en la biblioteca de colecciones especiales de la Universidad de Bristol en Inglaterra, encontré un folleto prácticamente desconocido, intitulado “La petición de los tiburones de África”. Lucía como cualquier otra petición impresa, elegante en su composición, adecuada para su presentación y dirigida “Al Muy Honorable Señor Espiritual y Temporal de Gran Bretaña, reunido en el Parlamento”.

Sin embargo, era una sátira vívida y severa. De hecho, afirmaba haber sido escrita por los “Tiburones de África”, quienes se declaraban un grupo numeroso y próspero, gracias a los muchos barcos esclavistas que visitaban la costa de África occidental. De estos barcos, explicaban, obtenían “grandes cantidades de su alimento favorito: carne humana”.

Cuando los muertos eran arrojados por la borda, los tiburones devoraban los cadáveres. A veces obtenían carne viva, cuando los africanos rebeldes que preferían la muerte a la esclavitud saltaban por la borda. Cuando los barcos esclavistas se estrellaban contra las rocas y los arrecifes, arrojando “cientos de seres humanos, tanto negros como blancos” al agua, era un festín⁸⁴.

Los tiburones le escribían al Parlamento británico pidiéndoles amablemente que no acabaran con el comercio de esclavos. Adoptando una sensata opinión conservadora, los tiburones denunciaron los “salvajes arrebatos de fanatismo” de los abolicionistas, confiados en que las benevolentes señorías no permitirían que los leales súbditos tiburones de Su Majestad

84 N. del E. Ver Marcus Rediker, “History from below the water line: Sharks and the Atlantic slave trade”, *Atlantic Studies* 5 (2008), 285-297.

murieran de hambre. Los peticionarios estaban seguros de que podían contar con “la sabiduría y el compañerismo” de la Cámara de los Lores. Después de todo, los tiburones debían mantenerse juntos.

Nada de lo que había leído me había preparado para un documento así. Inesperadamente, aquí había un tipo de humor oscuro y atrevido que nunca supe que existiera entre los abolicionistas.

Investigaciones posteriores revelaron que se había vuelto a publicar ampliamente en Edimburgo, Filadelfia, Nueva York y Salem. Llegué a la conclusión de que “La petición de los tiburones de África” había sido escrita por un escocés llamado James Tytler, médico, poeta, compositor, editor de la Enciclopedia Británica y el primer aeronauta británico. Finalmente fue arrestado por su radicalismo y acusado de sedición, y luego huyó al exilio en 1793; primero a Irlanda y luego a Salem. Su contribución nunca ha figurado en las historias de la abolición; en parte -estoy convencido- porque no se ajusta a la imagen afianzada de los abolicionistas.

El documento se une a una larga serie de nuevos hallazgos que han cambiado nuestra comprensión de los abolicionistas: hombres y mujeres de clase trabajadora que protestaron contra el comercio mediante boicots; marineros que pasaban panfletos de contrabando y contaban sus historias de terror a los activistas en tierra. La primera línea de la guerra contra la esclavitud humana, además, la ocuparon los propios esclavizados, cuya resistencia repercutió en todo el mundo, aterrizando a muchos e inspirando a otros. Sus nombres pueden haberse perdido en los libros de historia, pero anclaron un movimiento social complejo y diverso.

¿Por qué necesitamos saber esto en la actualidad? Primero, porque es importante entender que la abolición de

la trata de esclavos y de la esclavitud misma no fue un regalo divino. William Wilberforce no abolió el comercio de esclavos -como podría sugerir “Amazing Grace”-, así como Abraham Lincoln no liberó a los esclavos él solo. Ya no basta pretender que un “gran hombre” hizo cosas que, para ser precisos, fueron el resultado de una situación histórica compleja y una resistencia multifacética.

En segundo lugar, es importante que las personas que exigen justicia y reparaciones en la actualidad, sean quienes sean y estén donde estén, sepan que sus antepasados desempeñaron un papel importante en el término de la trata de esclavos y, de hecho, en el de toda la esclavitud. No solo les debemos el fin de la abolición del comercio a los aristócratas y puritanos, sino también a los rebeldes esclavizados, a los trabajadores fabriles y a los marineros, y, al menos, a un temerario escocés irreverente.

*Serendipia en el archivo. O sobre una historia de libertad perdida que hallé mientras buscaba otra cosa*⁸⁵

A inicios de la década de 1980, el historiador Peter Linebaugh y yo decidimos escribir un libro sobre las corrientes transatlánticas del radicalismo en los siglos XVII y XVIII. Finalmente, este proyecto se convirtió en *La Hidra de la revolución*.⁸⁶ Pero mientras revisaba la prensa de las colonias del sur, examinando reportes de conspiraciones, motines y revueltas de todo tipo, noté algo más. Era un tipo de comunicación que se reiteraba en todos los periódicos publicados en las ciudades portuarias o cerca de ellas; anuncios escritos por esclavistas sobre fugitivos que habían huido de la servidumbre a través del mar.

En estos anuncios hallé una frase curiosa, que se repetía una y otra vez: “Se advierte a los capitanes de los buques que no empleen, alberguen ni se lleven a estos fugitivos, o enfrentarán las sanciones de la ley”. Los fugitivos no componían una parte específica de nuestro proyecto, pero yo estaba intrigado y comencé a recopilar el material, poniendo las fotocopias en un archivo que intitulé: “Cosas que encontré buscando otras cosas”.

85 Este ensayo fue originalmente publicado el 25 de agosto del 2021 en *Public Seminar*, con el título “Serendipity in the Archives. Or, a lost freedom story I found while looking for something else”.

86 Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *The Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic* (Boston: Beacon Press, 2000). N. del T. Hay traducción al español: Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *La Hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico* (Madrid: Traficantes de sueños, 2022).

El archivo se engrosó con el tiempo. Uno tras otro, los casos comenzaron a evidenciar aquello que llamé un “ferrocarril subterráneo marítimo”.⁸⁷ Una de mis figuras preferidas fue la de un hombre llamado César, quien había escapado en 1759. Hasta entonces había trabajado en la bahía. Su esclavista había intuido que intentaría escapar como “cocinero a bordo; una cuestión recurrente en los barcos”.

Al parecer, César fue recapturado, porque volvió a escaparse diez años más tarde -dos fugas, pese a “no tener piernas”-. Sin un camino fácil hacia su libertad, César y sus compañeros fugitivos cautivaron mi imaginación. Comencé a crear nuevos archivos bajo el rótulo “fugitivos marítimos”. Mi hallazgo casual se convirtió en algo más grande. En 1990 reuní este conjunto de materiales en expansión para preparar la conferencia que me invitaron a dar en la reunión anual de la American Society of Eighteenth Century Studies, en Minneapolis.

¿Mi tema? “La frontera marítima de la libertad”.

Sin embargo, este libro tuvo que esperar. Conceptualizar, vincular y analizar los actos y tradiciones de resistencia en Europa, África, el Caribe y América del Norte en *La Hidra* resultó un verdadero desafío. Mucha de la investigación realizada no se incorporó en el manuscrito final. De hecho, los fugitivos marítimos fueron uno de los grupos de rebeldes no incluidos.

Pero los caminos de la investigación son lentos y sinuosos; o al menos así han sido siempre para mí. Luego de tres

87 N. del E. En la historiografía estadounidense, “ferrocarril subterráneo” (*Underground Railroad*) refiere a la red clandestina que tuvo lugar en Norteamérica durante el siglo XIX con el objeto de asistir a las personas afroamericanas esclavizadas que huían desde las plantaciones del sur de Estados Unidos hacia los estados libres. Sobre el “ferrocarril subterráneo marítimo”, ver Marcus Rediker, “Escaping Slavery by Sea in Antebellum America: A Labor History”, *Mundos do Trabalho*, 14 (2022), pp. 1-18.

décadas volví a revisar estos archivos y, el 2020, mi colección de documentos sobre César y sus compañeros rebeldes se convirtió en la base de un nuevo libro, intitulado, provisionalmente, *Barco de Libertad: Escapando de la esclavitud por mar en la América Atlántica prebélica*.

¿Cómo puede un escritor sortear aquel trecho entre un hallazgo accidental y un proyecto de libro?

Probablemente no exista una regla general, pero esta fue mi experiencia.

Comencé con aquello que, en primer lugar, me atrajo de los documentos. Lo que me había fascinado de la advertencia a los capitanes era su trasfondo social. La frase -“Se advierte a los capitanes de los buques que no empleen, alberguen ni se lleven a estos fugitivos o enfrentarán las sanciones de la ley”- revelaba un hecho importante: huir por mar era un proceso que implicaba una colaboración entre fugitivos y trabajadores marítimos y portuarios, blancos y negros, para liberarse. Los fugitivos buscaban el anonimato que brindaban las ciudades portuarias; los marineros navegaban los barcos dentro y fuera del puerto; los estibadores cargaban y descargaban los buques; los cargadores transportaban las mercancías desde los muelles hacia los circuitos comerciales terrestres.

Lentamente noté que la expectativa de libertad para un fugitivo dependía de un complejo mundo de trabajo y negociación. Una instrumentalidad para la emancipación que había permanecido inexplorada en la historia obrera; o eso pensé.

Quizá sobrestimé la coherencia de lo que entendí cuando leí estos anuncios de fuga por primera vez. Después de todo, el camino del descubrimiento al nuevo libro implicó otros seis textos: sobre marineros atlánticos, rebeldes, cimarrones, forajidos, abolicionistas y revolucionarios; todos relativos al

trabajo y a la resistencia en diferentes contextos marítimos. Estos libros tomaron más de treinta años de investigación y escritura. Pero en la medida que crecían mis conocimientos, también lo hacía mi comprensión del hallazgo original. Todo lo que aprendía sobre el mundo de los barcos y los muelles me impulsaba a explorar el significado de aquella frase: “Se advierte a los capitanes de los barcos...”.

Mientras, tenía que resolver algunos rompecabezas intelectuales. Cientos -o miles- de esclavizados se habían emancipado escapando a través del mar y docenas de investigadores habían leído los mismos anuncios sobre fugitivos que yo. Pero ningún historiador había escrito al respecto. ¿Por qué estas historias de conspiraciones susurradas, de escondites bajo cubierta, ondulación de velas y liberación eran tan escasamente referidas?

Parte de la respuesta radicaba en la cultura popular norteamericana. La imagen establecida del fugitivo es la de un grabado que apareció en muchos anuncios de la prensa durante el siglo XIX. Se trata de un hombre o una mujer, vestidos con sencillez y, por lo general, descalzos, caminando con un saco o un hatillo al hombro.

Esta representación implicaba que la fuga era un acto individual. Cuestión que, de hecho, coincidía con la interpretación académica predominante: la fuga era una respuesta individualista a la esclavitud, habitualmente contrastada, incluso, con la insurrección: una resistencia de carácter colectivo y menos común. Con el tiempo me di cuenta de que la inferencia y la interpretación de estas imágenes eran equivocadas. En general, la fuga no sólo se emprendía como un acto colectivo, sino que el proceso mismo de la fuga -tal como sugería la advertencia a los capitanes- era fundamentalmente social; e incluso quienes lo intentaban de forma solitaria

acudían a colaboraciones y alianzas. Por ende, la cooperación y las conexiones sociales laterales -especialmente en los puertos- fueron cuestiones fundamentales para conseguir la libertad.

También comprendí que otra de las razones de la ceguera historiográfica respecto de estas fugas radicaba en la arraigada metáfora del “ferrocarril subterráneo”.⁸⁸ Esto, porque el concepto había limitado el asunto a las rutas terrestres a través de las cuales los fugitivos viajaban al norte, pese a que el camino a la libertad no implicaba solo este ferrocarril subterráneo, sino también una “ruta ultramarina”.⁸⁹ Aunque la literatura sobre la resistencia a la esclavitud y al abolicionismo dijera poco sobre este asunto, aprendí que la mayoría de los fugitivos llegaron por mar a lugares como Filadelfia, Nueva York y Boston.

No obstante, esta ceguera académica tenía también una causa profunda; algo que traté de entender durante muchos años. Se trata de una curiosidad propia de la sociología del conocimiento: ¿Por qué la mayoría de la gente -incluyendo a la mayoría de los investigadores e investigadoras- piensa en los océanos y en los mares del mundo como vacíos sin historia, como espacios en blanco entre lugares ‘reales’ de la tierra, que son tanto terrestres como nacionales?

Algunos años después de escribir *La Hidra* inventé un concepto para describir este profundo e inexplorado sesgo en nuestro pensamiento; esta tendencia inconsciente a pensar que la historia sólo ocurre en tierra. En uno de mis libros llamé a este sesgo “terracentrismo”.⁹⁰ Una ceguera que afecta el modo en

88 Ver la nota al pie anterior.

89 N. del T. En inglés, el término (*freeway*) permite un juego de palabras que la traducción al español no logra transmitir.

90 N. del E. Sobre el “terracentrismo”, ver la ponencia presentada por el autor en la Conferencia *Hydrarchy: Power and Resistance at Sea: “Against Terracentrism: The Sea and History”* (Londres: Gaswork/University College London, 18 de septiembre del 2010). Ver también el prólogo de *Outlaws of the Atlantic. Sailors, Pirates and Motley Crews in the Age of Sail* (Boston: Beacon Press, 2014).

que determinados eventos, como la lucha contra la esclavitud, e igualmente procesos más amplios, como la formación de las clases y razas, acontecieron en el mar. Usualmente, los trabajadores marítimos han sido marginales en las narrativas históricas nacionales, pero se han vuelto cada vez más visibles en las historias oceánicas, transnacionales y globales. El trabajo marítimo conectó naciones y continentes; los navegantes erigieron la economía global.

Cuando retomé el tema del escape marítimo de la esclavitud, el año 2020, se habían desarrollado algunos trabajos importantes al respecto. Especialmente el de David S. Cecelski sobre Carolina del Norte⁹¹ y el de Cassandra L. Newby-Alexander sobre Virginia⁹². Más recientemente, Timothy D. Walker editó y publicó una importante colección de ensayos, intitulada *Sailing to Freedom*.⁹³ Aun así, la historia marítima de la lucha contra la esclavitud por gente emancipándose en el sur y por abolicionistas en el norte, sigue estando poco estudiada.

Volví al archivo de “Cosas que encontré buscando otras cosas” más de una vez. Escribí *The Fearless Benjamin Lay*⁹⁴, un libro que también surgió de la investigación sobre *La Hidra*. Pero el grueso de lo que guardé en aquel archivo no terminó convertido en libros, artículos ni escritos de ningún tipo.

¿Por qué volví a los fugitivos marítimos? En retrospectiva, el anzuelo tenía dos puntas: la historia era en gran parte desconocida y dramática. Noté que se trataba de una historia fascinante para contar, llena de gente valiente y

91 N. del E. David S. Cecelski, *The Waterman's Song. Slavery and Freedom in Maritime North Carolina* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2001).

92 Cassandra L. Newby-Alexander, *Virginia Waterways and the Underground Railroad* (Virginia: The History Press, 2017).

93 Timothy D. Walker, *Sailing to Freedom: Maritime Dimensions of the Underground Railroad* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2021).

94 Marcus Rediker, *The Fearless Benjamin Lay: the Quaker Dwarf Who Became the First Revolutionary Abolitionist* (Boston: Beacon Press, 2017).

de acciones audaces. Y el 2020 sucedió algo que hizo aún más atractivo el descubrimiento de fines de la década de 1980: llegué a ver dicha fuga por mar y la aparición de grupos abolicionistas como los Comités de Vigilancia para ayudar a los fugitivos; fue un ejemplo temprano de un movimiento de solidaridad migrante, como el que los activistas han construido actualmente alrededor del mundo para ayudar a los desposeídos en busca de su libertad.

En la frase “Se advierte a los capitanes de los buques” subyacía una pista reveladora para estudiar la autoemancipación desde abajo. La piedra descartada por los constructores se convirtió en la piedra angular de una nueva estructura.

*En la prisión de Auburn*⁹⁵

Auburn es una de las prisiones más antiguas e infames de Estados Unidos. Fue fundada en 1816 en el norte del estado de Nueva York como prisión modelo, donde el trabajo era parte importante del castigo y la rehabilitación. La primera ejecución con una silla eléctrica en los Estados Unidos tuvo lugar aquí, en una silla diseñada por Gustav Stickley de *Arts and Crafts* (aunque existe cierto debate al respecto). No se discute que Stickley dirigía una fábrica en la prisión, en la que 300 prisioneros construyeron los muebles de la costosa marca que se mantiene hasta el día de hoy. La interrogante es si también construyeron la macabra nueva máquina de matar.

Visité Auburn en abril y mayo de 2009, cortesía del Programa de Educación en Prisiones de la Universidad de Cornell (CPEP). Mientras era investigadora visitante en la Sociedad de Humanidades de Cornell, la estudiante de posgrado Noelle Brigden me invitó a su clase sobre “Piratas y orden político” en la prisión. Y acepté con entusiasmo.

La prisión de Auburn es un lugar imponente: su enorme tamaño es desalentador, incluso sofocante. Siempre ha sido una prisión de máxima seguridad, y se siente así; desde la lúgubre arquitectura de piedra y acero, que parece una fortaleza, hasta la gran cantidad de guardias que se ven en casi toda la prisión.

95 Esta columna fue publicada originalmente en *Counterpunch* el 3 de septiembre del 2009, con el título “Inside Auburn Prison”.

La puerta de hierro negro forjada a martillo -la original de la prisión- cuelga en la pared de la entrada pública. Un mar de camionetas llena el estacionamiento afuera.

Un guardia me dijo que la población carcelaria en Auburn es cercana a los 1.800 reclusos. El número que figura oficialmente a partir del 1 de enero de 2008 es 1.747. De estos, el 19 por ciento son blancos; el 21,9 por ciento son hispanos; y el 57,1 por ciento son afroamericanos (la población del estado es 74 por ciento blanca, 16 por ciento hispana y 17 por ciento afroamericana). Un poco más de la mitad en Auburn son de la ciudad de Nueva York. En términos de afiliación religiosa, poco menos de la mitad son cristianos, alrededor del veinte por ciento son musulmanes y un poco más del once por ciento son rastafari. Casi el seis por ciento son veteranos. Tres de cada cuatro son descritos por el estado como delincuentes por “graves delitos violentos”, la gran mayoría condenados por asesinato, robo o hurto. La sentencia media en Auburn es de quince años, que es más alta que la mediana del sistema estatal. Un tercio ha cumplido más de seis años, por lo que hay bastantes cabezas sabias. Se ignora en qué medida los admitidos en el CPEP reflejan estas cifras más altas, pero pude ver que los presos blancos estaban mejor representados entre los estudiantes, probablemente porque la admisión al programa era competitiva y tenían mejores antecedentes de escolaridad.

Noelle y yo nos abrimos paso a través de los detectores de metales y un largo laberinto de pasillos, a través del patio junto a la cancha de baloncesto y el equipo de pesas, hasta la escuela de la prisión y nuestro salón de clases. Pronto, quince estudiantes que venían del desayuno comenzaron a llegar. Uno grande, corpulento y tatuado (prisionero 1) me sonrió y dijo: “¡Has venido a encontrarte con los verdaderos piratas!”. Y así era.

Mientras recorríamos la habitación y nos presentábamos, casi todos los prisioneros se aseguraron de decirme cuánto tiempo habían estado encarcelados, en Auburn o en otro lugar. El rango fue de dos a 21 años, la mayoría en dos dígitos. Muchos hablaron agradecidos de la oportunidad de “superarse” en este programa.

Al comenzar la discusión, el prisionero 2 quiso saber si yo había estado en una situación como esta antes. El subtexto de la pregunta era: ¿ha estado en prisión y cuál es su opinión hacia los reclusos? Respondí que nunca me habían encarcelado, pero a miembros de mi familia sí, incluyendo a un tío que había logrado escapar de un recinto federal en Colorado (esta información produjo asentimientos de aprobación, incluso de admiración). Agregué que había estado en prisión muchas veces, sobre todo para visitar al preso político Mumia Abu-Jamal, en cuyo caso había trabajado durante años. Tras la mención del nombre de Mumia, una corriente eléctrica de murmullos recorrió la habitación, interrumpido por el prisionero 3, quien espontáneamente exclamó: “¡Poder para el pueblo!”. El viejo eslogan de las Panteras Negras.

Los estudiantes habían leído partes de mi libro, *Villains of All Nations: Atlantic Pirates in the Golden Age*⁹⁶, y tuvimos una de las mejores discusiones que he presenciado. Esto se debió en parte a la buena enseñanza de Noelle, quien ya había generado una discusión fructífera sobre muchos temas. También fue porque los prisioneros, como todos los demás, estaban fascinados con los piratas y estaban ansiosos de hablar al respecto. Pero sobre todo porque este grupo estaba ávido de aprender, interactuar e intercambiar puntos de vista. Sus preguntas y comentarios dejaban reiteradamente en evidencia la minuciosidad con que

96 N. del T. Hay traducción al español: Marcus Rediker, *Villanos de todas las naciones. Los piratas del Atlántico en su edad de oro* (Madrid: Traficantes de sueños, 2023).

habían leído el material asignado. En dos horas de reunión, las manos nunca dejaron de agitarse, educadamente, para participar en la próxima discusión.

Algunos de los asuntos más destacados incluyeron una sugerencia del prisionero 4: “Comparemos la autoorganización de los piratas en el siglo XVIII con la autoorganización de los prisioneros actuales”. Lo hicimos, con esta conclusión: los piratas eran mejores superando sus diferencias internas.

Otro tema de especial interés para los prisioneros de Auburn fue cómo, tras la captura de un barco, los piratas implementaban la “distribución de justicia”, cuando llamaban a los marineros del barco capturado a la cubierta principal y les preguntaban cómo los trataba su capitán. Si los marineros daban un mal informe, el capitán estaba en problemas porque los piratas, que habían sido marineros comunes, actuaban como vengadores contra los capitanes abusivos, que abundaban a principios del siglo XVIII.

Decidí que debíamos representar esto. Le pedí al prisionero 5 que pasara al frente de la sala e hiciera de capitán. Lo hizo con deleite, burlándose de sus marineros (los otros estudiantes) mientras avanzaba. Luego le pedí al prisionero 6 que subiera y les contara a todos cómo el capitán lo trataba a él y a sus compañeros de tripulación. “Nos trata muy mal”, fue el veredicto solemne. “Azótenlo”, fue el grito. El capitán comenzó a discutir y le dijeron que se callara o empeoraría las cosas. El prisionero 7 me entregó (como pirata contra maestre) un lápiz que, según dijo, era el “gato de nueve colas”. El capitán parecía cada vez más incómodo, como si dudara de estar interpretando un papel. Finalmente estalló la risa y todos se sentaron, mientras comenzaba un intercambio de bromas amigables.

Luego discutimos asuntos como la otredad de los piratas, el poder de etiquetar y definir a los “criminales”, los

usos sociales de la “desviación” y aquello que hacían los piratas al construir comunidades autónomas después de pasar su vida laboral como marineros, con bajos salarios, mala alimentación, con una disciplina severa y alta mortalidad. También tuvimos una animada discusión sobre por qué los piratas siguen siendo héroes populares.

Cuando quedaba cerca de media hora para terminar, el prisionero 8 me agradeció por visitarlos y comenzó a despedirse de manera seria y bastante formal. Cuando el prisionero 9 habló para hacer lo mismo, lo interrumpí y le pregunté: “¿Por qué te despides ahora? ¿No tenemos media hora para irnos?”. Su respuesta fue: “Cada vez que los guardias ven que estamos realmente entusiasmados con algo, su primer instinto es romperlo”.

La última persona en hablar fue el prisionero 10, quien claramente era un líder. Había trabajado mucho tiempo, participaba activamente en todo tipo de organizaciones y los demás lo trataban con gran respeto, incluso con algo de deferencia. Dijo, en nombre de todos, que quería volver a invitarme a hablar con un grupo más grande de prisioneros sobre mi libro más reciente, *The Slave Ship: A Human History*.⁹⁷

Dio la casualidad de que el guardia asignado nos dejó tomar todo el tiempo de clase. Después de señalar que el tiempo había terminado y cuando todos comenzaron a irse, el prisionero 11 me preguntó con una sonrisa irónica: “Sabes que llamamos a este lugar ‘el moderno barco de esclavos’, ¿verdad?”. Sí lo sabía. De ocurrir, la próxima reunión tendría una poderosa carga política.

Al salir dejé copias de mis libros -incluido *The Slave Ship*- con un guardia en la entrada, y le pedí que los colocara en

97 N. del T. Hay traducción al español: Marcus Rediker, *Barco de esclavos. La trata a través del Atlántico* (Madrid: Traficantes de sueños, 2021).

la biblioteca de la prisión. Por su mirada -primero a los libros y luego a mí-, no era seguro que aquello ocurriera.

De alguna manera, la invitación a regresar llegó a Jim Schechter, director del CPEP, y se hicieron los arreglos para el 8 de mayo del 2009. Pero unos días antes de esa fecha, Jim escribió con malas noticias. Hubo un confinamiento en Auburn: la conferencia y todos los “programas voluntarios” se cancelaron.

La conferencia se reprogramó para el 21 de mayo. Cuando llegué (con Jim y Noelle), descubrí que había distintas opiniones sobre la causa del confinamiento de seis días. Un guardia explicó que era el momento de la “limpieza de primavera”: inspecciones y búsqueda de armas, en preparación para el clima cálido que se avecinaba. Otro dijo que el confinamiento era simplemente un simulacro, un ensayo para una emergencia real. El preso 12 tuvo una interpretación diferente, me dijo con ironía: “Ya sabes cómo son las prisiones. Siempre tienen que demostrar quién manda”.

Nos reunimos en la capilla de la prisión, junto al patio, para la conferencia. Era una sala de tamaño modesto con viejos bancos de roble (¿construidos por Stickleby?), un techo bajo y poca iluminación. El gran número de presos que asistieron (alrededor de setenta, la mayoría inscritos en el programa completo de Cornell) requirió la presencia de varios guardias. Cuando Jim Schechter me presentó, estos se calmaron al escuchar la tranquila naturaleza del evento y se retiraron a la antesala de la capilla, detrás de dos grandes puertas de vidrio, dejándonos solos.

Después de que se publicó *The Slave Ship*, en el otoño de 2007, di docenas de conferencias y charlas informales a todo tipo de grupos: académicos, públicos y comunitarios. Pero nunca en un escenario como este, en el que todo lo que dije sobre el encarcelamiento, la violencia y los horrores de la vida

a bordo de un barco de esclavos en el siglo XVIII se traducían de inmediato al idioma de la prisión del siglo XXI. El hecho de que mi enfoque fuera el de la “Historia desde abajo” y enfatizara las realidades sociales de la expropiación, la esclavitud y la resistencia, facilitó la transposición.

En la conferencia hablé sobre el amplio contexto de la trata de esclavos en el Atlántico, sobre cómo los muchos millones de transportados fueron fundamentales para el establecimiento del sistema de plantación y, por lo tanto, para el surgimiento del capitalismo moderno. Hablé sobre la trata de esclavos como una experiencia humana, sobre la violencia y el terror deliberadamente infligidos durante el *Middle Passage*. Hablé sobre la naturaleza de la comunidad entre los esclavizados a bordo, sobre cómo superaron las diferencias étnicas para crear una cultura común de resistencia que se transportó desde los barcos a las sociedades esclavistas de los Estados Unidos, Jamaica, Puerto Rico y Brasil (este punto pareció tener una especial resonancia.) Concluí hablando acerca del movimiento desde abajo que fue necesario para abolir la trata de esclavos en Gran Bretaña (1807) y Estados Unidos (1808).

Los estudiantes participaron en la conferencia siguiendo una dinámica de llamado y respuesta (después de todo, estábamos en la capilla), con comentarios como “así es”, “es cierto”, “dilo” y “así se habla”. Eran la audiencia más atenta y comprometida que jamás había visto.

Para mi sorpresa, me dieron una ovación de pie cuando terminó la conferencia. Los guardias en la parte de atrás se pusieron firmes, miraron alrededor con atención y volvieron a sentarse después de que los prisioneros lo hicieran. Luego alzaron las manos, muchas manos. Nuevamente me sorprendió notar que un buen número de prisioneros ya habían leído *The Slave Ship*, y también cuando otros se quejaron de que algunas

personas no identificadas habían estado acaparando la copia del libro de la biblioteca. El guardia lo había dejado allí después de todo.

La segunda pregunta, formulada por el preso 13, iba directamente al tema central. “De acuerdo, la encarcelación violenta es fundamental en la historia estadounidense, desde los barcos de esclavos hasta llegar a este lugar y a este momento. Entonces, ¿cuál es la relación entre ambos?”. La siguiente hora fue dedicada a discutir este asunto y muchos otros. Se expresaron muchas opiniones y algunas evidenciaron un aprendizaje considerable. El preso 14 abordó “la lucha por preservar esta historia”, tanto dentro como fuera de la prisión y en la sociedad en general. Varios presos pidieron referencias específicas, queriendo saber los nombres de los autores y los títulos completos de los libros que había mencionado. Otro quería la dirección de la base de datos sobre el comercio transatlántico de esclavos. Los presos acordaron pedirle a sus amigos y seres queridos que buscaran más información en línea y se la enviaran impresa, por correo. Las preguntas y los comentarios reflejaron una variedad de intereses personales, políticos, históricos, contemporáneos y académicos.

Cuando llegó el momento de finalizar la sesión, Jim Schechter subió al podio y reconoció que no habría creído que una discusión de este tipo pudiera darse en una prisión. Yo estaba atónito por lo ocurrido: había encontrado un sorprendente grado de libertad de expresión donde menos lo esperaba: adentro de la prisión de Auburn; para mí y, al parecer, para todos los demás. Luego de eso permanecimos allí durante un rato, antes de que los prisioneros comenzaran a salir en fila, avanzando lentamente hacia la puerta de la capilla y el patio soleado.

Al final, quedé muy impresionado por la gran labor del Programa de Educación en Prisiones de Cornell, que ha sido construido a lo largo de los años por profesores, estudiantes y miembros de la comunidad de Cornell, especialmente por Pete Wetherbee (inglés) y Mary Katzenstein (del gobierno), y recientemente ha ampliado su oferta de cursos. Desearía programas de este tipo en todo el país, no solo en beneficio de los prisioneros -ya que se ha demostrado una y otra vez que la educación es lo único que evita que los exreclusos reincidan-, sino también en beneficio de personas como yo, que pueden ver al menos una parte de lo que está ocurriendo en lugares comúnmente opacos, como la Prisión de Auburn, en una nación con un récord de 2.3 millones de personas encarceladas, una de cada cien de la población nacional.

Sobre todo, me impresionó la inteligencia, la reflexión, la participación, la curiosidad, en resumen, la vida intelectual que encontré entre las personas al interior de la cárcel. Me complace informar que esas mentes no pueden ser encarceladas. Están generando una gran cantidad de energía en Auburn en estos días, pero de un tipo muy distinto a la conocida por esta prisión.



